JAVIER SIERRA

EL MENSAJE DE PANDORA

Siempre que un dogma cae, un nuevo mundo nace





ÍNDICE








Explora Descubre Comparte

SINOPSIS

El día que Arys cumplió dieciocho años recibió esta extraña carta. Le llegó desde Atenas envuelta en papel de estraza con el apremio de que debía leerla de inmediato. Escrita en circunstancias excepcionales, en ella su tía evoca el último viaje que hicieron juntas por el sur de Europa y le confía un secreto que llevaba eones guardándose: que los antiguos mitos esconden la clave para comprender el origen de la vida, las enfermedades e incluso nuestro futuro.

Basándose en investigaciones de importantes científicos y premios Nobel, Javier Sierra ha escrito una fábula lúcida, deslumbrante, que expandirá nuestro punto de vista sobre las cuestiones que de verdad están llamadas a alterar el equilibrio de nuestra civilización.

Estamos ante un relato que es a la vez apasionante, tierno y oportuno. Uno que nos adentra de forma esperanzadora en la historia de nuestra civilización a través de sus cambios más críticos y que nos recuerda las soluciones que la humanidad siempre encontró para sortearlos. «Es la carta que todos necesitamos leer para ponernos en marcha, para no rendirnos ante la adversidad. Su mensaje está lleno de intriga, pero también de futuro», asegura Javier Sierra.

El mensaje de Pandora encierra, en forma de novela, toda la sabiduría que la actual crisis nos puede reportar, ya que ofrece claves que hasta ahora nadie ha barajado y que no perderán actualidad, pues los personajes hablan de prosperidad, de florecimiento, de oportunidad, de vida.

Javier Sierra



El mensaje de Pandora



A Sofía.
La esperanza eres tú

La mayor amenaza al dominio permanente del hombre sobre el planeta es un virus.

JOSHUA LEDERBERG
Biólogo estadounidense, premio Nobel de Medicina 1958.

Frente a los demás es posible procurarse seguridad, pero en lo tocante a la muerte todos los seres humanos habitamos una ciudad indefensa[1].

EPICURO
Filósofo griego, siglos IV-III a. C.

No se debe confundir la verdad con la opinión de la mayoría.

JEAN COCTEAU
Escritor, dramaturgo, pintor y cineasta francés.

Querida Arys:

Ha pasado una eternidad desde la última vez que te mandé una carta por correo postal. ¿La recuerdas? Te la hice llegar a Heraclión en uno de mis grandes sobres verdes y la llené de recortables con dibujos e historias de nuestros antepasados. Incluí también fotos sacadas de viejas revistas con figuritas de divinidades, e incluso la pulsera de lágrimas de cristal que aún llevas puesta. Entonces eras muy pequeña. Te fascinó ver tu nombre escrito en el envío que había llegado al buzón de tu casa como por arte de magia y la devoraste con pasión. De hecho, te pasaste un año releyéndola. Lo hacías cada vez que volvías del colegio. Tu madre me lo contó. Y también que una tarde, de repente, caíste en la cuenta de que Hermes, el dios de los pies alados, existía y obraba maravillas como aquella. Lo habías visto en mis estampas y te prendaste de él. Descubriste que era el regente de la suerte que cae del cielo, de la inteligencia y de los sueños. Y decidiste ponerlo a prueba. Saliste a tu jardín una noche y, con todo tu descaro, le pediste un regalo. Aquella madrugada granizó. Era la primera vez que veías caer piedras de las nubes, así que pensaste que el travieso Hermes te había escuchado.

Durante meses no hablaste de otra cosa. ¡Tu tía te había escrito una carta mágica! Una que te había descubierto cómo hablarles a los de arriba.

Fue un bonito juego, ¿verdad?

Por desgracia, el motivo de esta nueva carta no lo es. Sin embargo, necesito apelar a aquella fascinación de tu infancia para que la entiendas.

Sé que ya no corren buenos tiempos para esta clase de mensajes. Nadie los lee. El teléfono, las videollamadas, las redes sociales y los correos electrónicos nos han robado el viejo hábito de medir las palabras y desgranar sobre el papel pequeñas grandes historias como aquella. Por eso te ruego que hoy hagas una excepción. Levanta tu mirada de la pantalla y dedica un tiempo sereno a recibir lo que quiero entregarte. Me resulta raro suplicarte algo así, pero desgraciadamente la prisa ha invadido nuestra civilización despojándola de la humanidad que en Grecia forjamos a golpe

de siglos, conversando bajo la sombra de los emparrados, dictando mensajes y elaborando fábulas mientras disfrutábamos de las vistas de un mar azul y tranquilo.

Sí, sí. Esos tiempos pasaron, lo sé. También soy consciente de que tras ellos llegaron otros. Los modernos. Pero incluso estos —que son los tuyos— también están a punto de agotarse. De eso estoy segura. Y justo por eso me dirijo ahora a ti.



He tardado en comprender que la imaginación es una forma legítima de acercarse al conocimiento. Atenea, la diosa del santuario que ahora contemplo, fue la protectora de la guerra, de la ciencia, de la civilización y de la justicia gracias a que la cultivó con esmero.

Tú también tienes ese don, Arys. Y lo necesitarás para recibir lo que quiero entregarte.

He decidido hacerlo de este modo, a la antigua, con la esperanza de que al recuperar el viejo y lento hábito de la lectura puedas abrazar todo lo que guarda mi alma. Si no lo hago a tiempo, si este envío no te llega, temo que esa carga se irá conmigo y tú perderás una información valiosa. Vital.

No me queda mucho, ¿sabes?

Mis piernas ya no son lo que eran. Les cuesta un mundo ascender a la Acrópolis los domingos al amanecer. Allí, sobre la roca sagrada, sola, he pasado meses llorando a los viejos dioses mientras mis ojos iban perdiendo

su agudeza y dejaban de disfrutar los contornos geométricos de una Atenas decadente y gris. Antes de la pandemia, los cuervos me vigilaban como si yo fuera una pobre y loca anciana. Yo los ignoraba. Abría mis brazos hacia el templo de Hefesto y Atenea y me dejaba embriagar por la sinfonía de olores que desprende la que fuera la capital del mundo. Y ya ves, querida, ahora echo de menos ese hábito más que cualquier otro capricho. Y el de escribirte, claro. Ni siquiera mirándote a los ojos, libres las dos como antaño, conseguiría ordenar mis ideas mejor que garabateándote estas palabras.

Nuestro país lleva semanas confinado. El resto del mundo también. Esta crisis ha obligado a las autoridades a pararlo todo, y aunque tú en Creta debes estar mucho mejor que yo, creo que puedes hacerte a la idea de que tu tía no lo está pasando bien. Y no es por el confinamiento. En absoluto. Ni por las medidas de precaución que las autoridades nos obligan a adoptar. La «distancia social» que debemos mantener, las mascarillas, los guantes y los gestos huidizos con los vecinos se compensan con llamadas telefónicas y conversaciones desde los balcones. Mi necesidad de escribirte es por algo de mucho más calado: porque me doy cuenta de que lo que nos está pasando es el preludio del fin del mundo que conocemos. ¡Y no te he revelado aún lo que yo sé de él!

Estamos a las puertas de una hecatombe. Qué palabra, Arys. Antes la usábamos como sinónimo de sacrificio a los dioses. La ἑκατόμβη *(hekatómbē)* era literalmente la inmolación ritual de cien bueyes en honor de algún habitante del Olimpo. Procede de *hekatón*, «cien», y boũs, «buey». Cuando la oigo en boca de un político o de una autoridad sanitaria para justificar las decenas de miles de fallecidos por culpa del último virus, pienso si todo esto no estará siendo la broma de algún hijo de Zeus que, despertado por el ruido de nuestra época, ha decidido devolver cierta paz a la Tierra.

¿Te asusta la idea?

No. No tengas miedo, por favor. Quizá no sea quien tú crees que soy. Quizá no me haya atrevido antes a explicarte por qué estoy tan segura de hacia dónde vamos como especie, pero te prometo que no me iré hasta habértelo contado todo. Hasta que comprendas, ahora que vas a cumplir tu mayoría de edad y vas a dejar ya de ser una niña, que en tus manos está la salvación de nuestra especie.

Lee, por favor.

Y comparte lo que voy a decirte.

1

EL MENSAJE

Como verás, esto no es una carta normal. Es un mensaje en una botella. Una epístola de las antiguas. Una advertencia escrita con la esperanza de que la recibas antes de que nada tenga remedio. Me preocupa que el soporte que he elegido sea el correcto. El material orgánico sobre el que lo deposito corre el riesgo de deteriorarse. Con todo, estoy convencida de que es más seguro que una memoria magnética o un cristal de roca alterado que precisan de intermediarios tecnológicos para acceder a su contenido.

Yo no quiero mediadores. Tarde o temprano te traicionan. Se desfasan. Colapsan. Desaparecen. O simplemente se hacen imposibles de descifrar, como probablemente les ocurrirá a los discos de oro que a finales de la década de los setenta enviamos al espacio atornillados al fuselaje de las naves Voyager. Si unos extraterrestres los encontraran mañana, es poco probable que logren interpretar los surcos de esos vinilos y entiendan que contienen voces y sonidos de la Tierra.

Entonces, ¿qué puedo hacer para que esta botella no se pierda?

Le he dado algunas vueltas al problema. Grabarte mi mensaje en una gran piedra —una de las opciones que consideré en las primeras semanas— hubiera sido peor todavía. Lo condenaría a una ubicación concreta del planeta limitando la posibilidad de que fuera descubierto. Y, la verdad, no se me ocurre ningún lugar que esté a salvo de los cambios de los que deseo prevenirte.

Si te llega por este conducto, en forma de libro o de opúsculo, tengo al menos la esperanza de que se instale en tu memoria del mismo modo que lo hace un virus cuando invade una de tus células para sobrevivir. Lo importante no es el original que ahora tienes en tus manos, sino el modo en

el que su contenido se acomode en ti, despertando la necesidad de compartirlo con terceras personas.

Ojalá, pues, *te infecte*. Y tú, a su vez, infectes a otros. A todos los que puedas.

De los virus y de su comportamiento te hablaré enseguida. Y también del resto de los enemigos invisibles que te rodean. La misión que me he propuesto al escribirte es la de que nunca olvides que no por desconocida una amenaza se convierte en improbable.



Hay un relato que podrás encontrar en todas las mitologías de la Tierra, casi sin excepción. Cuenta con palabras distintas una misma historia: que la especie humana ha pasado por varias extinciones por culpa del capricho de los dioses. Que hubo señales que nos advirtieron de la llegada de la catástrofe. Avisos que nos gritaban que tomáramos otro camino y que desoímos con tenacidad. ¿Vas a dejar que eso te ocurra también a ti, Arys?

En este momento, créeme, me siento como una náufraga varada en una playa remota. O, aún peor, como un nuevo Noé que ha decidido botar su arca antes de que la catástrofe lo arrase. Habrá quien se burle cuando

transmitas lo que voy a decirte. Menospreciarán estas palabras y a su autora, e incluso a ti por el mero hecho de leerlas. No les hagas caso. Recuerda que siempre que llega el Mal recibimos avisos a los que no prestamos oídos. Los ignoramos por comodidad o por conveniencia, da igual, y creemos que a nosotros no nos afectará su ponzoña.

Ahora acaba de suceder de nuevo.

¿Cuántos líderes de naciones, contertulios de televisión, amigos y supuestos expertos minusvaloraron la amenaza de la última pandemia, la del coronavirus de Wuhan? ¿Cuántos de los que se rieron de quienes nos preocupamos ante las primeras noticias que llegaban de China se esforzaron después en parecer responsables? Olvídalos. A todos. Nadie acomodado está preparado para afrontar algo así. No pierdas el tiempo con los que hacen de la torpeza su bandera. No te debe acomplejar saberte curiosa y querer conocer otros puntos de vista sobre un fin del mundo que tarde o temprano viviremos todos. A mí, ya lo sabes, hace tiempo que esos insultos me son indiferentes. Me salva de la angustia la obligación en la que me veo. Solo me concierne dejarte constancia de lo que sé. Siento que sin conocer mis palabras tú y tus descendientes tendríais muchos más problemas para sobrevivir.

Casi sobra decírtelo, pero quiero hacerlo. Tú sabes que no soy bióloga. Ni viróloga. Ni tampoco una experta en meteoritos o en vulcanología. No tengo acceso a silos nucleares ni a instalaciones en las que se enriquece uranio. Tampoco trabajo para ninguna moderna Agencia del Clima ni comprendo del todo los procesos de cambio acelerados que está viviendo el ecosistema terrestre. Solo soy una mujer que ha sufrido, entre otras, las dos últimas pandemias que nos han asolado: la gripe A de 2009 —causada por el terrible virus de la *influenza* H1N1, que hoy nos parece un pequeño episodio— y el coronavirus causante de la COVID-19, que acaba de barrer el planeta entero —194 naciones— sembrándolo de cadáveres.

Aunque en realidad he conocido otras. Muchas otras. La lista te angustiaría.

Soy, en definitiva, una superviviente.

Y me dirijo a ti, Arys, tan joven e indefensa aún, para advertirte de lo que tu tía ha visto con sus propios ojos.

2

ORÍGENES

Antes de seguir leyendo, debes interiorizar algo esencial: la vida no tiene valor sin la muerte. Ambas se relacionan del mismo modo que lo hacen la luz y la oscuridad. La una le da sentido completo a la otra gracias a un equilibrio precario, siempre breve en el tiempo, del que solo el ser humano es consciente. Que sepamos, claro.

Por desgracia, Arys, semejante equilibrio está llamado a romperse más pronto que tarde y a decantarse hacia el lado que menos nos favorece. Basta mirar atrás para darnos cuenta de ello. Las amenazas a la preservación de nuestra especie han sido constantes a lo largo de la historia y han estado muy cerca de acabar con nosotros. Epidemias, catástrofes naturales y guerras han decantado a menudo esa balanza hacia el abismo. Y aunque somos fuertes y llevamos millones de años de evolución superando agresiones de todo tipo, una simple ley natural nos advierte sobre quién, en apariencia, ganará al final esta guerra.

Esa ley es imposible de olvidar:

Todo lo que nace muere.

Pero no temas, pequeña. Esta es la única mala noticia que te daré. Venimos al mundo para luchar. Tú también. Y lo harás mejor cuanto más conozcas el terreno que pisas.

El cronograma de lo que somos, de la civilización tal y como ahora la entiendes, comenzó hace solo diez o doce milenios. No es demasiado si piensas que nuestras primeras versiones surgieron hace alrededor de dos

millones de años y que buena parte de ese tiempo lo pasamos actuando como simples depredadores.

En ese extenso y remoto periodo se gestaron varias familias de humanos de características diferentes. Unas fueron dando paso a otras. En cada salto se producían mejoras, se crecía en habilidades e inteligencia, hasta que finalmente surgimos los *sapiens…* y nos quedamos.

Lo cierto es que algo desconocido nos mutó de repente. Ocurrió en África, en plena ebullición evolutiva. *Algo* —lamento lo impreciso del término— nos hizo actuar de una forma totalmente nueva, con una visión inédita de la realidad. De repente comenzamos a organizarnos de un modo singular; desarrollamos un lenguaje complejo; sometimos fuerzas de la naturaleza como el fuego; empezamos a cuidar de los nuestros; los enterramos junto a objetos y alimentos como si los preparásemos para una larga travesía; incubamos habilidades lingüísticas, pictóricas y hasta musicales; elegimos a nuestros líderes; inventamos dioses y nos convertimos en cazadores de una eficacia temible. Lo curioso es que nadie en su sano juicio puede hoy descartar que esa mutación se debiera a una suerte de pandemia. Una quizá parecida a la que ahora sufrimos. Una infección que alteró el código genético de los homínidos que nos precedieron convirtiéndolos en lo que hoy somos.

La idea no es mía, querida. Es de un premio Nobel. Y no de uno cualquiera, sino del hombre que —junto a un compañero de laboratorio— descubrió en 1953 que la estructura del ácido desoxirribonucleico (ADN) tenía forma de doble hélice, como las serpientes enroscadas en el bastón de Hermes y que hoy, por cierto, muchos utilizan como símbolo de la medicina al confundirlo con la vara de Asclepio.

Ese hombre, Arys, se llamó Francis Crick. En 1962 compartió con James Watson el Premio Nobel de Medicina por su hallazgo. Y en 1981, en un giro copernicano a su pensamiento, propuso que esa misteriosa mutación genética en los primeros humanos fue propiciada por un microrganismo que nos infectó… desde otro planeta[2].

Suena a ciencia ficción, lo sé. Es un género por el que siento debilidad. Pero, más allá de mis gustos personales, te ruego que sigas leyendo.

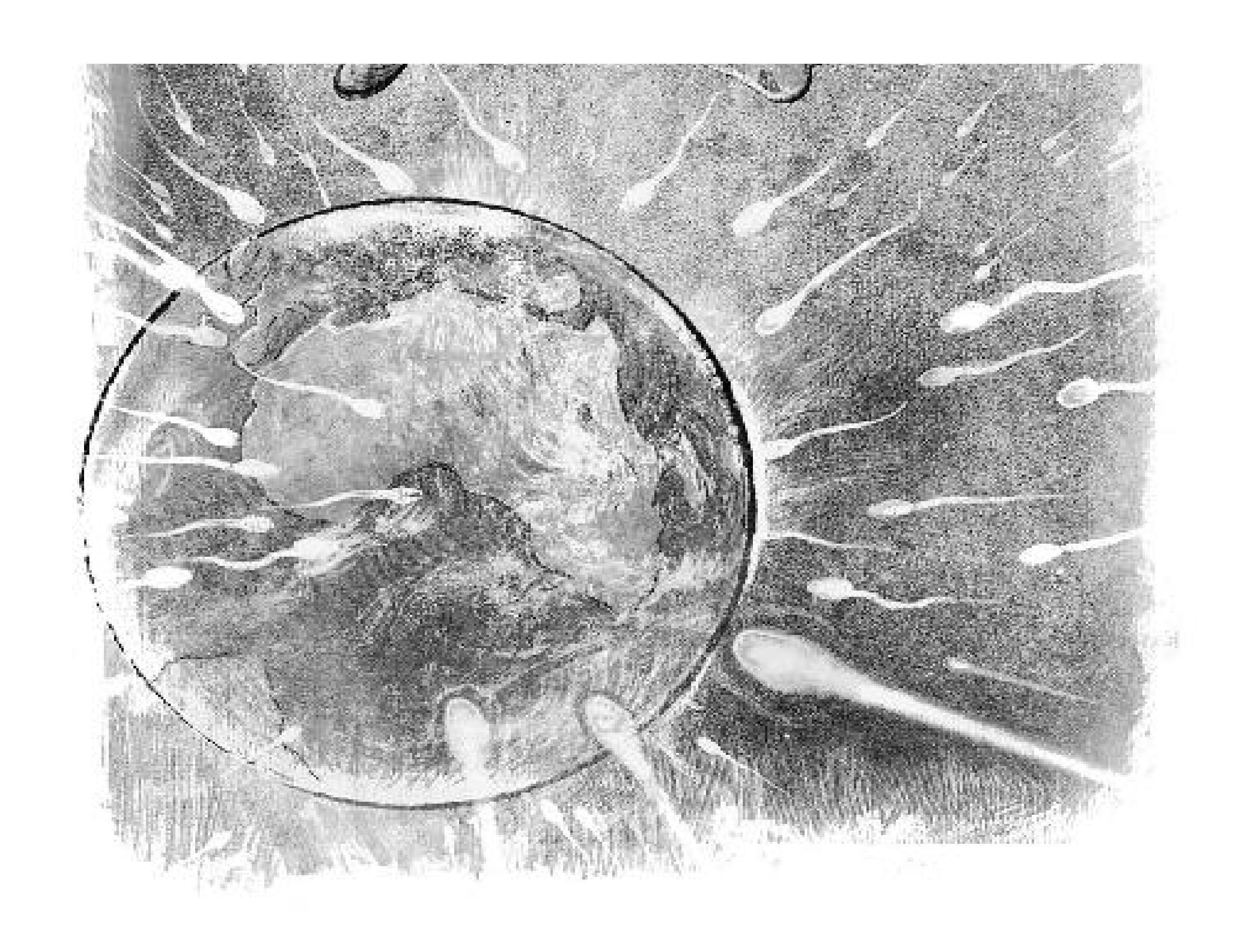
Según Crick, la vida es una especie de catarro cósmico que va saltando de mundo en mundo. Y pese a lo aventurado de su planteamiento, su hipótesis terminó arraigando en ciertos sectores de la comunidad científica. Algunos de sus colegas empezaron a plantearse que el «agente

contaminante de la vida» podría habernos infectado a través de cometas y meteoritos que, a modo de espermatozoides, terminaron fecundando planetas como si fueran óvulos colosales. A aquello lo llamaron «panspermia» —del griego παν, «todo», y σπερμια, «semilla»— y supusieron que debía ser un proceso natural, común en el universo.

Pero Crick no se quedó conforme con los primeros aplausos que recibió. No le parecieron suficientes y quiso ir aún más lejos. Le costaba creer que algo tan particular como la vida no escondiera una intencionalidad. Que no la respaldara una inteligencia.

La propuesta que hilvanó entonces fue que hace millones de años una supercivilización llegada desde los confines del universo infectó *deliberadamente* de vida este pequeño planeta. Los ingenieros de esa cultura desconocida lo planificaron todo: sembraron de bacterias la inhóspita superficie de nuestro mundo y estas, con el tiempo, espoleadas por virus que las mutaron en mil y una variantes, terminaron generando estructuras mucho más complejas: las primeras células. De ahí, el salto a las incipientes especies vegetales y animales, e incluso a una forma de vida superior con conciencia, fue ya solo cuestión de tiempo.





«Como es arriba, es abajo». Esa oscura y ancestral frase atribuida al dios Hermes Trismegisto se aplica a la idea científica de la panspermia. Los planetas se fecundan de un modo similar a los óvulos.

Los cometas actúan como espermatozoides que invaden a su anfitrión y lo transforman desde dentro, desencadenando la vida. Los viejos señores del cielo no estaban tan desencaminados después de todo…

«Un Watson y un Crick extraterrestres descubrieron la estructura del ADN —especuló el propio Crick—. Otros, explotando sus trabajos, empezaron a crear microrganismos del mismo modo que nosotros hoy "sintetizamos" las primeras bacterias en probetas. Paralelamente, esa civilización llevó a cabo la conquista del espacio. ¿Conquista presencial? Quizá no. O al menos no más allá de sus estrellas vecinas. Pero sí al nivel de sondas automáticas […]. Esos seres descubrieron nuestro mundo en formación. Entonces se embarcaron en una experiencia que hoy nos parece imposible, pero que, dentro de unas décadas, también estaremos en condiciones de emprender: crear vida inteligente. No exactamente igual que el Dios de la Biblia, que bajó a la Tierra a fin de modelar un poco de barro para formar a Adán, pero casi. Ellos hicieron que en ese barro original se pudiera sembrar una bacteria (u otro microrganismo), programada de tal forma que al cabo de varias decenas de miles de años desembocara en nosotros.»

La idea de Crick defendía, en suma, que una cultura inteligente de algún rincón de la galaxia envió sondas cargadas de material biológico para sembrar mundos. Su teoría recibió el nombre matizado de «panspermia

dirigida» y estimuló un debate que, en realidad, llevaba ya algún tiempo librándose con discreción en ambientes médicos.

De hecho, solo tres años antes que él, en 1978, sir Fred Hoyle, uno de los astrónomos británicos más famosos del mundo, y su colega de origen ceilanés Chandra Wickramasinghe, se plantearon una paradoja que completaba la asombrosa idea del descubridor del ADN. Ambos impulsaron la astrobiología, una nueva rama de la ciencia hoy plenamente aceptada. En su obra *La nube de la vida*[3], buscando una respuesta al problema del origen de la biología terrestre, se preocuparon por estudiar los seres vivos más antiguos que poblaron el planeta. Los encontraron en una formación de esquisto cerca de Barberton (Sudáfrica), a la que llaman Fig Tree. Allí, tras analizar sedimentos de tres mil cien millones de años de antigüedad, localizaron en ellos restos de primitivas colonias de bacterias y algas. Resultaron ser estructuras mucho menos simples de lo esperado. Al ponerlas bajo el microscopio, Hoyle y Wickramasinghe formularon una pregunta que todavía nadie ha resuelto: ¿cómo es posible que nuestras más antiguas formas de vida sean ya organismos complejos?

Para ellos la única respuesta plausible resultaba tan simple como contundente: *esa vida tuvo que ser importada*. Esto es, no nació aquí. Era extraterrestre. Y llegó justo en el preciso momento en el que la corteza de nuestro planeta empezó a solidificarse.

Pronto empezaron a buscar también virus. Junto a los priones, estos son la forma más pequeña que conocemos de «materia organizada». Aunque los científicos todavía discuten si se trata de vida o no, lo cierto es que tienen la capacidad —y, parece, el único objetivo— de replicarse invadiendo bacterias y células, y hackearlas para ponerlas al servicio de su propia multiplicación. Son verdaderos vectores de mutación. Quizá los responsables ocultos del enigma que los obsesionaba.

Para que te hagas una idea de su tamaño, Arys, si imaginas un virus estándar de las dimensiones de un hombre, una bacteria sería para él como un estadio olímpico. No es raro, pues, que no dieran con registros fósiles de estas «criaturas».

Pero Hoyle y Wickramasinghe no se desalentaron y decidieron examinar los restos petrificados de las primeras estructuras biológicas conocidas, de unos seiscientos millones de años de antigüedad, ¡y volvieron a llevarse las manos a la cabeza! Encontraron tal diversidad de organismos complejos en el periodo cretácico que la teoría de la evolución de las

especies de Darwin les empezó a resultar muy pobre para justificar tanta mutación. Para explicarla, Hoyle y Wickramasinghe insistieron: «Este proceso de elaboración génica tuvo que ser el resultado de continuas invasiones virales procedentes del exterior»[4].

Sir Fred Hoyle murió en 2001 convencido de que esas invasiones se explicaban por el mero azar. La vida se instalaba solo cuando podía empezar a desarrollarse. Ni antes ni después. Para él, las ideas de una «generación espontánea» y autóctona de la biología, como propuso el biólogo ruso Aleksandr Oparin, eran absurdas. Oparin, en los años veinte, teorizó que la vida surgió de una suerte de «sopa primordial» de elementos inorgánicos sometida a rayos ultravioleta y descargas eléctricas. Pero a Hoyle esa idea de tránsito automático de lo inerte a lo vivo, y su evolución azarosa hasta las formas complejas que hoy conocemos, se le antojaba inaceptable. Llegó incluso a afirmar que la probabilidad de que la vida en la Tierra se hubiera generado de materia abiótica, combinada por chiripa y sin ayuda externa, «es aproximadamente la misma que la de que un tornado arrase un depósito de chatarra y ensamble por casualidad un Boeing 747 con lo que encuentre allí». Es decir, cercana al cero absoluto.

Sus ideas no han dejado de influir en el doctor Wickramasinghe —que hoy tiene ochenta y un años—, y aún sigue atento a las lluvias de «virus alienígenas» sobre la Tierra. ¿Está el universo enviándonos formas de vida todavía en este momento? ¿Podrían ser ciertos patógenos que parecen surgidos de ninguna parte visitantes de otras regiones del cosmos?

Curiosamente, la última vez que oí hablar del doctor Wickramasinghe fue poco antes de declararse la pandemia de la COVID-19, a principios de 2020. Él acababa de proponer a la revista médica británica *The Lancet* un artículo en el que sugería que el coronavirus que nos puso en jaque entonces se originó en un meteorito que cayó no muy lejos de Wuhan, en China —el foco de la epidemia—, en octubre del año anterior. Según sus estimaciones, la roca cósmica caída en las inmediaciones de Songyuan podría haber esparcido «cientos de trillones de partículas víricas» por toda la región, después de haber convertido la noche en día y ser filmada por las cámaras de tráfico de la ciudad. Bajo ese punto de vista, no cabía duda de que el nuevo «peligro amarillo» no era realmente chino, sino extraterrestre.

Pero nadie le creyó.

Y *The Lancet* ignoró su escrito.

3

EL INSTANTE OSCURO

¿Te sorprende la idea de que la vida en general, y nuestra humanidad en particular, puedan ser el producto de una infección cósmica? ¿No te parece romántico abrirse a la sospecha de que nuestro origen esté más allá del sistema solar? ¿Que tú y yo, en el fondo, vengamos de otro mundo?

Aunque te parezca increíble, preguntas parecidas a estas ya se las plantearon nuestros antepasados. Y algunos, de forma intuitiva, llegaron incluso a responderlas a través de sus mitos o sus escritos de carácter religioso.

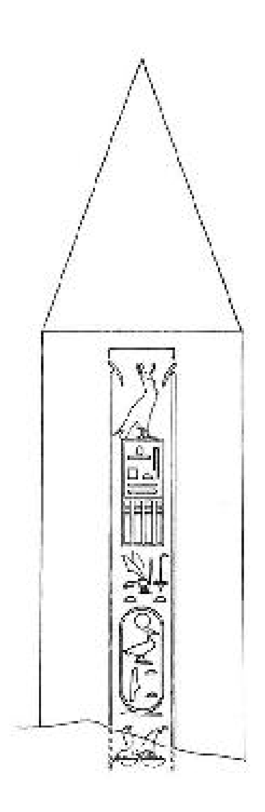
¿Te cuento cómo?

Hay historias asombrosas…

En el antiguo Egipto, por ejemplo, se creía que la vida llegó a la Tierra después de que un pájaro de fuego depositara un extraño huevo metálico sobre el primer montículo que emergió de las aguas primordiales, en el preciso instante de la Creación. Los Textos de las Pirámides —grabados sobre enormes losas de piedra en tumbas de hace más de cuatro mil años— cuentan que aquella ave ígnea se llamaba Bennu. Los griegos, por cierto, la adoptamos convirtiéndola en nuestra ave fénix o φοῖνιξ. Hoy, con nuestra perspectiva moderna, es fácil ver en ella la metáfora de la caída de un gran meteoro o cometa «sembrador», y en ese «huevo», un eco del material que quedó olvidado junto al Nilo tras su impacto.

No es una idea mía, querida. No alucino. Y mucho menos me lo invento. Egiptólogos contemporáneos sugieren que aquel huevo o Benben —que es su antiguo nombre egipcio— fue el meteorito de aspecto cónico que durante siglos se veneró en Heliópolis, la ciudad sagrada de los faraones, sobre una columna[5]. Su peculiar forma no resulta del todo extraña

en nuestros registros meteoríticos y se debe probablemente al ángulo con que entró en nuestra atmósfera. La fricción y las altas temperaturas esculpieron su silueta como si fuera un cucurucho de helado y le dieron su curioso aspecto. La piedra Benben, hoy perdida, tuvo que ser extraordinaria. De hecho, no faltan quienes sospechan que su aspecto fue el que pudo haber inspirado la geometría de las pirámides e incluso el acabado de los obeliscos. Estos, si te fijas bien, no son sino representaciones esquemáticas de aquella columna heliopolitana sobre la que se veneró la sacratísima piedra cónica de los antiguos egipcios.



Puede que te parezca una idea exótica. No te culpo por ello. Pero no me negarás que la existencia de un culto a un meteorito vinculado al origen de la vida evoca las modernas ideas de Crick, Hoyle o Wickramasinghe.

¿Y qué me dirías si te cuento que otras religiones tuvieron *exactamente la misma intuición*?

¿Crees que exagero?

Fíjate por ejemplo en la reliquia más famosa del islam, la Piedra Negra incrustada en el extremo oriental de la fachada de la Kaaba. Esta es hoy mucho más conocida. Cada año millones de peregrinos viajan a La Meca y, con suerte, pueden aproximarse a ella y besarla. Quienes la han visto hablan

de su aspecto metálico, oscuro, casi quemado. El mismo que tendría un meteorito.

Lo que dicen los musulmanes de Hayar al Aswad —que es como la llaman— es que se trata de una piedra que estuvo en el paraíso y que se remonta a los tiempos de Adán y Eva. De nuevo, pues, nos encontramos ante un «trozo de cielo» al que instintivamente hemos vinculado con el origen de la vida. Con la Creación. Y hacia el que se postran diariamente mil quinientos millones de personas cinco veces al día.

Más interesante aún es la historia que la Biblia cuenta en boca de Jacob. Según el libro del Génesis[6], este profeta del Antiguo Testamento se quedó dormido sobre una curiosa roca que encontró en el desierto, camino de la ciudad de Harrán. La piedra no debió ser muy diferente de la que hoy se venera en Arabia Saudí. Esa noche Jacob soñó que los cielos se abrían sobre él y que de ellos descendían unos ángeles por una escala refulgente. El profeta, impresionado, decidió guardarse aquella roca. La llamó Betel, que en hebreo significa «la casa de Dios», en la certeza de que le proporcionaría acceso al paraíso del que procedía todo lo creado. Aún hoy, en las culturas semíticas se utiliza el término *betilo* para referirse a los meteoritos o «piedras del rayo» que, según ellos, marcan los lugares sagrados.

Ya lo ves, Arys. Quizá, después de todo, siempre hemos tenido dentro la certeza de que las «piedras del cielo» trajeron la vida a la Tierra. Y de que, en el fondo, ninguno de nosotros —seamos humanos, plantas, organismos pluricelulares, hongos, protozoos o bacterias— somos de aquí. ¿No crees?

Pero esta, en realidad, es una historia que empieza aún más atrás en el tiempo. Se remonta a mucho antes de la aparición de los egipcios, de los profetas bíblicos o de los seguidores de Mahoma. De hecho, arranca muchísimo antes de lo que crees.

Si lo que sugieren los mitos como los que acabo de explicarte es cierto, aquellas piedras cósmicas nos trajeron la carga bacteriológica y vírica que desencadenó *toda* la vida en la Tierra. Desde ese punto de vista, habría también que aceptar que las infecciones de uno u otro signo llegaron por el mismo medio y que, desde entonces, no han dejado nunca de transformar este planeta y a sus habitantes.

¿Te parece muy aventurado?

¿En serio?

Bueno… Te concederé un pequeño respiro.

Puedes dar por cierto o no el origen cósmico de las infecciones, pero lo que no podrás negar es la influencia que patógenos de toda clase han ejercido en nuestra evolución como especie.

Una de sus últimas y más radicales injerencias —una de la que debo hablarte ahora en detalle— se produjo en el preciso momento en el que aquellos «monos desnudos» de la remota prehistoria decidieron agruparse alrededor de tribus de miles, decenas de miles e incluso millones de individuos. Ningún otro homínido hizo algo así. Tampoco ninguno sufrió tanto como nosotros. La súbita expansión de las enfermedades pandémicas entre los *sapiens* fue posible gracias a la adopción de dos habilidades que todas las culturas antiguas sin excepción atribuyeron a un regalo de los dioses: la agricultura —esto es, el sometimiento productivo de la Tierra a disposición del ser humano— y la ganadería —el control, parcial al menos, del reino animal.

Osiris en Egipto, Enlil en Sumeria, Oannes en Babilonia, Viracocha en los Andes y Deméter en Grecia —por citar solo a unos pocos— mostraron a los humanos qué especies cultivar, cuándo y dónde hacerlo, les entregaron el arado, les enseñaron, como Hermes en Grecia, a hacer cercados y, finalmente, les señalaron aquellos animales más aptos para ser dominados y criados en cautividad. Las historias de esos «dioses instructores» están entre las más fascinantes del mundo antiguo. Yo las adoro. Me parecen todo un misterio. No hay civilización que no cuente con ellas. Pero ninguna nos advirtió de los peligros que traería esa nueva clase de cohabitación con la naturaleza.

Es este otro concepto que debes interiorizar: las primeras culturas se levantaron en el oscuro instante en el que las tribus de *sapiens* dejaron de actuar como cazadores-recolectores errantes, gentes sometidas al imperio del clima y de sus fuentes de alimentación, y se instalaron en un solo territorio. Y digo bien, «oscuro instante». Ese momento, como te explicaré, nos trajo al peor enemigo al que nos hemos enfrentado hasta ahora: las grandes plagas.

Hasta donde sabemos, el proceso de sedentarización de la especie se inició en Oriente Próximo, en tierras de la actual Turquía. Fue allí donde en 1994 un grupo de arqueólogos alemanes descubrió algo inesperado mil

kilómetros al sur de Estambul, muy cerca de la moderna frontera con Siria. Veinte estructuras arquitectónicas, compuestas por una decena de pilares de piedra cada una, de unas diez toneladas de peso por megalito, fueron detectadas bajo túmulos que llevaban siglos pasando por simples colinas de labranza.

El hallazgo, como casi todos los de su especie, fue fortuito. Los campesinos de Urfa que las trabajaban llevaban años desenterrando piedras grabadas y piezas de una antigüedad incierta. Las retiraban con fastidio y las mejores las iban amontonando en el Museo Arqueológico de la antigua ciudad de Abraham. Nadie les prestó atención en años. Fue Klaus Schmidt, un experto del Instituto Arqueológico Alemán, el primero que decidió emprender una campaña de excavación sistemática de aquel yacimiento, sacando a la luz un complejo que pronto recibió el nombre de Göbekli Tepe, el «monte ombligo».

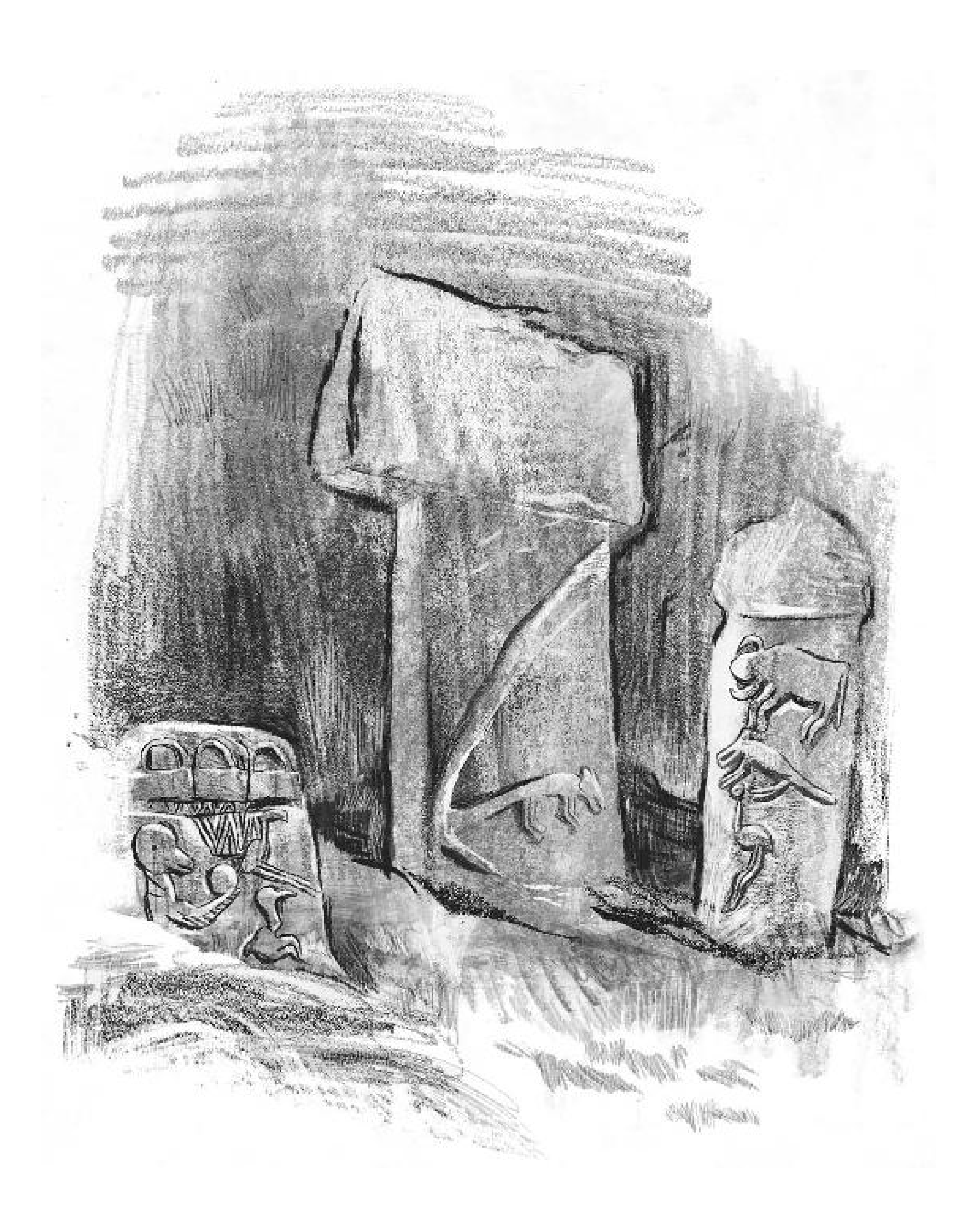
Lo que emergió allí fue simplemente colosal. Las piedras desenterradas resultaron ser fragmentos desprendidos de unos círculos de piedra perfectos, hundidos entre tres y cuatro metros bajo el suelo. Sobre los sillares de mayor tamaño podían verse relieves con toda clase de animales e insectos: cabras, zorros, gacelas, osos, serpientes, arañas y escorpiones esculpidos con un realismo asombroso. Pero también hombres y mujeres que mostraban sus genitales y que pronto dieron a entender a Schmidt y a sus colegas que estaban ante un lugar de culto a la fertilidad.

Aquella suerte de menhires rectangulares, pulidos por ambas caras, en forma de T mayúscula, estaban extrañamente intactos. Sin signos de guerras ni erosión. Era como si sus escultores hubieran decidido enterrarlos con cuidado en algún momento del pasado. Aunque esa circunstancia, lejos de simplificar la tarea de los arqueólogos, pronto se convirtió en el inicio de un tremendo galimatías.

El problema mayor surgió cuando los restos orgánicos hallados en el desmonte de los túmulos se dataron por el método del carbono 14 (^{14}C). Esta herramienta científica, de uso común en arqueología, permite calcular la edad de cualquier vestigio menor de cincuenta mil años con la sola medición de ese isótopo radiactivo. Se trata de un elemento que tenemos incorporado todos los seres vivos en una cantidad fija y que se pierde a un ritmo constante tras la muerte. Maderas, raíces, huesos, tejidos orgánicos y vegetales…, todo se puede fechar utilizando unas tablas establecidas, con

un margen de error mínimo. Y varias muestras de esa clase habían sido recuperadas junto a las columnas T del Monte Ombligo.

Lo que determinó su análisis fue que la tierra vertida sobre los círculos de Göbekli Tepe se volcó hacia el 8200 a. C. Y también que el lugar estuvo en uso durante algo más de un milenio.



Abre bien los ojos, querida. Lo que tienes ante ti son los restos del conjunto arquitectónico más antiguo construido por el ser humano. Aquí, en la Anatolia turca, no solo se «inventó» la obra en piedra, sino también la agricultura y la ganadería. Y todo hace más de diez mil años. Lo malo, Arys, es que no sabemos quiénes fueron esos genios.

¡No tenemos ni idea!

Aquello fue toda una revelación.

Göbekli Tepe se encuentra *precisamente* en la región del planeta en la que se «inventó» la agricultura alrededor del 9000 a. C. y también donde se domesticaron los primeros animales. El equipo de Schmidt dedujo que esas estructuras de piedra tuvieron que ser el «laboratorio social» en el que se crearon semejantes innovaciones, así como el emplazamiento en el que se pergeñaron las primeras representaciones de los dioses. A principios de los años noventa del siglo pasado, a solo treinta kilómetros de allí, genetistas estadounidenses señalaron las colinas de Karacadağ como el lugar en el que

se domeñó una de las primeras variantes del trigo domesticado por el ser humano: el carraón. «Es difícil que esto sea una coincidencia»[7], se dijo. Y es que en Göbekli Tepe todo remite a los orígenes. No está de más recordar que ese conjunto se talló, trasladó y colocó con esmero seis mil años antes de que se levantaran los templos megalíticos malteses de Ggantija y Mnandra, tenidos hasta entonces como los más antiguos del mundo.

Las implicaciones de esta datación son importantes, querida Arys.

Aún no sabemos qué pudo haber llevado a los impulsores de aquel «macrolaboratorio» a enterrarlo. Millones de metros cúbicos de tierra se desplazaron para sepultar obras en las que habían invertido un esfuerzo inédito. Pero ¿por qué? ¿Qué movió a aquellas gentes a una reacción como aquella? ¿Por qué resolvieron enterrar unas estructuras magníficas, seguramente sagradas, únicas en el mundo? ¿De qué pretendían preservarlas?

Autores como el escocés Graham Hancock —famoso por sus *bestsellers* sobre civilizaciones desaparecidas— han arriesgado la hipótesis de que fue la caída de un cuerpo cósmico en el actual Canadá, hacia el 9600 a. C., el que provocó un «invierno nuclear» que obligó a la cultura del Monte Ombligo a tomar la decisión de abandonar y soterrar sus «templos»[8]. Esa catástrofe existió. De eso no hay duda. Existen trazas de un gran impacto en estratos geológicos de esa época, provocado por el cometa Clovis durante el Pleistoceno, en un periodo de enfriamiento conocido como Dryas Reciente. Pero la idea de Hancock, aunque atractiva, adolece de un severo fallo argumental que va más allá de la *ligera* discrepancia de fechas entre la colisión y el entierro de Göbekli Tepe, disculpable cuando hablamos de prehistoria. Una catástrofe cósmica de la envergadura sugerida por Hancock —a la que se atribuye incluso el súbito final de la Edad del Hielo— no pudo dar mucho tiempo a los habitantes del Monte Ombligo para soterrar su veintena de grandes «templos» circulares. Esa tuvo que ser una operación compleja, planificada, que se extendió durante meses, si no años, y no parece concebible atribuirla a la reacción rápida a una catástrofe global.

Quizá la desaparición de ese «primer templo» de la humanidad descanse sobre un factor mucho más cercano. De hecho, es ahí a donde quiero llevarte, pequeña.

Si en Göbekli Tepe se domesticaron los primeros animales, allí fue también donde se abrió la caja de Pandora de las primeras epidemias y

pandemias víricas. ¿Fue una de estas la que obligó a aquel pueblo cuyo nombre desconocemos a dejar atrás aquel «laboratorio» de piedra, en espera de tiempos mejores?

Jared Diamond, profesor de Geografía de la Universidad de California y uno de los más reconocidos divulgadores científicos del mundo, llamó mi atención sobre esta posibilidad. Diamond argumenta que «los principales elementos mortíferos para la humanidad en nuestra historia reciente —la viruela, la gripe, la tuberculosis, la malaria, la peste, el sarampión y el cólera— son enfermedades contagiosas que evolucionaron a partir de afecciones de los animales»[9]. Sugiere que fue la primitiva convivencia de humanos con sus primeros rebaños de vacas, ovejas y caballos lo que creó las pandemias que todavía hoy sufrimos. Agresiones que, desde esa época remota, no han dejado de acosarnos.

¡Y tiene razón! La totalidad de los agentes infecciosos que llevan siglos diezmándonos surgieron a partir de nuestro contacto con bestias. Domésticas o silvestres, no importa. Se trata de microbios que se adaptaron al huésped humano a la velocidad del rayo, como la fiebre amarilla que saltó de los monos salvajes africanos al hombre —más tarde lo haría el virus del sida—, la leptospirosis o la rabia de los perros, la tos ferina de los cerdos, la viruela de los bóvidos o la fiebre felina de los gatos.

Hasta el final de la era de los cazadores-recolectores esas enfermedades nos eran casi desconocidas. El intercambio de patógenos entre animales y humanos se limitaba entonces a encuentros esporádicos con la fauna salvaje, pero a partir de la era de Göbekli Tepe sometimos a parte de esa fauna y la introdujimos en nuestras casas, convirtiéndola en un foco permanente de contagios.

El propio término «domesticar», querida, ya lo dice todo. Viene del latín *domus,* «casa». De algún modo, hace diez milenios empezamos a cohabitar con un enemigo feroz e invisible —los virus zoonóticos, los que pasan de animales a personas— a cambio de carne, fuerza bruta, pieles o simplemente compañía.

Y ya no hemos dejado de hacerlo.

4

MESTIZAJES

¿Te has fijado alguna vez, Arys, en que los dioses más antiguos de la humanidad son todos criaturas mitad humanas, mitad animales? ¿Sabes por qué? Después de lo que te he explicado, ¿no crees que podría deberse al hecho de que las religiones se sofisticaron justo después de que los humanos lograran domesticar a las bestias?

Ya sé, ya sé. Casi puedo oírte protestar.

Estarás recordando aquella primavera que pasamos, no hace mucho, recorriendo los principales santuarios rupestres de España y Francia, ¿verdad?

Fue un viaje muy especial. Crucé media Europa en mi viejo y valiente Citroën DS de suspensión hidroneumática para reunirme contigo. Tú tenías catorce años y, desde que nos encontramos en Francia, no dejaste de protestar todo el camino por el ruido que hacía mi bella diosa amarilla[10]. ¡Todavía recuerdo lo que me costó conducirte por el Ariège, de santuario cátaro en santuario cátaro! De hecho, no sé cómo, terminamos perdidas en mitad de la región de los Midi-Pyrénées siguiendo los escasos carteles que indicaban cómo llegar a las cuevas paleolíticas de la zona.

Yo lo interpreté como una señal. Dejamos de lado las herejías medievales, que no te interesaban nada, y nos entregamos a la búsqueda de santuarios rupestres de decenas de miles de años de antigüedad.

El que más te gustó —a mí también, lo admito— fue el que encontramos a las afueras del pueblo de Montesquieu-Avantés. Era primavera… ¡y no había ni un alma en la calle!

¿Te acuerdas de aquel anciano que tenía la mitad del cabello blanco y la mitad negro? Nos abordó con cara de pocos amigos bajo el porche de la

iglesia, mientras intentábamos descifrar las hojas que alguien había clavado con chinchetas en la puerta del templo y en las que se recomendaba la visita de las grutas de Mas d’Azil y Niaux.

—¿Qué buscan ustedes, señoritas? —nos preguntó en un francés con fuerte acento occitano y gesto suspicaz—. Este no es un pueblo para turistas. ¿Son familia de algún vecino?

Yo no lo entendí muy bien, pero tú negaste pizpireta y le respondiste algo que me asombró:

—Buscamos iluminación, monsieur.

Tus ojos chispearon traviesos. Tu pronunciación francesa era exquisita. ¡Aquello te divertía al fin!

—¿Iluminación?

—Sí. Iluminación. Conocimiento… El fuego del saber —insististe.

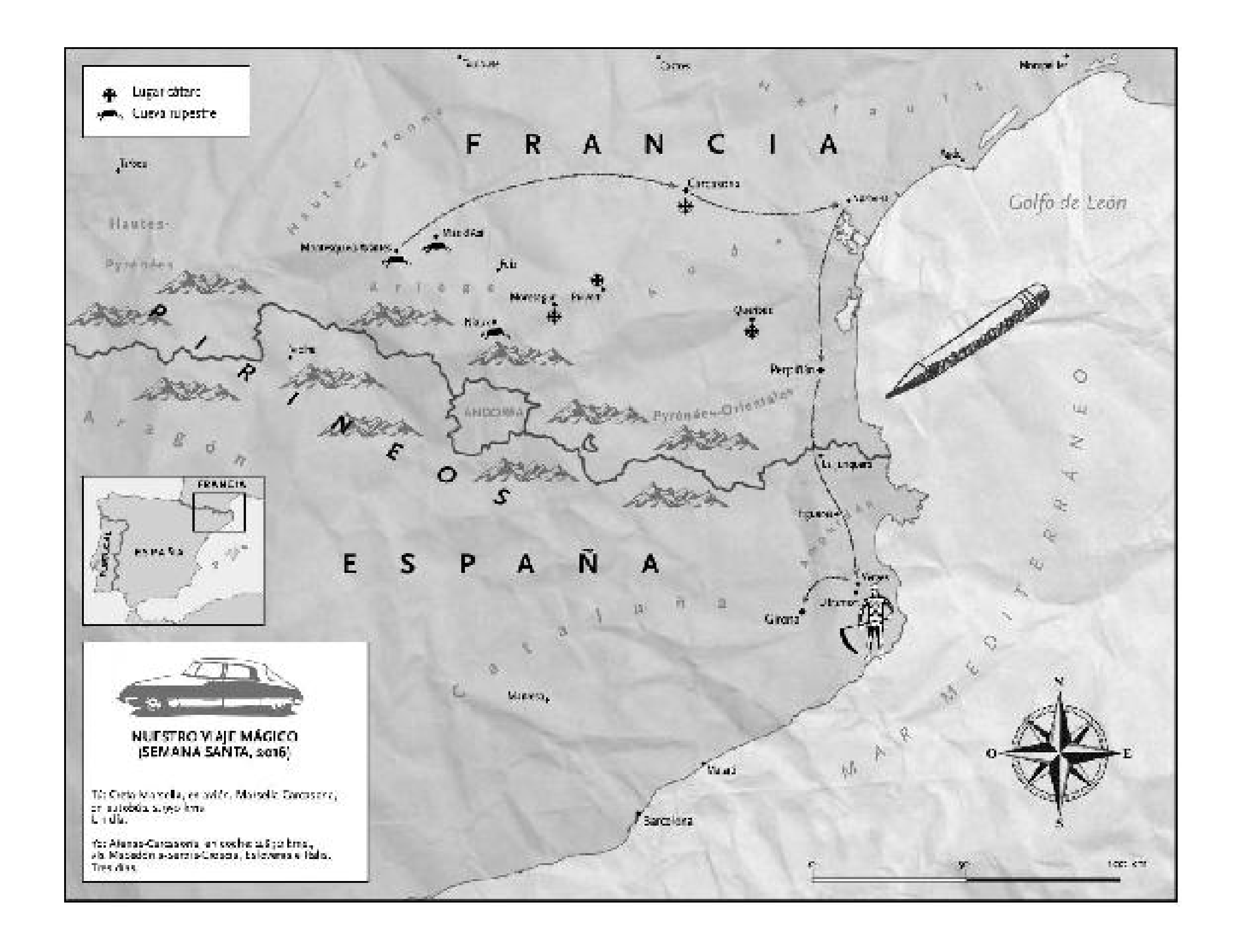
Tu críptica respuesta surgió de un modo espontáneo, fresco, como si lo hubieras incubado asintomáticamente durante semanas. A mí me hizo gracia, la verdad. Me recordó algo que escribió el geógrafo griego Estrabón en el siglo I a. C., cuando aseguró que las montañas a las que habíamos ido a parar se llamaban Pirineos en recuerdo de un gran fuego (πυρός, *pyros*) que fundió hasta el oro del subsuelo.

Quizá el anciano pensó lo mismo. No lo sé. No me atreví a preguntárselo. Resultaba extraño ver a una adolescente decir algo así. El caso fue que, lejos de desoírte, te dedicó una mirada que duró un par de segundos, como si calibrara cuidadosamente qué debía replicar, olvidando todas sus suspicacias de un plumazo.

—¡Ah, claro! —aceptó al fin, señalando los papeles de la puerta—. Dos mujeres buscando iluminación… Bien, bien. Entonces, me parece que no deberían perder el tiempo con esas visitas. La luz de la historia vive muy cerca de aquí. ¿Les apetecería verla?

Tú y yo nos miramos divertidas. No nos pareció que aquel viejo confiado fuera a hacernos daño. Estábamos perdidas en medio de ninguna parte y, además, disponíamos de todo el tiempo del mundo. «¿Por qué no? ¡Parece buena gente!», nos dijimos en griego para que le fuera imposible entendernos.

Sí. ¡Por supuesto que te acuerdas, Arys!



El viejo resultó ser el alguacil de Montesquieu-Avantés. Uno vitalicio, dada su escasez crónica de vecinos. Auguste —que así se llamaba— tenía la llave de una cueva cerrada a las visitas, que se ofrecía a mostrarnos solo a nosotras. Dijo que lo hacía porque le inspirábamos confianza. Y porque yo —deslizó con una vaguedad deliciosa, casi seductora— le resultaba familiar.

—No es una caverna cualquiera, señoritas. Es un sistema de galerías en el que no es difícil perderse sin un buen guía.

—Y usted debe ser ese guía, naturalmente —le repliqué algo irónica—. ¿Qué nos va a cobrar, si se puede saber?

—¿Cobrar? No, no, no. ¿Acaso puede pagarse la iluminación, señorita? —dijo él, simulando una ofensa que en realidad le solazaba.

El lugar al que nos condujo resultó ser la cueva de los Tres Hermanos, o de los Trois-Frères, un yacimiento de hace unos diez mil o quince mil años, descubierto en 1912, y que resultó ser una verdadera pinacoteca

prehistórica. En sus muros se habían catalogado hasta trescientas cincuenta representaciones de caballos, bisontes, osos, rinocerontes, mamuts e incluso renos, difíciles de imaginar triscando por los Pirineos. Ninguna caverna de los alrededores era tan rica en muestras de arte parietal rupestre.



Hay algo que me fascina profundamente de este «hechicero», Arys. Su retrato no forma parte de un paisaje. Da la impresión de que está flotando en medio de la nada, como si el remoto artista que lo pintó hubiera querido dejarnos claro que estamos ante una visión. Ante un ser mágico. De otro mundo.

Auguste nos escoltó por sus galerías con una linterna de petaca que tenía la pila casi agotada. Recuerdo que las paredes brillaban a nuestro paso como si estuvieran incrustadas de diamantes. Parecían pulidas, redondeadas por milenios de corrientes subterráneas. Pero las verdaderas joyas del lugar resultaron ser unos dibujos de trazo oscuro que nuestro cicerone ubicaba con pasmosa precisión entre aquellos pliegues casi carnosos.

Dejando atrás la galería principal desembocamos en un lugar amplio del que era difícil adivinar su profundidad. Auguste alzó su linterna para señalar un cubículo —una especie de habitación natural— que gravitaba a casi cuatro metros sobre nuestras cabezas.

—Hemos llegado. —Señaló al aire—. Ahí está el santuario, señoritas.

—¿El santuario? —Las dos oteamos la oscuridad intrigadas.

—Así es. El recinto más sagrado de esta cueva. Contiene algo que puede que las ilumine… Aunque deberán escalar con cuidado, solas, hasta allá arriba. Yo, como comprenderán —dijo como apiadándose de sí mismo —, prefiero quedarme aquí abajo. Las esperaré.

¡Fue un gran momento, Arys!

Trepamos por aquellas paredes como dos arañas inexpertas. Tú tomaste la linterna de Auguste entre las manos y fuiste abriendo el camino. ¡Y al llegar te llevaste el susto de tu vida!

Allá arriba, en aquella especie de plataforma desde la que se dominaba toda la cueva, lucía en una pared una pintura absolutamente diferente a las demás. Era la imagen de un extraño ser encorvado, con garras de oso en vez de manos, dotado de cola de caballo y unos ostentosos genitales de varón asomando bajo la crin. Se trataba de un retrato contemporáneo de Göbekli Tepe, hecho a más de cuatro mil kilómetros de allí.

Tras la consiguiente sorpresa, me pediste que nos acercáramos a examinarlo. Parecía recién hecho y no se asemejaba a nada que hubiéramos visto jamás. Cuando le aproximaste la luz macilenta desde el lado izquierdo, adivinamos el trazado de unas astas de ciervo sobre la cabeza. Sus ojos, desde luego, no eran humanos. Parecían los de una lechuza. Pero la forma de su cráneo era idéntica a la nuestra.

—¿Qué es esto, monsieur Auguste? —gritaste a la oscuridad.

El eco llenó de pronto todo.

—¡Es el Hechicero, mademoiselle! ¡El brujo!

Su voz retumbó también en la caverna, haciéndonos tiritar.

—¿Qué hechicero?

—El que trajo la civilización a estas gentes —replicó él, evocándome en el acto las historias de dioses instructores más jóvenes, como Osiris, Enlil, Oannes, Viracocha o Démeter.

—¡No lo entiendo! —gritaste.

Y él, muy solemne, te contestó:

—Es el que les dio lo más mágico que puede entregarse a los hombres…, ¡la iluminación, mademoiselle! ¡La iluminación!



¿Sabías que algunos
prehistoriadores
modernos sostienen
que los creadores de
este «hombre bisonte»
creían que la pared
sobre la que está

pintado era una
especie de membrana
que separaba este
mundo del otro? Al
esbozar esta escena
sobre la piedra
simplemente intentaban
hacer visible la
sabiduría que se
escondía en su envés.
¿Tú qué piensas?

Lo recuerdas, ¿verdad?

Yo sí. Y muy bien.

Su lección es muy oportuna en este momento, pequeña.

Si haces un esfuerzo de memoria, te acordarás también de que, antes de salir de la cueva, Auguste nos mostró otra figura teriantrópica más. Una criatura mitad humana, mitad animal. La llamó el Hombre Bisonte. Lucía la misma crin de caballo que el Hechicero, como si fuera una suerte de emblema o elemento de distinción. Nos pareció que ambos pertenecieron a la misma familia, acaso fueron incluso un mismo individuo, solo que esta vez había sido representado dentro de una escena que ahora, con lo que ya sabes, te va a resultar muy reveladora.

He encontrado un dibujo para que puedas visualizarla de nuevo.

¿Te das cuenta? El Hombre Bisonte sostiene un instrumento en las manos —un arco musical, una flauta de hueso tal vez— y parece guiar al rebaño de bóvidos que lo preceden… Y todo ¡en una cueva de por lo menos diez mil años!

¿Lo entiendes ya, Arys?

En aquel momento no podía aún explicarte todo esto. Estabas en plena maduración y tal vez hubieras pensado que tu tía era una pesada. Que esos

no eran temas para hablar en unas vacaciones. Pero lo cierto es que estuvimos ante la más antigua representación de un pastor de la historia. Un pastor brujo, un hechicero, un mago…, llámalo como quieras. Uno contemporáneo a la revolución que se estaba fraguando entonces en Göbekli Tepe. Una prueba de que lo que se estaba dirimiendo era una revolución global. Y en cualquier caso, ante una de las primeras representaciones gráficas de un momento cumbre sobre el que quiero que reflexiones. Un instante en la trayectoria de nuestra especie en el que se muestra a nuestros antepasados fundiéndose con las bestias que acababan de dominar.

O eso creían.

5

FUSIONES

Lo de metamorfosearnos en animales quizá sea algo más que una metáfora. Debes saber, Arys, que la necesidad de integrarnos con el reino animal es tan antigua como los propios *sapiens.*

Veinte mil años antes de que pintaran el Hombre Bisonte y el Hechicero, en tiempos de la Edad del Hielo, otro artista imaginó una nueva hibridación entre humano y animal. Faltaba mucho para que se inventara la agricultura, y la domesticación de animales no estaba ni en nuestros mejores sueños. Aquella mente habitó en la sierra de Jura de Suabia, en las actuales Alemania y Suiza. Pertenecía a una tribu que ocupaba varias cuevas de la región como refugio de caza, cerca de los ríos Lone y Ach, y dedicó más de cuatrocientas horas de trabajo a pulir un colmillo de mamut para darle un aspecto muy particular.

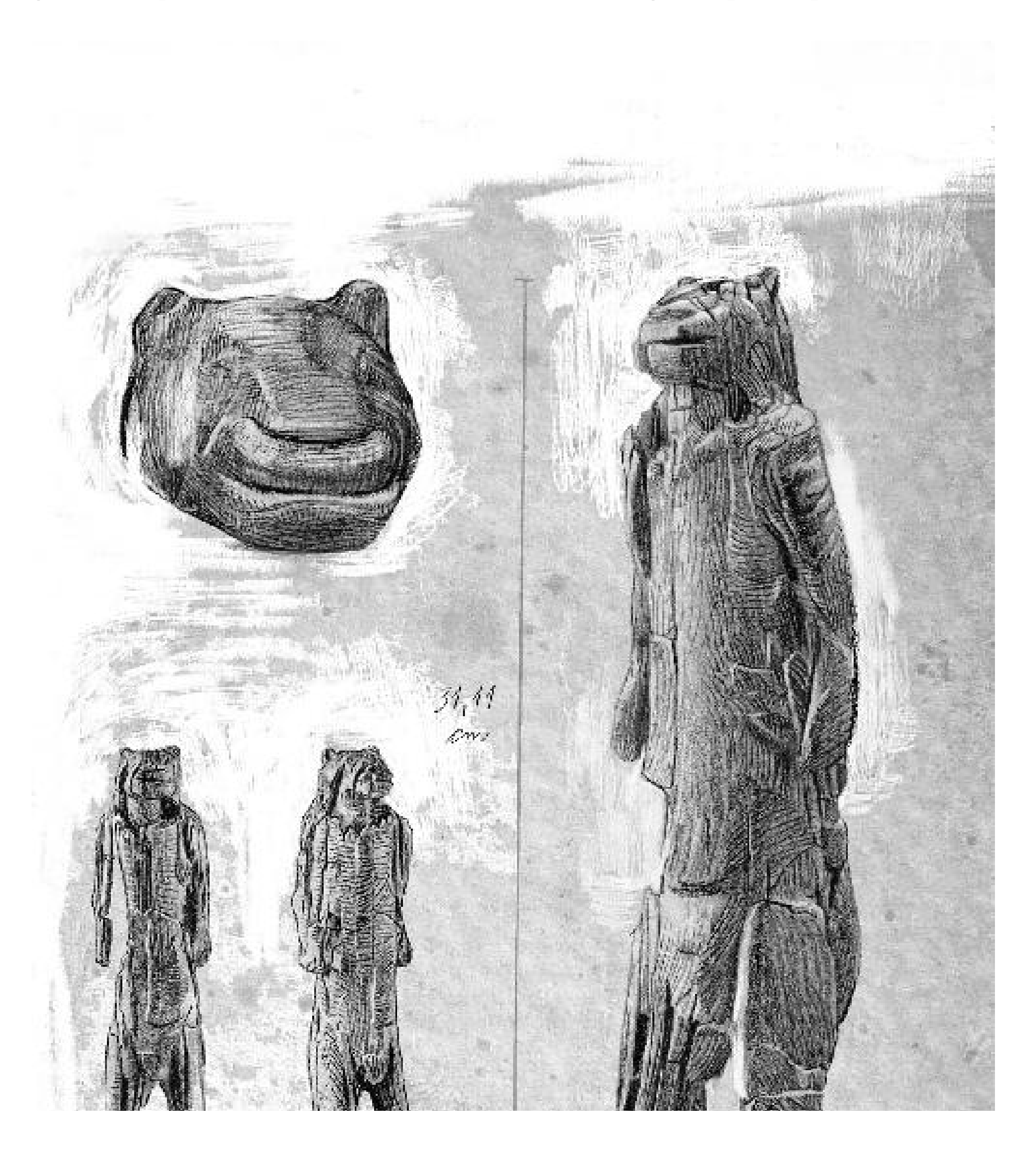
Cuesta imaginar que alguien, en ese periodo, dispusiera de tanto tiempo para crear un adorno como ese. Era una época donde la supervivencia se conseguía día a día. Los enfermos o los heridos morían arrastrados por las circunstancias. Encontrar alimento y cobijo eran la prioridad que lo llenaba todo.

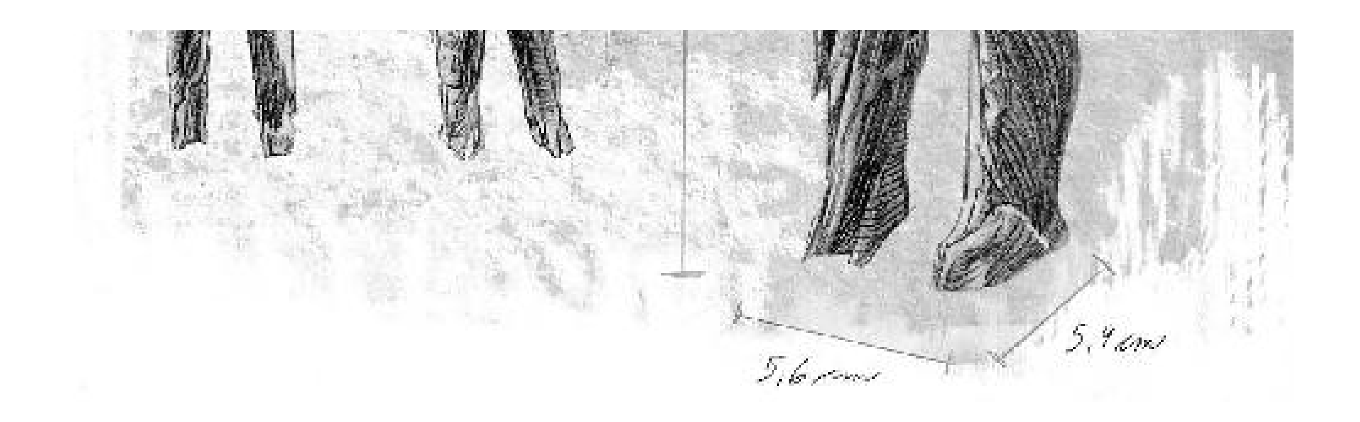
¿Quién dispuso, entonces, de semejante margen para desarrollar la habilidad de tallar marfil? ¿Cómo gestionaron esa persona y su comunidad los plazos imprescindibles para obtener un objeto tan perfecto? ¿Y para qué?

La pieza de la que te hablo fue descubierta en agosto de 1939, en vísperas de la invasión nazi de Polonia, en el fondo de otra caverna. De hecho, se desenterró en un «santuario» o habitáculo que recordaba al que tú y yo vimos en Francia. Los arqueólogos dieron con ella en su último día de

campaña, justo antes de acudir a la llamada a filas del Ejército alemán. Se trata de una figurilla de apenas treinta centímetros de altura, rota en varios fragmentos, que muestra a un hombre erguido con cabeza de león.

Aquel curioso tótem —sin parangón con otras figuras como las Venus paleolíticas— no se dataría hasta bien pasada la Segunda Guerra Mundial. Las circunstancias hicieron que no terminara de armarse hasta el año 2011 gracias a que nuevas excavaciones localizaron algunas partes perdidas.





Hay algo que quiero que te preguntes, Arys. ¿Por qué crees que nuestros antepasados dejaron un objeto tan precioso como el Hombre León de Stadel en el fondo de su cueva? ¿Era allí donde se «utilizaba»? ¿Y para qué, exactamente? Tengo la impresión de que esta figurilla, al igual que las de las famosas Venus paleolíticas, se visualizaban al tacto, en la tiniebla más

absoluta, favoreciendo una percepción diferente de la realidad. Más sensorial. Más intensa.

De pronto, cuando los arqueólogos calcularon su antigüedad, se percataron de su enorme valor: tenían en las manos la más antigua representación de un ser imaginario. La primera pieza «creativa» de la historia de la humanidad. Y tal vez algo más: el primer retrato de un dios.

Lo que demuestra el Hombre León de Stadel —que es como se conoce hoy a este tesoro— es que desde hace treinta mil años nuestra especie no ha dejado de anhelar esa clase de fusiones con el reino animal. Ese tótem es un antepasado remotísimo de los dioses egipcios, de los toros alados de Babilonia, de las esfinges griegas y de criaturas tan temibles como el Minotauro de Creta. Incluso precede al gran mito de la fundación de Roma, muy posterior, quizá más sofisticado, en el que dos humanos, Rómulo y Remo, son amamantados por una loba.

No te sorprendas, Arys. Ese anhelo de fusionarnos con los animales no ha desaparecido aún. ¿Qué crees que se esconde detrás de muchas mitologías modernas de superhéroes? ¿Qué son *Batman* o *Spiderman* sino nuevas versiones de historias milenarias que creemos haber olvidado?

Ahora que lo pienso, ¿te acuerdas de lo que te conté en la isla de Creta, cerca de tu casa, a los pies de la cueva de Zeus?

¿Recuerdas esos cuentos en los que los dioses se metamorfosean en animales para espiar a los humanos?

Te llevé a la gruta de Dikteon, donde se dice que nació el padre de los dioses olímpicos, no solo para mostrarte sus impresionantes estalactitas y que vieras con tus propios ojos el viejo altar que alberga, desde donde cualquier susurro humano se convierte en un grito atronador. Lo hice para contarte lo que hacía Zeus con sus amantes…, ¿verdad?

—¡No entres ahí! —me gritaste asustada cuando penetramos en el cubil en el que nació el dios.

Estaba al final de la gruta, en un reducto de lo más inhóspito.

Fue en ese pequeño lugar donde mis labios te llevaron al tiempo en el que Zeus se encaprichó de una de las sacerdotisas del templo de Hera, su esposa. Aquello fue uno de los chascarrillos más populares de la Antigüedad.

¿Debo repetírtelo?

Sí. Creo que sí.

Ahora todo cobra sentido. A la luz de lo que el mundo está viviendo, cada una de estas piezas encaja a la perfección con el mensaje que deseo transmitirte. Y tú, querida, estás ya preparada para recibirlo.

Ojalá los viejos mitos te hablen como a mí…

Ío fue una de las mortales más hermosas que han visto los siglos. Fue una criatura tan encantadora que resultó inevitable que Zeus terminara fijándose en ella. El dios la cortejó como solo él sabía, y la pobre Ío cayó presa de sus encantos.

Los problemas llegaron después. Para esconder aquel nuevo desliz amoroso de las iras de su celosa mujer, Zeus decidió convertirla en vaca. Los rumores del romance habían llegado hasta Hera, y él era muy consciente de que, si la reina de los cielos daba con «su» mortal, la destruiría sin miramientos.

El hechizo salvífico de Zeus debía, pues, ser sublime. Algo a la altura de sus poderes. El padre de todos los dioses no podía transformar a su amante en una vaca cualquiera. La transmutó en un animal de piel blanca, sin una sola mácula en el cuerpo, deslumbrante, y lo dejó pastando inocentemente en sus dominios. Justo al lado de su palacio.

Pero aquel ardid funcionó solo a medias. Hera conocía demasiado bien a su marido y enseguida se dio cuenta de que mostraba un especial interés por aquel nuevo miembro del rebaño familiar. Por eso, y para asegurarse de que no estaba ante otra de sus tretas, exigió a Zeus que le confiara el cuidado de aquella vaca al tiempo que le encargaba a Argos *Panoptes* («el que todo lo ve») que no le quitara el ojo de encima.

«Toda prudencia es poca», debió pensar.

Para un inmortal como Argos una tarea como aquella resultaba de lo más sencilla. Aseguran los viejos mitos que aquel dios menor tenía el cuerpo literalmente cubierto de globos oculares, y que estos nunca se cerraban a la vez. No existía, pues, mejor centinela en todo el Olimpo. Pero

tampoco hubo jamás un dios más ingenioso que Zeus para burlarlo. De hecho, ante el reto del guardián de los mil ojos, el señor del Olimpo encargó a su hijo Hermes que se ocupara de neutralizarlo. Y lo hizo. Hermes, igual que el Hombre Bisonte de Trois-Frères que ya conoces, se valió de un instrumento musical para dormir al Panoptes y, cuando lo tuvo a su merced, le segó el cuello de un tajo.

Fue así como Zeus pudo seguir viéndose con Ío. Lo hizo metamorfoseado en toro, para no levantar sospechas.

Pero ay, Arys, tú ya sabes que en los relatos de los viejos señores del Olimpo la felicidad dura poco.

¿No te imaginas lo que pasó después?

Hera, burlada por la muerte de Argos, y sabiendo que algo no marchaba bien en aquella dehesa, decidió atajar de raíz el idilio de Zeus poniendo en fuga a la mortal Ío. No quería volver a ver a aquella vaca y para espantarla le ató un tábano a los cuernos. ¡Qué horror! Las rabiosas picaduras del insecto obligaron a la hermosa criatura blanca a abandonar los campos elíseos a la carrera. Mugiendo de dolor, Ío atravesó el mar Jónico —que lleva su nombre en recuerdo de aquel momento—, pero también cruzó la Iliria, la Tracia y el Cáucaso. La pobre no se detuvo hasta llegar a Egipto, donde al fin, lejos de la magia de Zeus, recuperó su forma humana, se transformó en Isis y dio a luz un hijo al que en Grecia llamamos Épafo, pero que muchos creemos pudo ser Horus o un hermano de este.

Allí, tan lejos en términos de la Antigüedad clásica, la diosa del cielo le perdió la pista.

Y su recuerdo se perdió para siempre.

¿Qué lección nos enseña este relato, justo ahora que una nueva pandemia ha barrido el mundo?

Muy sencillo, Arys.

No olvides que los mitos son metáforas en las que, en tiempos en los que no había escritura ni libros, los antiguos encapsulaban sus lecciones de vida. De algún modo son instrucciones en clave redactadas para garantizar la supervivencia de las futuras generaciones. Y este, el de Ío y Zeus, es de las fábulas más claras que conozco.

Ahora que sabes que la cohabitación con animales domésticos nos trajo las pandemias que diezmaron a nuestros antepasados, comprender que

estas se propagan a la velocidad de una Ío empujada por un tábano y que recorren el mundo en un santiamén te puede mostrar qué hacer. Ío se detuvo al fin. Lo hizo en Egipto. Allí murió el insecto que la martirizaba. Ahora léelo en clave vírica. Sustituye el tábano por una viruela, un virus de la gripe o un coronavirus, y a Egipto por «un lugar lejano» y lo entenderás todo. Allí, lejos del foco de la pandemia, Ío —la portadora de la enfermedad— se sublimó transformándose en la diosa de una nueva civilización. En una criatura sana. Nueva. En una madre que cumplió con la sagrada misión de multiplicar nuestra especie.

Apúntate esta lección porque es importante:

Después de la muerte siempre regresa la vida.

6

EL ENEMIGO INVISIBLE

¡Ay, querida! ¡Cómo fueron aquellas vacaciones de Semana Santa!

Las recuerdo a menudo, ¿sabes?

Tus padres te permitieron viajar sola por primera vez y tú, excitada, elegiste tu destino e hiciste las maletas. Cuando te instalaste donde querías, no dudaste ni un minuto en citarme en Carcasona, a la sombra de sus impresionantes almenas. Estabas exultante. De repente te sentiste la dueña absoluta de tu vida y de tu destino. Y se te ocurrió que sería una buena idea que recorriéramos juntas una región del sur de Francia que las dos conocíamos poco.

—Eres mi tía favorita. Ven —me rogaste al teléfono.

Yo, sin pensármelo un minuto, acepté.

Esa fue, si la memoria no me falla, la primera vez que te enfrentaste a uno de los peores enemigos del ser humano: el miedo. Apenas eras una adolescente, sí, pero te valiste tú sola para sacarte un billete de avión internacional, reservar una habitación en el Hotel de la Cité, y organizarte a través de Internet para que un autobús te llevara desde Marsella hasta el corazón del país cátaro.

Fuiste muy valiente, Arys. Lo admito. Y aprendiste una lección que, si me lo permites, me gustaría reforzarte con estas líneas.

En aquella escapada de seis días tropezamos con una verdad tan paradójica como importante: lo mejor y lo peor que le puede pasar a un ser humano siempre es invisible a sus ojos.

Piénsalo.

El oxígeno que respiramos, el amor que damos o recibimos y que es como una corriente que nos atraviesa y vivifica, los agentes patógenos que

nos debilitan hasta la muerte o el miedo, tu miedo, son intangibles. No se perciben a simple vista. Y, sin embargo, son capaces de inclinar la balanza de nuestro destino más que cualquier otra circunstancia. Son determinantes.

Quisiera, pues, detenerme en el último de esos factores: el miedo.

No existe un solo tipo de miedo. De hecho, es este un árbol de muchas ramas. Aunque, de momento, quédate con dos: el miedo cultural y el miedo natural. Fue el historiador Jean Delumeau[11] quien constató cuán influyentes son estas dos variantes del miedo en nuestro devenir como especie. La primera es la que tú experimentaste al trazar tu plan de viaje. Temías la reacción de tus padres, lo que pudiera pasarte si viajabas sola en un avión, e incluso que pudieran asaltarte si alguien descubría que no tenías cerca a nadie que te protegiera. Todo eso son miedos culturales. Los construyen tus conversaciones, tus lecturas, tu educación en casa y lo que recibes a través de películas y servicios de noticias. Miedos así son los que alientan quienes esperan un apocalipsis, los terroristas que preparan atentados en lugares de fuerte carga simbólica y, no pocas veces, nuestros propios políticos cuando con sus declaraciones hacen tambalearse los mercados de valores.

La otra rama es todavía más temible. Es el miedo que alienta en nosotros la naturaleza. Ya sabes, «eso» de lo que pretendimos escapar en el Neolítico construyendo barreras para contenerlo. «Eso» que, por error, entendemos que es diferente a nosotros, que nos es ajeno. Una erupción volcánica, una tormenta eléctrica, un terremoto o una enfermedad contagiosa encarnan justo lo que más tememos de la naturaleza. «Eso» que, cuando se desencadena, resulta ingobernable.

En aquel viaje, por cierto, tuvimos una buena ocasión de enfrentarnos juntas al miedo. ¿Te acuerdas?

Después de dejar atrás la gruta de Trois-Frères se te ocurrió algo genial. «¿Y si cruzamos la frontera con España y echamos un vistazo al otro lado de los Pirineos?», propusiste.

A mí me pareció una gran idea.

Esa tarde, sin pensárnoslo, regresamos a Carcasona a recoger nuestro equipaje y condujimos hasta el paso de La Junquera circunvalando Narbona y Perpiñán. Nos llevó casi tres horas dejar atrás Francia y para cuando quisimos darnos cuenta se nos había echado la noche encima, casi a la altura de Figueras.

Mi vieja diosa amarilla se estaba recalentando. En realidad, no había dejado de hacerlo desde que salí de Atenas una semana antes para

encontrarme contigo. Aunque esta vez la aguja de la temperatura del Citroën había escalado una rayita más. «Mala señal», pensé. Por eso te propuse que dejáramos la autopista y condujéramos por carreteras secundarias. Iríamos más tranquilas. Nos despreocuparíamos del mapa y con un poco de suerte el motor se relajaría y podríamos dar con un buen lugar en el que pasar la velada.

¿Te acuerdas de eso?

Yo sí. Y muy bien. Fue nuestro primer contacto juntas con un miedo atávico, natural. El miedo a la oscuridad.

Creo que nunca he circulado por carreteras tan lóbregas y despobladas como las del Ampurdán. Acababan de asfaltarlas y todavía no les habían pintado las rayas. ¡Estaban negras como boca de lobo! Tú, para animarme, ibas buscando en tu móvil cualquier cosa que me ayudara a dejarlas atrás, aunque estabas tan intimidada como yo. Lo vi por el modo en que girabas, nerviosa, las cuentas de tu pulsera de cristal.

—¿Sabías que ahí, en Figueras, hay un museo dedicado a Salvador Dalí? —saltaste al llegar a un cruce donde figuraba aquel nombre. Tu cara se iluminó—. El Teatro-Museo Dalí… ¡Qué raro!

—A estas horas estará ya cerrado —gruñí.

—Sí, tía, sí. Pero es que aquí dice que Dalí está también enterrado en ese teatro —seguiste leyendo en no-se-sabe-dónde—. ¡El artista como obra de su colección! Es ese pintor de los bigotes finitos que pintaba relojes derretidos, ¿verdad?

Resoplé sin responderte, más atenta al stop que tenía delante que a ti.

Aunque Dalí siempre fue un pintor al que admiré, tan apasionado por la mar como yo y tan afectado por los vientos del Mediterráneo como la mayoría de nuestros mejores amigos, lo cierto es que tenía mi cabeza en otras cosas. Estaba en alerta. Tensa. Y ese estado se intensificó aún más en cuanto dejamos atrás una nueva indicación que marcaba la entrada a una localidad de nombre algo siniestro.

«Ultramort», leímos a la vez.

—¡Qué palabra tan extraña! —murmuraste comprendiendo plenamente su sentido.

Tu tono de voz se derrumbó y un silencio particular se quedó flotando entre ambas. «Más allá de la muerte —traduje para mis adentros—. ¿Por qué diablos llamarán así a un pueblo?»

—¿Y si paramos a cenar en el siguiente? —te propuse para romper el mal rollo. Hice alguna broma con lo de no comer en un lugar tan poco evocador, y tú me seguiste el juego.

Asentiste aliviada.

—No. Ahí no, tía. Qué yuyu.

Al cabo de unos minutos nos recibió otro lugar. Intuimos que se trataba de una villa amurallada, antigua, tal vez parecida a algunas de las que habíamos pasado de largo y que se asomaban desde las colinas próximas a los Pirineos. Pero era tarde y no logramos verla bien porque tenía el alumbrado público apagado y la única luz que había se derramaba desde las ventanas de sus pocas viviendas habitadas.

—¿Probamos? —pregunté.

—Probemos.

Dejamos a la diosa bien aparcada junto a las vallas de un campo de deporte y nos adentramos en el pueblo a pie. Algún bar íbamos a encontrar. ¡Estábamos en un país mediterráneo!

Nuestro entusiasmo no duró mucho. No había ni un alma en la calle. Los pocos negocios que vimos no solo parecían cerrados, sino abandonados. Y aunque la temperatura era agradable, no dejábamos de sentir escalofríos por los lóbregos ecos que provocaban nuestras botas sobre un empedrado húmedo y vacío. Era como si las dos presintiéramos que algo malo estaba a punto de suceder.

Fue entonces cuando al volver una esquina lo vimos.

¿Te acuerdas, Arys? ¡Qué horror!

Yo no podía dar crédito a lo que veía: de la sorda tiniebla de la calle emergieron de pronto cinco esqueletos que caminaban directos hacia nosotras. Nos quedamos petrificadas. Muertas de miedo. Mudas. Abrimos los ojos como platos ahogando un chillido que no llegó a salir de nuestras gargantas, mientras tratábamos de cerciorarnos de que aquello no era una visión.

¡Y no lo era!

¡Parecía que estaban vivos!

—T… tía, vámonos. Vámonos…, co… corre —tartamudeaste muy bajito.

Me agarraste la mano con fuerza, pero comprendiste que no íbamos a tener el valor de darle la espalda a aquello. Además, yo era la adulta. Se

suponía que debía protegerte, pero lo cierto es que no tenía ni idea de qué hacer. ¿Cómo se defiende una del ataque de un esqueleto?

Un nuevo detalle nos horrorizó. Cuando las figuras pasaron junto a la puerta iluminada de una vivienda, vimos que tenían las cuencas oculares vacías. Y también que, pese a ese macabro hallazgo, una chispa al fondo de esas grutas parecía escrutarnos con desprecio. Ambas lo percibimos. Los cinco se movían de un modo muy extraño, dando pequeños saltos hacia los cuatro puntos cardinales, rítmicos, al son de una salmodia marcada por otras cinco osamentas que caminaban detrás de ellos, cubiertas por túnicas y portando antorchas. Un canturreo fúnebre, acompañado por golpes espaciados de tambor, iba marcando el tempo del grupo.

Tu mente no logró procesar aquello. Nada de lo que recibían tus sentidos encajaba con lo que sabías. Sentí que tus cuerdas vocales se empeñaban en desobedecer tus órdenes. Y también las mías.

Y así, paralizadas como dos estúpidas, con tu mano derecha a punto de atravesar los huesos de la mía, conseguimos fijar la mirada en algo más. El esqueleto más alto portaba una banderola negra con una inscripción en plata en la que se leía: «Lo temps es breu». El tiempo es breve. Tras él, una segunda calavera segaba a trompicones el aire con una enorme guadaña, mientras una tercera miraba de reojo un reloj sin manecillas y una cuarta trataba de no derramar un platillo de cobre con algo parecido a un montón de cenizas.

¿Qué demonios era aquello?

—¡Señoras! ¡Señoras! ¡Apártense de ahí!

Una orden seca, brusca, nos sacó del aturdimiento.

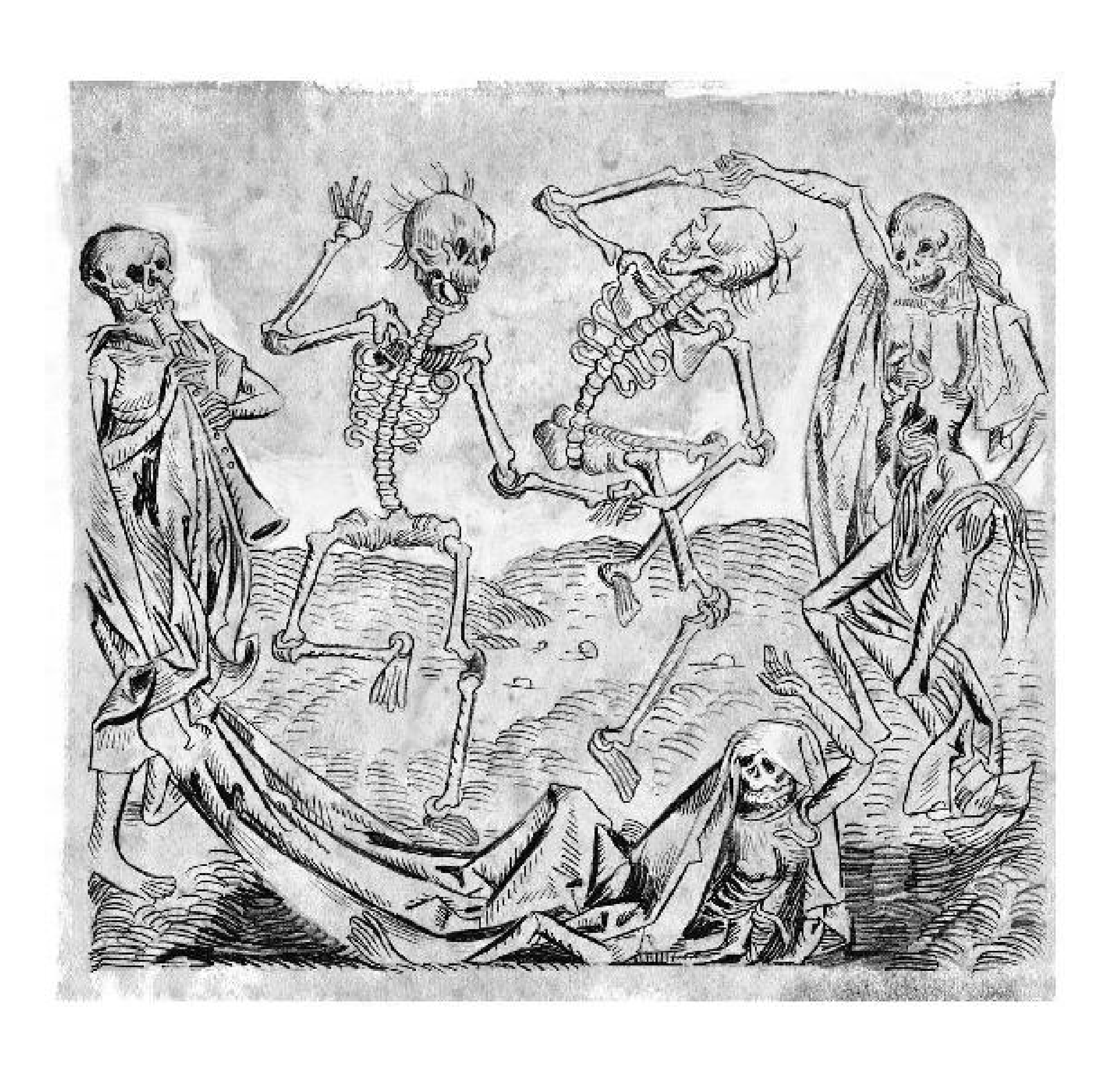
—¿Qué hacen? —insistió—. ¡Échense a un lado! ¡Vamos!

De pronto, un brazo fuerte, surgido de la penumbra de los soportales de la plaza Mayor, tiró con fuerza de nosotras.

—¿No ven que estorban, señoras? —Su tono se endureció todavía más —. ¡Venga! ¡Quítense!

Era una voz imperiosa y tenía un fuerte acento nasal.

En cuanto nos hicimos a un lado, nos dimos cuenta de que procedía de un hombre bastante más alto que nosotras, uniformado, con una placa brillante en la que se leía: «Mossos d’Esquadra», y que nos miraba con gesto reprobador.



Estoy segura de que no la olvidarás jamás, Arys.
Las danzas de la muerte, como la que nos tropezamos en Verges, se

popularizaron en toda Europa tras la peste negra. Haciendo bailar a la parca, las autoridades religiosas recordaban al pueblo que todos, más tarde o más temprano, terminaremos moviéndonos a su son. Y a través de ese rito inoculaban un miedo que solo ellos eran capaces de gestionar después.

—¡No pueden cruzarse así con la Dansa!

—¿La…, la Dansa? —balbucí desconcertada—. ¿Qué es eso?

—La Dansa de la Mort, señora. La Danza de la Muerte… —El agente titubeó un momento, sorprendido—. ¡Ah! ¿Es que no ha venido aquí para verla?

El hombre se dio cuenta en ese momento de que no éramos dos desaprensivas, sino dos extranjeras que nos habíamos tropezado sin querer con aquello. Debió ver nuestra cara demudada. Y sin perder ni un ápice de gravedad, nos explicó que estábamos en el pueblo de Verges y que la comitiva de muertos que casi nos arrolla era la protagonista del momento cumbre de las procesiones locales del Jueves Santo.

—Es la última danza macabra que se representa en Europa, señoras. ¡Casi arruinan la representación!

Solo entonces nos dimos cuenta de dónde estábamos: en mitad de la vieja plaza de un pueblo de poco más de mil habitantes, oscurecida a propósito por la solemnidad de la celebración, y sitiadas por una muchedumbre silenciosa y alucinada que seguía con la mirada los movimientos de aquella cuadrilla de esqueletos por las calles sin mover ni un músculo.

—¡Por Dios, Arys! ¡Si son disfraces!

—Sí… —sonreíste en falso.

En cuanto nos sobrepusimos, intentamos recuperar algo de dignidad y nos integramos en el público, avergonzadas y tiritando del susto.

Una señora muy mayor nos ofreció entonces dos tazas de caldo. ¿La recuerdas? Nos pareció muy especial. Tendría ochenta años por lo menos. Caminaba encorvada, tenía el rostro surcado de arrugas y vestía de negro de pies a cabeza. Seguramente la buena mujer también nos vio hacer el ridículo en mitad de la plaza. Pero, a diferencia del agente, se apresuró a tranquilizarnos con aquel brebaje humeante que olía a verduras.

—No se asusten, por favor —nos dijo afectuosa mirando de reojo al *mosso* que nos había reprendido. Lo dijo en un castellano con fuerte acento catalán, pero las dos la entendimos—. A los forasteros les impresiona mucho esto. Normal. Pero es solo…, bueno…, es nuestra manera de asustar a las desgracias.

—¿En se… serio? —tartamudeaste—. Qué bien.

—Oh, sí. Lo hacemos desde hace seiscientos años, hija mía. Desde el tiempo en el que la peste negra se llevó a la mitad del pueblo a la tumba, y los curas, que entonces solo daban sus misas en latín, se vieron obligados a explicar a sus parroquianos que lo importante de esta vida es prepararse bien para la otra. Es solo un teatrillo…, nada más. Pero ¡beban, beban!

—Teatrillo, ya… —Sorbiste de la taza sin demasiado convencimiento.

—Sí, sí. Solo es eso, jovencita. Un teatrillo algo trágico, lo admito… —te sonrió la anciana—, pero inocente. Lo montamos cada Semana Santa integrándolo en el cortejo que hizo Jesús camino del Calvario después de salir del palacio de Poncio Pilato. Nos recuerda que, en el fondo, todos somos esqueletos camino del cementerio…

—Muy oportuno —susurré.

La anciana se giró hacia mí como un relámpago.

—¿De verdad se lo parece?

—Bueno… —Tragué algo de aquella sopa—. «Trágico» es una palabra que viene del griego. Antiguamente τραγικός servía para definir una obra dramática. Un teatrillo.

—¡Ah! —Se le iluminó el rostro—. Es usted una intelectual, ¿verdad?

—No, qué va. Solo soy una turista —me escabullí—. Mi sobrina y yo estamos de paso por aquí. Nada más.

—¿No será usted la nueva profesora de Griego del instituto de La Bisbal? Mis nietos me han hablado mucho de usted…

—No, no. Se equivoca. Somos griegas.

—Entonces sí es la profesora de Griego que esperábamos.

Me encogí de hombros negando enérgicamente con la cabeza.

—¿Ah, no? —añadió—. ¡Bah!

Mis explicaciones no la convencieron. Al contrario. ¿Te acuerdas? Los ojos de la mujer chispearon desafiantes al cruzarse con los nuestros a la luz de los farolillos que empezaron a encenderse tras el paso de los esqueletos. Entonces nos escrutó muy seria, desconfiada, como si calibrara con cuidado la siguiente frase.

—Aquí lo pasamos muy mal en tiempos de la peste, ¿saben? Muy mal. La gente moría sin saber por qué. De la noche a la mañana les salían bubones de pus en axilas, ingles, muslos y hasta en el cuello, y las manchas iban extendiéndoseles por el cuerpo hasta que los mataban a todos. ¡Pobrecillos! En esa época, en el siglo XIV, como no había microscopios ni la medicina se diferenciaba demasiado del curanderismo, no supieron nunca que eran las pulgas de las ratas las que nos traían la desgracia.

—Un enemigo invisible… —murmuré.

—¡Son los peores, querida! —asintió la anciana, remarcando en catalán—: *Els pitjors*. Pasa lo mismo que en las películas de terror. Los monstruos son mucho más terribles cuando no los ves. Si solo los oyes resoplar tras la puerta, es cuando te aterran de verdad. Tu imaginación los convierte en criaturas despiadadas, todopoderosas, pavorosas… Pero cuando los ves, tu mente empieza ya a pensar en cómo matarlos. Si tienen seis patas o tres ojos, calibras qué arma utilizarás contra ellos y eso te hace perderles el miedo. ¡Pero, ay, si no los ves! ¡La peste fue un adversario etéreo, intangible! ¡Una bacteria! Y aquí, en Verges, nos dio por rezar para exterminarlo. Ya ve. Lo peor es que no fuimos los únicos. Nunca se rezó tanto en Europa como en aquellos años…

7

LA ANCIANA Y EL MAL

La señora Assumpta Rocamora —así dijo llamarse— se reveló como toda una erudita en la epidemia de peste negra que asoló el Viejo Mundo entre 1346 y 1353, y que afectó de un modo cruel hasta el último rincón del continente. Sin que se lo pidiéramos, nos explicó que el Mal —como ella lo llamó; con mayúscula, casi personalizándolo— dejó más de cincuenta millones de muertos. Uno de cada dos europeos perdió la vida entre sus garras. Y como no hubo modo de detenerlo, su aliento sirvió para concebir un método de combate que hoy, por desgracia, nos resulta muy familiar: la cuarentena. En la época del Arcipreste de Hita y de Boccaccio, solo si no salías de casa, si no tocabas a los enfermos, si no respirabas su mismo aire ni compartías con ellos tus alimentos, tenías alguna posibilidad de sobrevivir.

—¿Sabían que los venecianos fueron los primeros en usar ese término? —Nos miró de reojo—. Lo llamaron *quarantena* porque sus autoridades, desesperadas por el avance de la peste, se inspiraron en la lucha que Jesús libró contra el diablo durante cuarenta días y cuarenta noches. ¡Lo cuenta la Biblia![12].

—¿En serio? —reaccionaste.

—Primero aislaron casas, luego barrios, barcos y hasta poblaciones enteras. Solo los antiguos sumerios habían probado antes ese método tan radical y, a menudo, tan cruel[13]. Los enfermos no recibían cuidados; los muertos caían sin que nadie los enterrara. A menudo, significaba rendir esos territorios y a sus habitantes al mismísimo Satanás.

Tragamos saliva.

Pero la señora Assumpta nos recordó también que aquella circunstancia, y las tremendas consecuencias sociales y demográficas que acarreó, marcaron el tránsito de un mundo a otro. De una Europa feudal de raíces campesinas y profundamente agrícola se pasó pronto a un modelo de sociedad burgués, centrado en el comercio y en la gestión de núcleos urbanos, con un entramado social cada vez más complejo. En definitiva, de la Edad Media pasamos al Renacimiento. Y lo hicimos cuando nuestros antepasados se encontraron no solo cara a cara con la enfermedad, sino también con avances tecnológicos como la imprenta, la cartografía o la navegación transoceánica.

—¿Se dan cuenta de lo que esto significa? —La anciana de Verges, como si fuera una sibila recién emergida de su oráculo, dejó aquel interrogante suspendido en el aire—. ¿No? ¿No lo ven?

Tú y yo le sostuvimos la mirada. No movimos ni un músculo. Solo aguardamos.

—Me preocupan mucho las nuevas generaciones —prosiguió—. No son capaces de ver lo parecida que fue aquella época a esta. Ustedes creen que la Edad Media fue un tiempo oscuro y lento, pero la gente de entonces viajaba, se comunicaba, se enfrentaba a innovaciones alucinantes que les llegaban de todas partes, ¡como hoy!… Y aunque eran tan listos como nosotros, no vieron venir la desgracia que los acechaba.

—Ahora estamos más preparados…

La frase se te escapó entre dientes. Seguramente pensaste que solo yo te oiría, pero ella también lo hizo.

—¡Uno nunca está suficientemente preparado para algo así, jovencita! —te replicó—. Una crisis como aquella, capaz de diezmar naciones, trae siempre grandes cambios. Es casi una ley. Son cambios profundos, estructurales. Por eso Europa dio su salto al Renacimiento… Tras el Mal llegó el Bien. Al menos, durante un tiempo…

En realidad, la señora Assumpta nos dijo todo aquello con aire ausente. Como si reprodujera las palabras de un programa de radio que solo ella pudiera oír. ¿Te acuerdas? Empezó a parlotear sobre cómo los campos comenzaron a despoblarse a mediados del siglo XIV porque las gentes, asustadas, corrieron a buscar refugio en las ciudades. Y nos contó cómo estas crecieron al tiempo que se derrumbaba el poderío de los señores feudales. Unos ganaron población; otros perdieron pagadores de impuestos.

Y el motor de todo ese cambio fue el miedo. Un terror profundo y oscuro que no dejaba lugar a la esperanza.

—En esos años solo el CLT te daba alguna posibilidad de sobrevivir —añadió sin salir de su estado meditabundo.

—¿CLT? ¿Qué es eso? ¿Un medicamento? —la miraste.

Ella se rio al darse cuenta de que llevaba un buen rato hablando para sí.

—No, jovencita, no. Perdóname. Son las iniciales de una expresión latina que se hizo muy popular en aquella crisis: «Cito, longe fugeas, tarde redeas». Huye rápido y lejos, regresa tarde.

¡Qué suerte tuvimos, Arys! ¡Habíamos tropezado con una locuaz amante del mundo clásico! ¡Y qué bueno estaba su caldo!

—Qué lástima que no hubieran venido en febrero —sonrió divertida, como si pudiera leernos la mente—. Aquí celebramos la mejor fiesta de la sopa del mundo. ¡Caldo gratis para todos!

En el rato que compartimos, Assumpta se empeñó en hacernos ver algunas cosas más. Por ejemplo, que la imagen que hoy tenemos de la peste negra está deformada por los relatos antiguos que han llegado hasta nosotros.





¿Sabes cómo recuerdo yo nuestra conversación con Assumpta? Como un verdadero ágape. En la antigua Grecia esa palabra no se refería a un banquete o una celebración, sino a algo mucho más

profundo.
El ἀγάπη era la forma de amor más pura que existía, desinteresada y espiritual. Assumpta nos lo entregó bajo una de las formas más dulces que existen: la sabiduría.

—La culpa es de Petrarca —dijo convencida.

Nos explicó que el gran poeta Francesco Petrarca (1304-1374) fue quien describió de forma más vívida la «invasión» de su querida Florencia. Assumpta hablaba de él como si lo hubiera tratado en persona. Como si hubiera sido vecino de Verges. Nos contó que este impulsor del humanismo italiano estaba entonces empeñado en recuperar el esplendor del mundo antiguo. Que fue un intelectual decepcionado con la mediocridad de la época que le había tocado vivir. De hecho, fue él quien llamó a su tiempo la Edad Oscura, y la llegada de la plaga no hizo sino confirmar su diagnóstico. Petrarca registró el zarpazo de la peste de un modo tan cercano y doloroso que, sin querer, creó la falsa imagen de que esta fue un «mal de ciudad». No nos pareció un reproche de Assumpta hacia el vate. El pobre perdió a su amada Laura en los primeros días de la epidemia y decidió exorcizar su dolor con las palabras. Al poco, seis de cada diez vecinos suyos caerían también. Fue un drama silencioso y rápido. La gente expiraba atacada por algo que no eran capaces de identificar y el sufrimiento que infligían esas pérdidas era tan inconcebible que Petrarca estaba seguro de que nunca la humanidad volvería a pasar por algo parecido.

«¡Oh, feliz posteridad, que no experimentará tan abismal tristeza y verá nuestro testimonio como una fábula!», escribió.

Pero las cosas, como nos insistió la señora Assumpta, fueron aún peor en el campo. Quizá pasaron más inadvertidas a los historiadores porque los

núcleos rurales de la península italiana —como también los de la ibérica o la griega— no contaron con plumas como la suya para certificar el horror. La bacteria *Yersinia pestis* se había instalado en roedores que llevaban años campando a sus anchas en silos, establos, desvanes, acequias, tierras de labor, molinos e incluso en parroquias, ante la indiferencia de unos humanos que no podían ni imaginar que fueran los transmisores de la enfermedad. Al menos, hasta que los vieron caer y morir como ellos.

Esa fauna sin control terminó acompañando los cargamentos de comida para las ciudades, acomodándose en barcos que llevaron las ratas —con sus pulgas infectadas adosadas al cuerpo— hasta el último confín del continente. Cuando morían, las pulgas infectadas saltaban al ser humano buscando cobijo. Lo hacían a través de sus mercancías, de sus tejidos y de los enseres que iban de un lado para otro empujados por el comercio.

—¡Como el manto envenenado de la Hidra! —exclamé recordando una vieja leyenda griega.

La señora Assumpta y tú me mirasteis sorprendidas.

—¿Cómo dices, tía?

—Bueno… —os sonreí—. En los mitos de nuestro país hay historias que recuerdan mucho a esa descripción. ¿No has oído nunca la historia de cómo el gran Hércules cayó enfermo con síntomas parecidos a los de la viruela tras vestirse con un manto contaminado que le entregó la Hidra?

Sacudiste la cabeza, quizá avergonzándote de las cosas de tu tía.

—Solo son mitos —protestaste.

—¿Mitos? —refunfuñé sin demasiado aspaviento—. Pues deberías saber que en el siglo V a. C. Sófocles, al relatar aquel episodio, describió con precisión las pústulas y las calenturas que casi acabaron con el héroe. Y se parecen mucho a lo que acaba de contarnos doña Assumpta. No creo que eso se lo inventara porque sí.

La anciana asintió complacida a mi explicación.

—Una capa o un manto hubieran sido un vehículo perfecto para las pulgas de la peste —terció satisfecha guiñándome un ojo—. Tiene usted toda la razón.

Y luego, volviéndose hacia ti, dijo:

—¿Sabes cómo se llaman los objetos que transmiten enfermedades, jovencita?

Tú, sorprendida, volviste a negar con la cabeza, incómoda ante tanto examen sobrevenido.

—¿Apestosos?

—Fómites.

—¿Fomi… qué?

—Viene del latín *fomes, fomitis* —te aclaró—. ¡Por eso no te lo ha enseñado tu tía! ¡Sois griegas! En Roma llamaban así a todo lo que pudiera alimentar una llama. La capa de Hércules fue un fómite, claro, aunque los griegos nunca se refirieran a ella de ese modo y ahora te parezca una de las palabras menos usadas del diccionario. Seguramente esa capa fue el primer fómite de la historia. No me resulta difícil imaginármela infestada de pulgas… —concluyó dibujando una mueca de repugnancia.

Cansada de estar de pie, la señora Assumpta nos invitó entonces a entrar en el zaguán de su casa. Allí al lado, bajo la galería porticada de la plaza Mayor. Recogió las tazas de caldo vacías que habíamos apurado con fruición, y nos ofreció asiento en unas viejas sillas de ratán que habían conocido tiempos mejores.

—No viene mucha gente por aquí que quiera escuchar mis consejas —se lamentó al inclinar el espinazo y acomodarse junto a mí—. Es una lástima que usted no sea la nueva profe de Griego del instituto. Hacen falta maestras de su sensibilidad, ¿sabe? Gente que conozca los clásicos y sus historias. Los jóvenes de hoy creen que todo esto son cuentos de viejas y que nunca verán otra plaga como aquella.

—Pero, por supuesto, usted sabe que eso no es así… —apostillé.

—Y también que solo recordando nuestros errores evitaremos caer de nuevo ellos.

La anciana, algo más repuesta, se ofreció a explicarnos el proceso de contagio de la peste. Nos dio detalles sobre cómo aquellas pulgas medievales transmitían con sus picaduras bacterias que se acomodaban en los ganglios humanos.

—Una vez dentro, formaban forúnculos que se manifestaban a los tres o cinco días y acababan con el infectado a la semana siguiente. Sin fiebres, sin avisar. Uno podía llevar la peste encima durante un par de jornadas, e ir contagiando a todo el que se cruzaba con él, sin darse ni cuenta.

—¡Qué asco! —saltaste.

Nuestra anfitriona ignoró tu aspaviento. De hecho, lejos de recrearse en el espanto de aquel escenario, nos arrastró sibilina a otra consideración:

—¿Te imaginas, jovencita, qué creían los vecinos de este pueblo, en el siglo XIV, que causaba aquel mal? ¿Las ratas? ¿El aire? ¿Una nueva Hidra?

Me buscaste de nuevo con la mirada para que te socorriera. Y no lo hice a tiempo.

—¡La voluntad de Dios! ¡Creían que todo era la voluntad de Dios! —se adelantó ella—. ¿Y sabes qué sucede cuando para un mal invisible se confía en una solución invisible?

Volviste a encogerte de hombros.

—Que cuando el Mal llega, no te preocupas por indagar en sus verdaderas causas. Esperas a que Dios te saque del atolladero y sigues con tu vida dejando que la enfermedad salte de cuerpo en cuerpo. Nuestro peor enemigo, queridas, siempre ha sido la ignorancia. ¡Y esa sí es una plaga difícil de erradicar!

Aquella anciana pequeña y animosa resultó ser una inesperada fuente de lecciones. A ti no te cayó muy bien. Lo recuerdo. Empezabas a aburrirte de sus sermones y no sabías cómo escapar de allí. Pero nos enseñó que la *Dansa de la Mort* que casi nos había atropellado esa noche era solo una de las miles, quizá de las cientos de miles, de manifestaciones supersticiosas que se pusieron en marcha para detener la peste negra. Una suerte de cicatriz que había fosilizado en forma de celebración. Cuando la enfermedad pasó, los supervivientes organizaron aquel baile de esqueletos para no olvidarla, pero la modernidad lo ha reducido todo a la categoría de fiesta popular. Procesión, cena y fiesta. Nada más.

—Qué triste, ¿no? —nos miró con sus ojitos vivaces—. Ya nadie hace caso a los viejos. Ni a los libros de historia. Aquí no se prepara nadie para lo que pueda venir. Como si esto no fuera con ellos. Como si el pasado no fuera a repetirse…

8

LA CAJA DE PANDORA

Aquel Jueves Santo terminamos pasando la noche en una modesta casa de huéspedes de Verges, El Gat Vell. Pertenecía a un matrimonio amigo de la señora Assumpta y, aunque no disponía de grandes lujos, nos brindó la oportunidad de compartir una habitación limpia, casi monacal, en la que nos quedamos charlando hasta caer vencidas por el sueño. Tumbadas en nuestros camastros, con la mirada puesta en un ventilador de aspas clavado en el techo y detenido desde el verano anterior, me hiciste una pregunta que entonces no te quise responder.

—Pero tú, tía, ¿de dónde sacas siempre la historia oportuna que contar?

Tu interrogante me sonó a acusación.

—No falla… —murmuraste como si hablaras solo para ti—. Alguien te cuenta algo y tú, por instinto, lo relacionas enseguida con la Grecia clásica. ¿De verdad no estudiaste Filología, Historia o algo así? Ahora que lo pienso, ¡nunca me has hablado de tu juventud! Y mamá nunca habla de ti…

Giré el rostro hacia ti y sonreí sin que me vieras. Sentí una infinita ternura por esa ignorancia sincera y desacomplejada que mostrabas entonces. Si te hubiera contado en ese momento quién soy, no me habrías creído. Tampoco era el lugar para justificarme y explicarte por qué siempre fui el bicho raro de la familia. ¡Qué más daba! Así que, con toda la indiferencia que fui capaz de reunir, opté por desviar con cuidado nuestra conversación.

—¿Sabes por qué me interesa tanto la historia, Arys? Porque encuentro en ella lecciones para la vida —te dije sin responderte—. En eso Assumpta

y yo nos parecemos mucho. Cuando los jóvenes despreciáis a los mayores porque los veis desde vuestra insolente vitalidad, sucede algo parecido a cuando juzgamos el pasado desde la atalaya del presente: nos equivocamos. El anciano y el pasado no son sinónimos de ignorancia, atraso y torpeza. Al contrario. Ellos se enfrentaron antes que nosotros a los mismos problemas, ensayaron sus soluciones… Y a menudo, incluso acertaron.

—¿Y ese discursito a qué viene? Yo solo…

—¡Ay, Arys, Arys! —te interrumpí satisfecha de que cayeras en mi trampa—. ¿Te acuerdas cuando empezó la pesadilla de la gripe A? Mientras en las noticias se hacía un seguimiento apocalíptico de su desarrollo en Asia, Internet se llenaba de bulos y rumores sobre su origen militar. ¿Lo recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo. Decían que era un arma biológica que se les había escapado a los chinos. O a los americanos. ¡Qué bobada! No te irás a creer eso, ¿verdad? ¡Se hubiera sabido! Eso pasó en 2009.

—Bueno… Yo no sería tan drástica en mis juicios. Si no recuerdo mal, un tiempo más tarde el Gobierno de los Estados Unidos quiso vetar un artículo científico sobre las mutaciones de ese virus en la revista *Science*[14] porque decían que podría ser aprovechado por bioterroristas…

—Eso son conspiranoias, tía.

—Quizá. Pero nos olvidamos de que la epidemia de peste negra se inició cuando los tártaros inocularon el virus de la enfermedad a los genoveses… Es una vieja historia.

—¿Cómo dices?

—¡Ah! ¿Te sorprende? ¡Bien! —sonreí—. Porque no me lo invento. Muchos historiadores defienden que la peste negra llegó a Europa, tras meses infectando poblaciones en las antiguas rutas de caravanas de Asia, cuando un cabecilla tártaro asedió la fortaleza de Cafa, la actual Feodosia, en la península de Crimea. Hay crónicas que cuentan cómo Djani Bek sitió ese asentamiento genovés durante semanas y también que fue allí donde el Mal lo sorprendió, obligándolo a retirarse. Pero antes de replegarse decidió catapultar a sus muertos dentro del bastión cristiano y así propagó la peste en su interior. Los italianos que sobrevivieron a esa plaga llevaron la enfermedad a Italia, infectando a todo el continente. Ya ves, querida: los antiguos ya sabían cómo hacer una guerra bacteriológica.

Te quedaste perpleja. Lo vi en tus ojos. Te agarraste a tu pulserita de cuentas y le diste un par de vueltas rápidas. Tardaste un segundo más en

reaccionar.

—¿De verdad hicieron eso? —preguntaste repugnada—. ¿Usaron sus propias víctimas como arma?

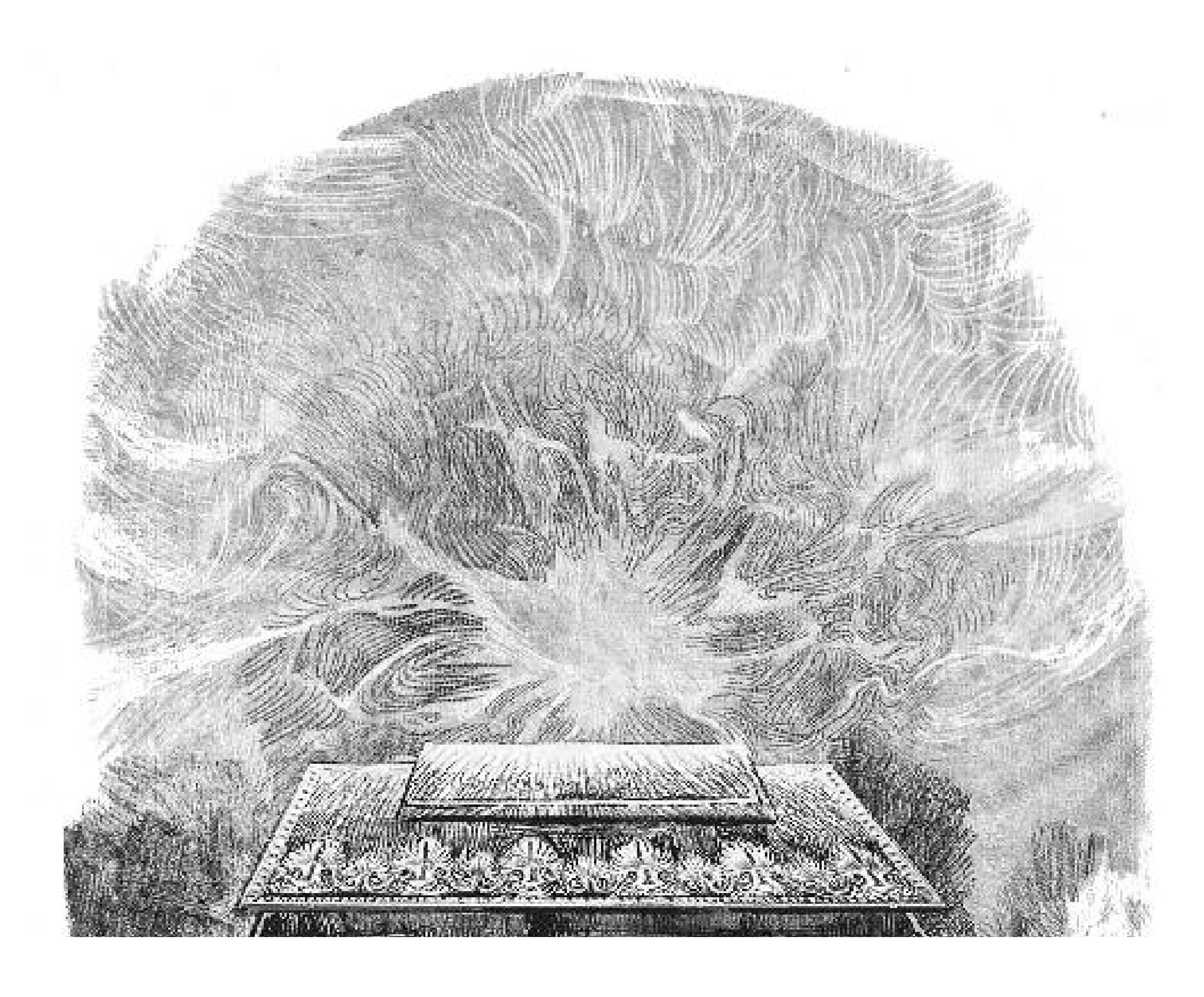
Yo asentí compasiva.

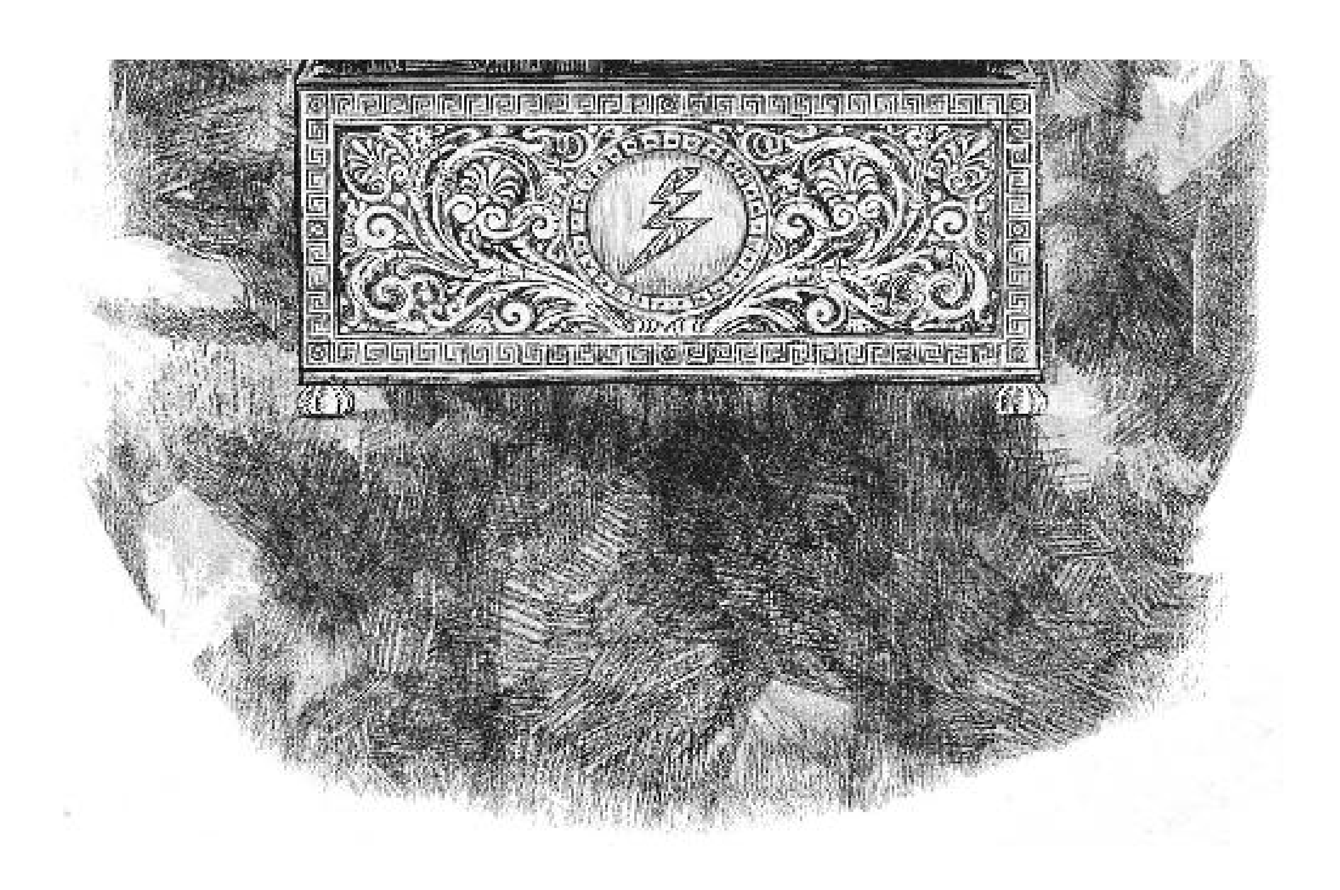
—Vamos, Arys. Los tártaros no descubrieron nada nuevo. Nuestros viejos dioses usaron métodos parecidos mucho antes. Apolo era capaz de diezmar un ejército disparando dardos infecciosos o enviando plagas de ratas enfermas. En la *Ilíada,* durante el asedio de Troya, los griegos sufrimos una de esas. Los virus llevan milenios siendo utilizados como arma. Los dioses lo sabían. Los hombres también. Y sabían además cómo y dónde guardar esas pestilencias.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo? ¿Tampoco conoces la historia de Pandora?

—La de la caja… Vagamente —admitiste para mi consternación—. Si no recuerdo mal, era una diosa que dejó escapar de ella todos los males del mundo.





Nos han hecho creer
que la caja de Pandora
solo contenía males.
No es cierto. Si relees
los viejos mitos con
atención verás que
también escondía
dones. Y ese detalle
encierra una verdad
importante: en la
naturaleza nada es
bueno o malo per se.

Simplemente nos es afín o no. Nos beneficia o nos perjudica. Recuérdalo siempre.

—Todos no. Solo las enfermedades —te corregí—. Y además, Pandora no fue exactamente una diosa. Zeus encerró una buena colección de enfermedades en un cofrecillo y se lo dio a la primera mujer creada por él, una criatura hermosísima, casi perfecta, a la que llamó Pandora. Le ordenó que no lo abriese bajo ninguna circunstancia, y la envió a la Tierra para que se desposara con un titán. El caso es que la bella Pandora no soportó aquella orden y terminó abriendo la dichosa caja, esparciendo el Mal por el mundo.

—Ya lo recuerdo, tía. Es una historia un poco naif.

—¿Naif? ¿En serio te lo parece?

—Nadie se cree que una enfermedad pueda esconderse en una caja.

—Bueno… Eso es muy discutible, querida. Si lees en la Biblia las historias del Arca de la Alianza verás que los filisteos sufrieron la ira de Yahvé en forma de epidemia mientras retuvieron esa reliquia. Y no son raros los testimonios de enfermedades desatadas tras la profanación de templos en los que se rompían vasijas o recipientes sagrados que habían sido escondidos previamente en sus cimientos. Vistos en perspectiva, esos relatos son las primeras actas que hablan de guerra bacteriológica. No sería de extrañar que algunos pueblos hubieran guardado en esas cajas tejidos pestilentes cargados de virus, cuya carga terminaba liberándose de modo accidental o a propósito en algún momento…

—Entonces, ¿te crees lo de Pandora?

—Lo de Pandora, Arys —torcí el gesto—, debe entenderse como un símbolo. Y claro que me lo creo. Nuestros mitos afirman que tras la mala decisión de aquella mujer se acabó la Edad de Oro de la humanidad. Yo no estoy tan segura. Pero lo cierto es que desde entonces ya no hubo marcha atrás para nuestra especie. Las enfermedades se instalaron entre nosotros. Quizá su mito no sea más que un recuerdo deformado de aquellos tiempos previos a Göbekli Tepe y a la llegada de la agricultura, ¿no te parece?

—Ya. Quizá.

—Bueno… —sonreí—. Yo soy de las que creen que de esa caja no salieron solo virus. También lo hizo otro mal devastador capaz de paralizar ejércitos: la histeria.

—Ahora no sé si te sigo, tía.

—Verás, querida, las falsas noticias, los bulos, desatan miedos que son capaces de debilitar naciones enteras. Son tan antiguos como las plagas, y compañeros inseparables de todas ellas.

Aquella noche me miraste como si fuera una extraterrestre que se hubiera colado en tu habitación. Debiste pensar que nuestro tropiezo con la señora Assumpta me había trastornado por completo. Y me invitaste a apagar la luz con la excusa de que no querías tener pesadillas. Me recordaste que nos habíamos escapado juntas para pasarlo bien. No para sufrir.

—¡No quiero soñar con el fin del mundo, tía! —fue lo último que dijiste antes de hundirte en tu almohada.

Y te hice caso. No seguí hablándote de aquello. Pero anoté en algún rincón de mi memoria que un día te contaría lo del fin del mundo. Una historia que no se parece en nada a la que crees.

Ahora ha llegado ese momento.

El momento de dejar de soñar.

El momento de despertar.

9

EL ERROR DE VERGES

Nuestra larga conversación sobre la peste negra me ha recordado algo que he visto en todas las plagas que he sufrido, Arys. Cuando estas pasan, las crónicas y los titulares de los periódicos hacen recuento de las víctimas y nos regalan relatos espeluznantes sobre la batalla. Se honra a los héroes que lograron parar la enfermedad. Hoy son médicos y científicos, antaño eran vírgenes y santos. Y antes de que nadie se ocupe de dar con la fuente del Mal que casi nos destrozó o averigüe por qué se produjo la letal mutación del virus de turno, se pasa a otros quehaceres.

Sí. Ya lo sé. La vida nos tiene siempre muy ocupados, pero ese es un error que tu generación no debería cometer. Es, permíteme llamarlo así, «el error de Verges». La señora Assumpta nos lo dejó muy claro. No podemos esconder el Mal como si no existiera. Hay que buscarlo, enfrentarse a él y destruirlo.

Esto me recuerda que todavía hoy ignoramos qué agente provocó que surgiera en Wuhan la mutación del SARS-CoV-2 que infestó en unas pocas semanas a todos los países de la Tierra. Al principio se habló de un virus que saltó al ser humano desde un animal salvaje —un pangolín, un perro o un murciélago de herradura—. Ocurrió quizá en uno de esos insalubres mercados chinos en los que sacrifican el animal que te vas a comer para asegurarte de que te llevas carne fresca. Hubo incluso quien sugirió que el Mal se escapó del superlaboratorio de investigaciones víricas que China abrió en 2017 a pocos kilómetros de ese mismo mercado. Pero más allá de estas circunstancias, la comunidad científica internacional pronto se vio obligada más a paliar sus consecuencias que a encontrar su causa.

Se plantearon, sí, algunas hipótesis que probablemente tardarán años en confirmarse. ¿Mutó el virus en un animal y luego saltó al ser humano? ¿O ese virus zoonótico se hizo letal dentro de nosotros? ¿Y cómo pudo ocurrir esto?

Hubo incluso quien —más allá del doctor Wickramasinghe— miró hacia arriba buscando un responsable.

En enero de 2020, apenas días después de que China emitiera la alerta sanitaria por la irrupción de la COVID-19, Spaceweather completaba el lanzamiento de varios globos estratosféricos en Abisko (Suecia) para medir el impacto de rayos cósmicos contra la Tierra. Spaceweather es una web estadounidense de referencia para la comunidad científica. La fundó un astrónomo formado en Cornell con más de cien artículos publicados en revistas como *Nature* y *Astrophysical Journal,* y que provee de datos a tiempo real del estado del Sol o de los niveles de radiación que recibe nuestro planeta desde el espacio.

El doctor Tony Phillips no solo dirige esa web, también impulsa iniciativas como la que lanzó esos globos. Los miembros de uno de esos proyectos, Earth to Sky Calculus, buscan entre otras cosas nuevas formas de vida en la estratosfera y, sobre todo, información sobre los rayos cósmicos y sus efectos sobre el planeta.

Esos rayos son partículas de alta energía que proceden de fuera de nuestro sistema solar. Viajan casi a la velocidad de la luz y casi siempre están integrados por protones, aunque, a veces, liberan también neutrones y otras partículas. Son muy pequeños. Mucho más que un virus. Y bombardean la Tierra constantemente a razón de unos mil por metro cuadrado… ¡cada segundo!

Los técnicos de Spaceweather habían estado en Suecia en marzo de 2017 y querían comparar las mediciones obtenidas entonces con las que habían recogido sus nuevos globos.

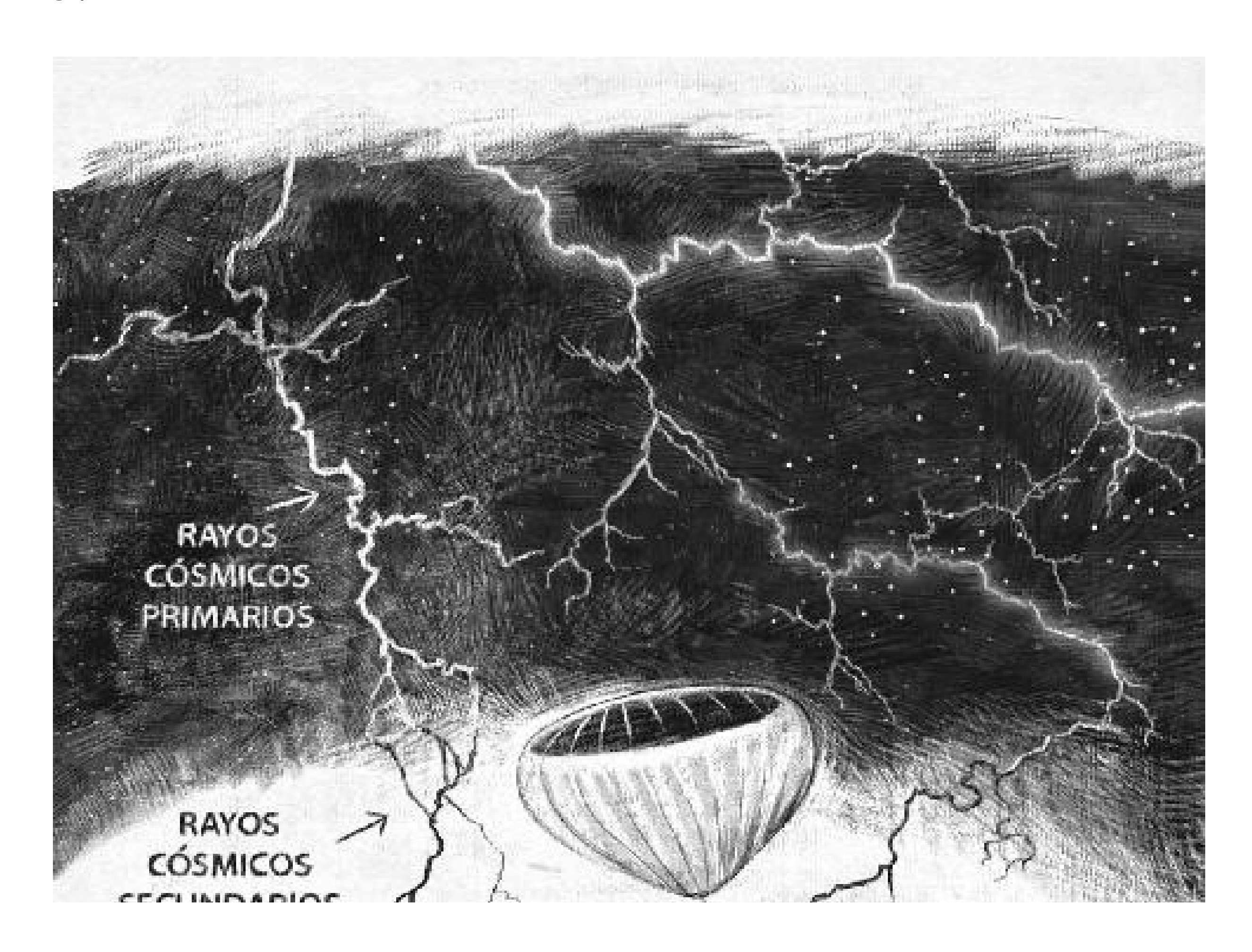
Los resultados que consiguieron fueron de lo más intrigante.

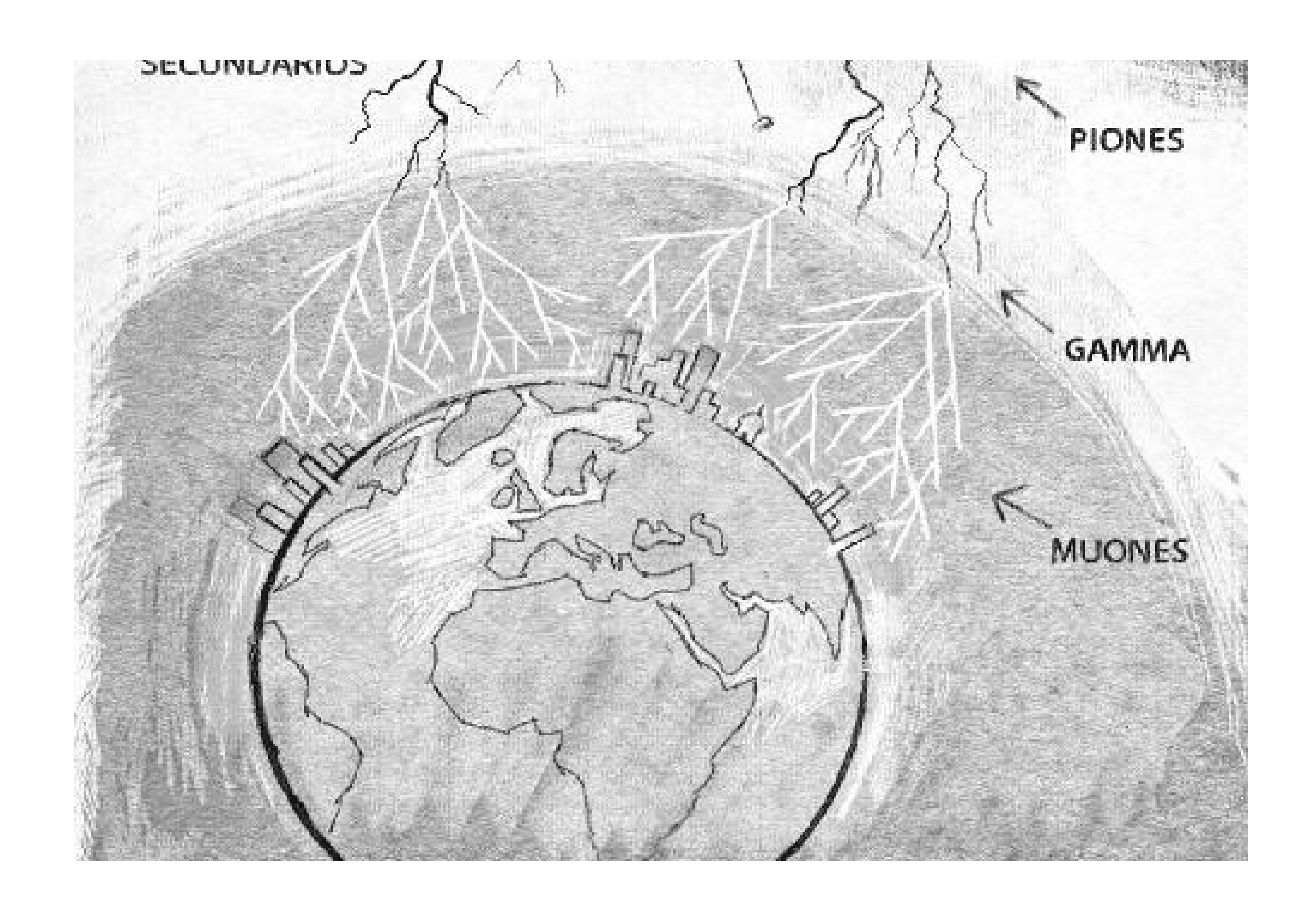
La radiación que estábamos recibiendo a principios de 2020 de esos visitantes cósmicos había aumentado un doce por ciento respecto a tres años atrás. De hecho, incluso había descendido de altura, haciéndose perceptible en capas de la atmósfera terrestre en las que existe actividad humana como la aviación. Según las conclusiones de Spaceweather, la causa de este aumento había que buscarla en una disminución de la actividad solar. El Sol atraviesa desde 2006 un ciclo muy bajo de actividad magnética. Casi no hay

manchas solares en su superficie. Tampoco tormentas magnéticas de consideración. Y su campo se ha debilitado lo suficiente como para no hacer de pantalla a esos rayos que proceden de remotas explosiones de supernovas, permitiendo su llegada masiva a la Tierra[15].

Aquella noticia pasó inadvertida, pero no para todo el mundo. Hubo quien se acordó de algún viejo debate médico. Y es que, desde hace casi medio siglo, existen publicaciones científicas que relacionan esa clase de radiaciones con, por ejemplo, las pandemias de gripe.

En 1971 el doctor Robert Edgar Hope-Simpson publicó en *Nature* un primer artículo que apuntaba en esa dirección. Este experto británico en epidemiología buscaba entonces respuesta a un misterio que todavía resulta recurrente en las grandes crisis víricas. Según él, la teoría de la transmisión de una epidemia de-persona-a-persona —aceptada casi como un dogma por la mayoría de los expertos— deja algunas lagunas sin resolver. No aclara, por ejemplo, por qué en toda pandemia surgen simultáneamente focos distantes de la enfermedad que no han tenido contacto de ningún tipo entre sí.





No es fácil concebir algo tan pequeño —pero tan cargado de energía— como los rayos cósmicos. Una partícula de estos rayos mide la trillonésima parte de un milímetro. Es menor que un virus y puede atravesarlo casi todo.

Su origen está en las estrellas y es absurdo creer que no tiene ningún efecto sobre la vida tal y como la conocemos…

Con la COVID-19 también ha sucedido. Aunque fue el último día de 2019 cuando supimos oficialmente de la existencia del virus, enseguida surgió la sospecha de que desde octubre de ese año ya se habían dado casos en otras latitudes, como el sur de Europa, muy alejadas del foco «original» de Wuhan, en China. Hubo incluso un brote particularmente raro a bordo del portaviones francés Charles de Gaulle. Cincuenta de sus tripulantes se infectaron de COVID-19 en alta mar, sin haber tenido contacto con tierra firme entre enero y marzo de 2020. ¿Cómo pudo haber llegado el virus hasta ellos si no tuvieron contacto con ninguna persona ajena a su embarcación?

Hope-Simpson trató de resolver esta clase de contagios planteando varias hipótesis. Al principio propuso que la falta de vitamina D que sufren los humanos en invierno podría ser un factor desencadenante, simultáneo e independiente. Teorizó también con que los cambios de estación de la naturaleza podrían propiciar la aparición sincronizada de nuevas cepas de virus separadas cientos de kilómetros entre sí. E incluso llegó a apuntar que los ciclos de manchas solares de once años, muy estudiados en astronomía, fueran los responsables de ciertas mutaciones en el ADN de esos patógenos, que reaccionaban del mismo modo a las tormentas magnéticas del astro rey, sin importar en qué parte del mundo estuviesen.

Aunque la idea fue contestada en los años setenta, él no abandonó nunca sus hipótesis. Su prestigio no se vio afectado por ello. Llegó incluso a recibir la Orden del Imperio Británico por sus servicios. Y, de hecho, siguió publicando artículos, e incluso un libro, en defensa de su idea de un factor de contagio exterior al ser humano y de un alcance geográfico mayor[16]. Su

idea de un «mal caído del cielo» terminó dando alas a otros colegas suyos que han ido perfilándola en estos años.

En Cuba, por ejemplo, un investigador de una rama completamente diferente del saber, el doctor Augusto González, del Instituto de Cibernética, Matemática y Física de La Habana, propuso en 2014 una vuelta de tuerca para explicar el origen de las mutaciones víricas «espontáneas». Reparó en un estudio que IBM había hecho tiempo atrás sobre la interferencia de los rayos cósmicos en estructuras físicas de sus ordenadores como las memorias RAM[17]. El equipo de IBM se percató de que los neutrones desprendidos por esos rayos los alteraban, causándoles problemas informáticos a los que pronto se refirieron como *soft errors*. A la vista de este fenómeno, y sabiendo que los neutrones son capaces de alterar también el ADN y el ARN, se preguntó si podrían afectar a portadores de información genética tan escurridizos como los virus.

Lo que González buscaba era, en realidad, uno de los «santos griales» de la medicina epidémica: una razón que explicara las que ya empezaron a llamarse «mutaciones espontáneas». Algo que permitiera entender por qué el virus de la gripe A (H1N1) de 2009 o el coronavirus de 2019 se habían convertido en agentes patógenos tan virulentos y diferentes a sus antepasados conocidos, aparentemente de la noche a la mañana, y tan extendidos geográficamente desde el «momento cero».

¿Podrían haberlos mutado los rayos cósmicos?

¿Era ese el verdadero enemigo invisible que había que vigilar?

Y asumiendo ese factor de contagio, ¿se podría hacer algo por prevenirlo, tal vez desarrollando métodos de profilaxis que pudieran aplicarse a las capas altas de la atmósfera?

Para confirmar estas sospechas, González estudió los experimentos de larga duración que otro doctor, el prestigioso biólogo evolucionista Richard Lenski, viene realizando en los laboratorios de la Universidad de Michigan. Lenski cultiva desde hace treinta y dos años colonias de la bacteria *E. coli*. La vida de una generación de *E. coli* está condicionada por la cantidad de glucosa que encuentra en las placas sobre las que crece y suele estar limitada a unas ocho horas. Eso le ha permitido seguir las mutaciones de sesenta mil generaciones de bacterias y descubrir que las alteraciones genéticas que experimentan cada veinte mil generaciones es de unos trescientos millones.

González comparó las gráficas de esas mutaciones con la llegada de rayos cósmicos en el mismo periodo. Calculó que cada ciento veinticinco segundos un neutrón de alta energía procedente de esos rayos atraviesa las placas de Lenski, y estableció qué número de bacterias se ven severamente mutadas o destruidas tras ese contacto. Es decir, demostró teóricamente una influencia cósmica en bacterias que podrían estar cargadas de virus. Y acto seguido propuso otro experimento a largo plazo como el de Lenski —con bacterias a salvo de rayos cósmicos encerradas en recintos impermeables a ellos y con otras expuestas a ellos— para demostrarlo sin género de dudas[18].

El doctor Wickramasinghe —más visionario que estos «nuevos» científicos; también más contestado— no necesita semejante confirmación. En 2018 argumentó en un artículo para la revista *Current Science* que el virus del zika, que en febrero de 2016 obligó a la Organización Mundial de la Salud (OMS) a declarar una emergencia sanitaria en América, obedecía a una mutación causada por los rayos cósmicos[19]. Lo argumentaba recurriendo a una fuente de información a la que tu generación, Arys, va a tener que irse acostumbrando: la meteorología espacial.

Según él, en junio de 2014 —unos meses antes del brote de zika—, el satélite Swarm de la Agencia Espacial Europea confirmó que el campo magnético de la Tierra estaba sufriendo un descenso notable en el hemisferio norte, aunque también un incremento en la región septentrional del océano Índico.

Wickramasinghe comparó la gráfica de esa circunstancia con la de la multiplicación del mosquito *Aedes aegypti*, el transmisor del zika, que se multiplica exponencialmente cada vez que se debilita el campo magnético terrestre.

Según su estudio, además, en 2015 la región de México recibió una intensa lluvia de rayos cósmicos en capas bajas de la atmósfera gracias a los cambios del campo magnético y eso pudo ser el agente causante de la mutación espontánea —a peor— del virus.

Su idea ha llevado a otros colegas suyos, como Rafael Barbosa, presidente de la organización Físicos Astrónomos Mexicanos y Asociados (FAMA), a sugerir que fueron también los rayos cósmicos los que mutaron el virus de la gripe A en 2009. No es, desde luego, una visión aceptada por la mayoría de sus colegas, pero no les importa. Si algo aprendió el doctor Wickramasinghe junto al padre de la astrobiología, Fred Hoyle, es a

cuestionar las «opiniones científicas» más aceptadas, sin importar lo eminentes que sean sus fuentes, mientras no existan pruebas fundamentales que las sustenten.

Como ves, la resistencia al dogma —entendido aquí como la idea predominante en un sector del conocimiento— se expande. Es un combate enconado. Y tiene su lógica, Arys. Cada uno defiende no solo sus ideas, sino su posición y su prestigio. Pero cuestionarlos hasta hacerlos caer merece la pena. No olvides que…

Siempre que un dogma cae, un nuevo mundo nace.

10

EL LIBRO DEL FIN DEL MUNDO

Te lo he dicho muchas veces, querida, pero te lo repetiré una vez más: pocas cosas hay tan letales como los dogmas. Siempre que el ser humano ha creído estar en posesión de una verdad absoluta, se ha detenido en seco su capacidad de avance. La lógica interna del pensamiento dogmático es aplastante: ¿para qué seguir indagando sobre algo que ya creemos conocer? ¿Qué lógica tiene invertir esfuerzo en comprender una verdad aceptada por todos?

Aunque a veces lo parezca, los dogmas nunca son ideas de consenso. Por eso terminan siempre siendo peligrosos. Nacen como imposiciones que no admiten réplica y su aparente infalibilidad ya ha estado a punto de destruirnos en varias ocasiones. Si vuestra generación quiere sobrevivir a la próxima pandemia, debéis ponerlos en cuarentena. Sed prudentes. Dudad de todos —no solo de los religiosos, también de los políticos, de los deportivos, e incluso de los que se disfrazan de científicos, que también los hay— y aceptad que en un universo tan vasto como el nuestro siempre hay uno o varios caminos alternativos para alcanzar las respuestas que anheláis.

Yo llevo una eternidad luchando contra los dogmas.

De hecho, sin que te dieras cuenta, sembré en ti la semilla de esa duda en nuestro «viaje secreto». Aunque lo hice de un modo tan sutil que me veo ahora en la necesidad de explicártelo.

Quizá lo has olvidado. Cuando nos repusimos del susto de Verges, decidimos quedarnos un par de días más por la zona. Querías aventura. Una sin planes ni reservas. Teníamos tan poca idea de a dónde habíamos ido a parar que, de repente, te sorprendió saber que en la costa, a pocos kilómetros del pueblo de los esqueletos y de aquel Ultramort de tan oscuras

resonancias, se levantó en tiempos una ciudad griega. Y no una cualquiera. Fue la colonia helena más importante que jamás tuvo la península Ibérica: Ampurias.

Cuando te lo conté, corriste a buscarla en Internet y descubriste que aquellos antepasados nuestros ya se enfrentaron, casi veinte siglos antes que en Verges, a su particular fin del mundo. Eran focenses y su mal no fue un virus, sino un enemigo militar. Focea, su capital, se fundó cerca de la actual Esmirna, en la moderna Turquía. Allí floreció un emporio de navegantes inquietos que llegaron a cruzar el Mediterráneo de oeste a este, y a atravesar incluso el estrecho de Gibraltar hacia el Atlántico. No sabemos aún hasta dónde llegaron. Algunos sospechan que pudieron tocar las Azores e incluso América allá por los siglos VII y VI a. C., pero todo eso lo olvidó la historia[20]. Hicieran lo que hiciesen, lo cierto es que los persas invadieron sus territorios hacia el 540 a. C. y los obligaron a buscar un nuevo hogar allende los mares. Su migración hacia la vieja Iberia llevó a esa parte del mundo mucho más que mercancías; difundió también un nuevo sistema de pensamiento. Un mecanismo que los dotó de una libertad sin precedentes y que se convirtió en el gran enemigo de las ideas dogmáticas hasta nuestros días: la filosofía.

¿Recuerdas cuando visitamos el yacimiento de Ampurias? ¿Te acuerdas de aquel balcón al mar rodeado de pinos en el que las chicharras atronaban el aire?

Solo pasamos una mañana allí, pero aprovechamos para conversar un buen rato sobre los orígenes de esa revolucionaria disciplina. Parménides, el venerado maestro de Platón, era focense. Tras su migración forzosa, el sabio se estableció cerca de Nápoles, aunque, si se hubiera dejado llevar por sus compañeros de éxodo, es probable que hubiera acabado en Ampurias. Él y otros de su estirpe discutían mucho en aquellos años sobre los conceptos de «dogma» y «verdad». Creer por obligación en algo no significaba que fuera más cierto. La verdad era otra cosa para ellos. Argumentaban que, si te la imponen, si no se abre paso ella misma, es necesariamente falsa.

Para definir la verdad más allá de toda duda, los griegos utilizaron una palabra con un sentido *ligeramente distinto* al que usamos hoy. La llamaban *alētheia*, «lo que en verdad no se ha olvidado». Acceder a ella, pues, requería de un serio ejercicio de memoria. Y los discípulos de Parménides lo conseguían a través de la *anámnēsis*, de la rememoración.

¿Por qué crees que, desde la primera línea de esta carta, estoy invitándote a recordar? Mis «¿recuerdas?» y «¿te acuerdas?» constantes no son expresiones retóricas.

Piénsalo. Tus antepasados sabían que la verdad, lo auténtico, es algo que descansa dentro de nosotros y que debemos tratar de recuperar. ¿Tú no? Cuando tropiezas con algo que es verdad, ¿no es como si de repente lo recordaras? ¿No te reprochas lo torpe que has sido de no haberte dado cuenta antes de ello? ¿No es como si recuperaras algo que siempre fue tuyo? Nuestros mitos lo explican muy bien: los viejos griegos creían que antes de nuestro nacimiento los dioses nos obligaban a beber del Lete, el río del olvido, para que la bruma nos hiciera perder de vista nuestros orígenes divinos y no les reclamáramos lo que, por justicia, debería ser nuestro. Y uno de los dones de los dioses siempre fue su acceso privilegiado a la verdad.

¿Quién sabe?

—Quizá todo esto te suene a viejuno. A rancio. Pero no lo es —te dije entonces.

—¡Siempre me hablas de los antiguos mitos, tía! —Tus ojillos negros relampaguearon pasando de la exclamación a la tristeza en una fracción de segundo—. Nunca me has dicho por qué los tienes tan presentes. Es como si creyeras a pies juntillas en ellos… ¿Me lo explicarás algún día?

—No creo que lo entendieras.

—¡Ponme a prueba!

—A los jóvenes de la era digital os falta la perspectiva de los antiguos. ¡Ya se quejaba Hesíodo de ese mal hace casi tres mil años! —me zafé.

—Pero, tía…

No te respondí.

En este momento era yo la que, en realidad, no tenía la perspectiva de sincerarme contigo. Ahora puedo confesártelo. Por eso te propuse, a cambio, un juego que aceptaste enseguida. Si la verdad era eso que decían los clásicos y bastaba «hacer memoria» para acceder a ella, ¿por qué no nos dejábamos llevar por el instinto el resto de la jornada y comprobábamos si, al acabarla, éramos capaces de «recordar» algo importante?

Me sonreíste resignada.

«Ya estamos otra vez», debiste pensar. Pobre. Pero como no tenías nada mejor que hacer y, en el fondo, siempre te han divertido mis locuras, consentiste.

Nos subimos a la diosa amarilla al encuentro casual con alguna verdad que recordar y, sin mirar ni una vez el mapa de carreteras, terminamos aparcando junto a un pequeño parque a las puertas de la ciudad de Gerona.

—Tengo la sensación de que vamos a seguir hablando de pestes y muertes todo el día —dijiste al cruzar una pasarela metálica que vadea el río Oñar y da acceso al centro histórico.

—¿En serio?

—Sí…, sí.

—Entonces, estate atenta. —Me puse seria—. Esas sensaciones que brotan de dentro podrían ser el germen de esa verdad que buscamos. A lo mejor son un recuerdo…

—¡Seguro, tía! Es como si los esqueletos de anoche nos siguieran todavía.

Y te echaste a reír.

Creíste que me tomabas el pelo, ¿verdad? Pero entonces, solo unos minutos más tarde, perdidas por el laberinto de las viejas calles medievales de Gerona, terminamos frente a una enorme escalinata de granito que nos resultó familiar a las dos. La reconociste. Lo supe por tu mirada. Y, sin embargo, le quitaste importancia. Me dijiste que la habías visto en alguna de las temporadas de *Juego de tronos* y te apresuraste a subirla entusiasmada. Yo no pude hacer lo mismo. Aquellos noventa escalones que habían surgido como de la nada reavivaron en mis piernas las penalidades que paso cada vez que subo a la Acrópolis. Pero, a diferencia de ti, enseguida reconocí el porqué de aquella sensación. Tenía toda la lógica del mundo. Al final de un ascenso sin tregua, con la respiración entrecortada y el pulso desbocado, allí también nos esperaba el lugar más sagrado de la ciudad. Una catedral católica, imponente, recta, orgullosa, custodiada por una magnífica torre románica de estilo lombardo. Su fachada de piedra recién pulida nos hizo sentirnos muy pequeñas, aunque a ti, eufórica, no te intimidó ni un ápice.

—¿Entramos? —Me miraste condescendiente.

—Claro… —Tragué aire.

Pagamos la entrada para acceder y la audioguía que nos entregaron pronto nos situó donde merecíamos.

No era una catedral cualquiera. Más allá de haber sido levantada en el transcurso de ocho largos siglos, el promontorio era, en efecto, como el monte de la Acrópolis. Llevaba eones siendo un lugar sagrado. Una

plataforma elevada, natural, desde la que se habían alzado las plegarias de generaciones de fieles.

Escuchamos las explicaciones sobre la anchura de su nave —mayor que una piscina olímpica— y sobre la habilidad de sus canteros para levantar la nave gótica más amplia de la cristiandad. Pero lo que más nos sorprendió fue cuando aquella voz metalizada dijo que el templo guardaba dos tesoros únicos en el mundo: un tapiz bordado de finales del siglo XI que narra en imágenes la Creación, y un códice de más de mil años de antigüedad que contiene comentarios al Apocalipsis de San Juan.

—Qué curioso…, uuh —murmuraste—. Dos reliquias que hablan del principio y del fin del mundo… De muertos saliendo de sus tumbas y de dragones de siete cabezas. ¡Quiero verlas! ¿Te das cuenta de como tenía razón, tía? ¡Igual nos encontramos con alguno de los esqueletos por aquí!

Te seguí.

No nos costó dar con las habitaciones del *Tresor* —así lo llamaban los carteles indicadores—. Sus cuatro salas, dedicadas a exponer los objetos más valiosos del templo, estaban en el ala oeste del claustro, muy cerca de la tienda de regalos. Llegamos por los pelos. El conservador estaba cerrando cuando nos unimos al último grupo de visitantes. Era un hombre joven, de unos cuarenta años, calvo y de mirada azul, que se apiadó de nosotras en cuanto supo que veníamos de tan lejos.

—¡Grecia! —se sorprendió—. Creo que no he visto ningún turista de su país por aquí. *Benvingudes!*

Deambulamos un buen rato casi solas, entre vitrinas con objetos de culto y retablos de una belleza mareante. Al fin nos detuvimos frente a una mesa en la que se exhibía un libro antiguo abierto por una página en la que cinco escorpiones horripilantes parecían salir de las testuces de otras cinco personas. La imagen era hipnótica. Un ángel flotaba impasible sobre aquellos desgraciados mientras hacía sonar su trompeta. Nadie sonreía. Todos estaban encogidos, en posición fetal, consumidos por la angustia.

—Es un libro único, de un valor incalculable, por varias razones…

La voz grave de una mujer de mediana edad, elegante y grácil, que se dirigía en inglés a tres hombres vestidos con chilabas blancas y turbantes de colores, nos sacó del hechizo. Se habían acercado a nosotras por la espalda mientras su guía —con un ritmo melódico, segura de sí— dictaba cátedra sobre la pieza que contemplábamos.

—Se trata, señores, del códice apocalíptico mejor conservado del mundo. Como este hay una treintena de copias más. Todos contienen los *Comentarios al Apocalipsis* del Beato de Liébana —dijo solemne—. Como ya han visto en el ejemplar de la Seu d'Urgell, se trata de obras profusamente ilustradas a mano, cada una diferente de las demás. Pero todas iluminan los apuntes de un intelectual ibérico del siglo VIII sobre el Libro de las Revelaciones o Αποκάλυψις Ιωάννου [Apokálypsis Ioánnou] que san Juan escribió en la isla griega de Patmos…

Nos miramos de reojo ante su impecable pronunciación griega y sonreímos. Ella prosiguió:

—El ejemplar que tenemos aquí es el que mayor número de ilustraciones contiene de todos: 131 miniaturas bellísimas, pintadas a témpera sobre vitela, de una calidad exquisita. Y, por si esto fuera poco —añadió clavando su mirada inteligente en su curioso séquito—, sabemos que fueron pintadas por una mujer. Esta es la primera vez en la historia de Occidente, que sepamos, en la que una fémina firmó una obra de arte. Ese acto tuvo que ser toda una revolución en un mundo dominado entonces por los varones, ¿no les parece?

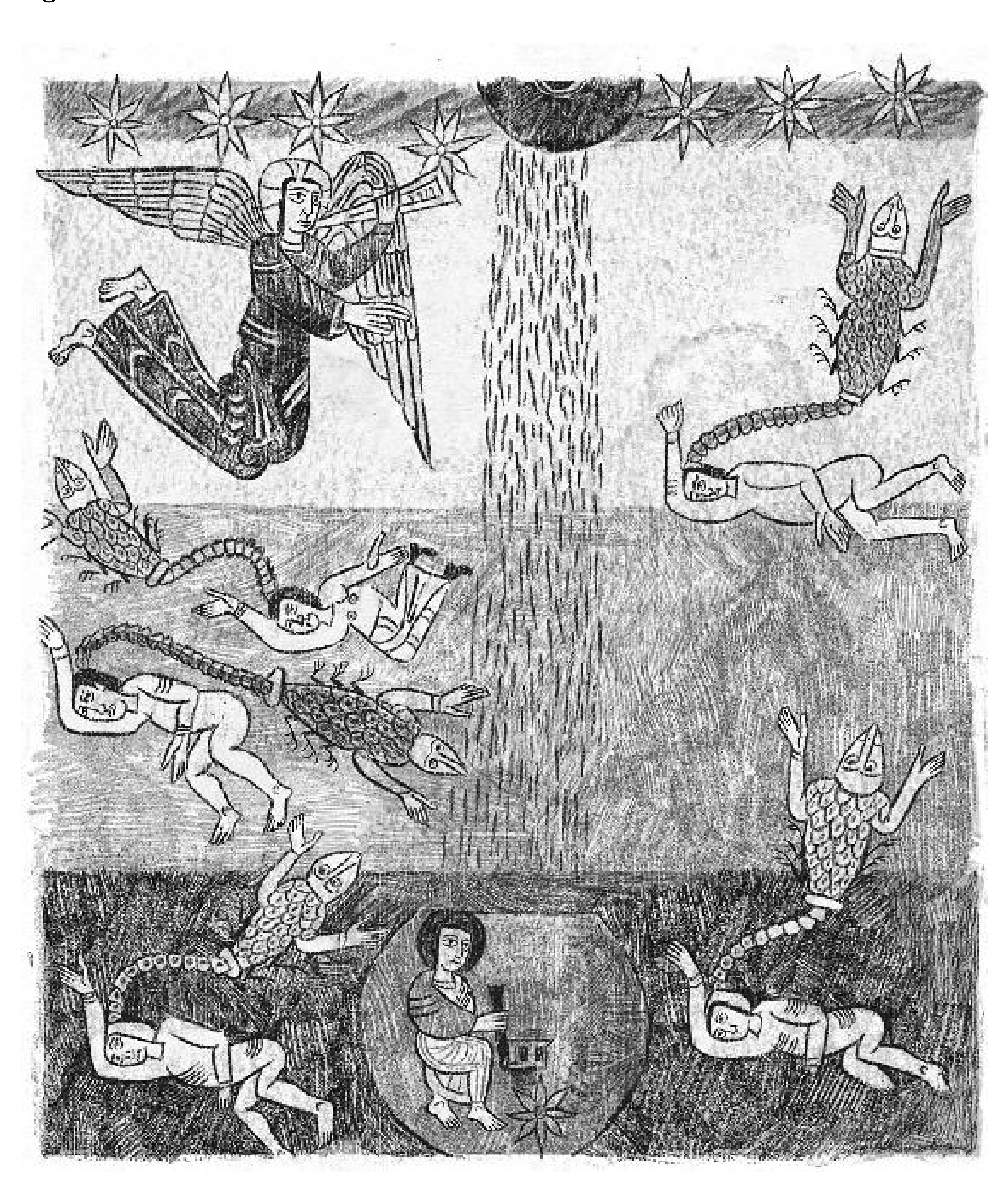
Tuvimos la impresión de que los tres hombres se removieron incómodos ante aquel comentario. Me fijé entonces en la identificación que su interlocutora llevaba colgada del cuello —«Doctora Beatrice Cortil, Universitat Autònoma de Barcelona»— y supuse que debía ser una visita de compromiso de su facultad con algunos mecenas saudíes, y que la profesora, obligada por las circunstancias, iba a aprovechar la oportunidad para sacudir las ideas misóginas de sus acompañantes. Sus dogmas. No me equivoqué.

La mujer sacó del bolso unos guantes de látex y, ante la mirada cómplice del conservador, alzó la urna de plexiglás y hojeó las pesadas páginas de piel curtida hasta detenerse en la última. Su acción nos dejó entrever el cosmos infinito de ilustraciones de vivos colores que escondía aquel manuscrito.

—¿Lo ven? Lean aquí, por favor —dijo mientras señalaba una especie de colofón caligrafiado en letras mayúsculas latinas, no muy difíciles de identificar, en una página final sobria, sin imágenes—: «En depintrix et Dei aiutrix». En, pintora y servidora de Dios.

—¿Y se sabe algo más de esa… En? —preguntó uno de sus acompañantes.

—¡Muy poco! —suspiró—. Suponemos que En, o Ende, debió ser una religiosa muy reconocida del reino de León, que vivió a más de setecientos kilómetros de aquí, que es donde se copió esta maravilla. Lo que sorprende es que tuvo la influencia suficiente como para poder firmar su obra ¡en el siglo X!



Creo que nunca olvidaremos el folio 154v por el que estaba abierto el Beato de Gerona. La lluvia que cae de la «estrella oscura» de la parte superior es roja como la sangre y se precipita sobre un matraz, como si en él pudiera guardarse la ponzoña que representan los escorpiones que torturan a los humanos.
Ahora, quizá, lo comprendas todo…

Estoy segura de que muchísimas otras copistas de su tiempo no lo lograron y hoy nos son desconocidas…

Fuiste tú, Arys, quien con todo descaro se coló entonces en aquella conversación y le preguntaste a la doctora si podría devolver el tomo a la página original por la que estaba abierto. Beatrice Cortil te miró algo sorprendida, pero, tras buscar la complicidad del conservador, aceptó. Le pediste también si le importaría que nos acercáramos a contemplar en

detalle la ilustración de los escorpiones sin la interferencia del cristal. Y también aceptó.

—Pero no toquen el libro, se lo ruego —nos previno.

Dimos un paso adelante, quedándonos a solo un palmo de la ilustración que nos había magnetizado. Nos fue imposible no sucumbir otra vez a su hipnótico encanto. Sus cielos de color amarillo y la tierra de tonos pardos resultaban irreales y cercanos al mismo tiempo. Los hombres que se retorcían bajo el látigo de aquellos horripilantes artrópodos parecían de varias razas. Uno, incluso, lucía un color de piel más oscuro que el resto. Era una clara escena apocalíptica. Una dolorosa estampa inspirada en algún párrafo del Apocalipsis que, vista de cerca, se antojaba una especie de advertencia.

Fue precisamente entonces cuando uno de esos «vislumbres de la verdad» de los que hablaban nuestros antepasados acudió a mi mente.

De pronto, ante aquella imagen que parecía recién terminada, recordé algo que había leído en los trabajos de Fred Hoyle y Chandra Wickramasinghe sobre los orígenes de las enfermedades.

El folio por el que había vuelto a quedarse abierto el beato mostraba algo más aparte de los escorpiones —que son símbolo inequívoco de ponzoña y enfermedad—. Bastaba con fijarse mejor en él para descubrir que el eje de la ilustración lo ocupaba una extraña lluvia roja que se precipitaba desde un cuerpo oscuro. Al principio me pareció el Sol, pero descarté la idea. Era demasiado opaco y estaba rodeado de estrellas. Tampoco me pareció la Luna ni ningún otro astro nocturno conocido. Pero lo que más me llamó la atención fue que la lluvia que salía de él descendiera hasta un matraz en el que un hombre la esperaba con un instrumento en la mano y una flor de ocho pétalos a los pies.

—Disculpe, doctora, por favor. ¿Sabe usted a qué pasaje del Apocalipsis corresponde exactamente esta imagen? —le pregunté a la profesora Cortil, que ya estaba retirándose.

Me miró raro, ¿recuerdas? Aquella mujer de aire autosuficiente se tomó un momento para examinarme, como si tratara de ubicar dónde me había visto antes. Luego, seguramente decepcionada con su mala memoria, echó un vistazo a la página 154 verso del tomo, sacudiendo la cabeza arrepentida de haber dejado la urna abierta a una aficionada.

Mucho más seca que contigo, me espetó:

—Es el de la quinta trompeta.

—Ah, claro… —asentí sintiendo un nudo en la garganta—. Debí suponerlo. Gracias.

No respondió. Ni siquiera me devolvió una mueca. Se atusó su melena oscura, dio media vuelta y se marchó.

En cuanto ella y su grupo se alejaron, y mientras el conservador protegía de nuevo el beato en su urna de seguridad, te pedí que buscaras en Google ese pasaje del Apocalipsis. Tuve un pálpito extraño. Lo reconozco. Como si presintiera que, en efecto, allí descansaba una pieza importante para comprender los males de los que habíamos empezado a hablar en Verges.

Me miraste sin saber qué quería, murmuraste fastidiada algo más de tus esqueletos que no comprendí, pero obedeciste. Menos mal.

—¡Lo tengo! —Te bastaron siete segundos—. La quinta trompeta aparece en el Apocalipsis de San Juan, capítulo 9.

—Léemelo, por favor —te pedí.

—«Y el quinto ángel dio un toque de trompeta. Y vi una estrella caída del cielo a la tierra: se le dio la llave del pozo del abismo infernal, y abrió el pozo del abismo, y del pozo subió humo, como el humo de un horno grande, y…».

—Avanza, avanza… Es más adelante.

—«Se les dijo que no hicieran estragos a la hierba de la tierra, ni a nada verde, ni a ningún árbol, sino solo a los hombres que no llevaran la marca de Dios…».

—No, no es ahí. Un poco más, querida —insistí.

—«Y se les concedió que no los matasen, sino atormentarlos por cinco meses, con un tormento como el que produce el alacrán cuando pica a un hombre»[21].

—¡Ahí! ¡Exacto! —te detuve.

—Ahí… ¿qué?

—Esa es la descripción de una enfermedad caída del cielo. Esa lluvia roja —dije señalando la página del beato— es una plaga. Como la peste de Verges.

—Los esqueletos ¡otra vez! ¿Lo ves, tía? ¡Te lo dije! —soltaste socarrona.

—No, no. No bromeo. Esto significa mucho, muchísimo más de lo que imaginas, Arys. Te lo contaré fuera —dije sin perder de vista al

conservador, que ya nos hacía gestos para que abandonáramos la sala—. No quiero que terminen de tomarnos por locas.

11

LLUVIA ROJA

Cinco minutos más tarde estábamos las dos sentadas a las puertas de la catedral. Nos acomodamos en la escalinata que habíamos subido apenas una hora antes y empezamos a charlar, cada vez más animadas. Yo estaba excitadísima. Había recordado algo. Ya sabía cómo encajar aquella pieza. Y te lo conté.

—¡Lo tengo! —dije—. Ya sé dónde oí hablar por primera vez del doctor Wickramasinghe… ¡Hasta puedo ponerle fecha!

Me miraste extrañada. Yo entonces aún no te había hablado de él ni de sus descubrimientos, así que atendiste estoica a mis explicaciones sobre quién era ese científico británico nacido en la actual Sri Lanka, de apellido tan extraño, sin sospechar a qué lugar pretendía llevarte.

—Fue a finales de julio de 2001 —proseguí—. Tú aún eras un bebé y dudo que hayas oído hablar de ello, pero aquel verano se publicaron varias noticias muy extrañas procedentes de la India. Aparecieron en todos los telediarios. Decían que en Kerala, un estado del sur del país algo más grande que nuestro Peloponeso, se habían producido unas misteriosísimas lluvias de un color rojo intenso que tenían en jaque a los científicos.

—¿Y…?

—Bueno, ¡fueron tormentas muy raras! Parecía que hubiera llovido sangre sobre la India. Una sangre espesa y roja. Las calles, los transeúntes, las vacas y los tejados parecían como recién salidos de una masacre. Las imágenes dieron la vuelta al planeta mientras las autoridades se apresuraban a descartar que aquello fuera contaminación o algún tipo de nube tóxica. Desde luego, no era sangre, pero tampoco los restos de ningún plaguicida. Era tan diferente a las lluvias de barro que a veces causan los monzones que

tomaron muestras en varias partes del estado y las mandaron a laboratorios de medio mundo. Se recogieron más de cinco toneladas métricas de un material que al principio identificaron con un alga, pero que, después, al ser examinado en profundidad, se vio que no disponía de ADN pese a tener una clara estructura biológica. El tema era todo un misterio.

—Sigue, por favor.





Ocurrió en el verano de 2001. Los habitantes de Kerala vieron como sus tejados, sus calles y sus ropas se teñían de una lluvia que parecía sangre y que obligó al Departamento de Ciencia y Tecnología del Gobierno de la India a investigar el fenómeno. En las muestras que obtuvieron, las autoridades dieron con microbios capaces de resistir altísimas temperaturas. Parecían no tener ADN. Pese a

todo, y como no encontraron una respuesta convincente a su procedencia, decidieron sepultar el asunto.
¡Los dioses nos libren de esos científicos que anteponen su comodidad intelectual a la curiosidad y que condenan esta clase de hechos a la oscuridad de sus archivos!

—Aquel verano, en mitad de las tormentas, el doctor Wickramasinghe recibió una llamada comunicándole que su maestro Fred Hoyle acababa de fallecer. Tenía ochenta y seis años y se lo había llevado un derrame cerebral. Fue un buen varapalo. El hombre que había acuñado la expresión «Big bang» para burlarse de la teoría de la «gran explosión primordial», en la que por cierto nunca creyó, dejó un profundo vacío en su fiel discípulo. Y este, impactado por las noticias que llegaban desde la India, se interesó por aquellas lluvias viéndolas como una especie de señal.

—Pensé que era un científico… —protestaste.

—Y lo es. Wickramasinghe es profesor de Matemáticas aplicadas y Astronomía, director del Centro de Astrobiología de la Universidad de Buckingham, pero como buen oriental tiene una mentalidad abierta a las «señales». Que aquellas lluvias llegasen justo cuando falleció su maestro le hizo prestar una atención especial a su origen. Hoyle y él habían hablado muchas veces de cómo la vida pudo haberse precipitado a la Tierra en

forma de lluvias hace millones de años. Suponían que meteoritos llenos de esporas, bacterias, virus o algas dejaban esa carga flotando en capas altas de la atmósfera. Después, esa vida hibernada iría despertándose y precipitándose poco a poco contra el suelo gracias a la meteorología. El caso es que, estudiando las noticias que le llegaban de la India, el doctor Wickramasinghe se fijó en que en Kerala se habló de una explosión en el cielo *justo antes* de caer la primera tormenta. Su interés creció aún más cuando supo que ocho semanas después todavía seguía lloviendo «sangre» en la zona. Pidió muestras de aquella agua roja y se puso a trabajar. Quería comprobar si esa explosión la causó un meteorito y si esas lluvias pudieron transportar alguna carga vírica cósmica…

—No lo entiendo. ¿Y a ti por qué te interesó una noticia como esa, tía? Parece una de esas historietas frikis que a veces publican los periódicos.

—Bueno… Supongo que fue porque, como al doctor Wickramasinghe, eso de las lluvias de sangre también me resultaba vagamente familiar. En la *Ilíada* el mismísimo Zeus envió un par de ellas como advertencia a los griegos, ¿sabes?

—¡Oh, claro! ¡Cómo no lo había pensado! —resoplaste.

—¿No me crees? ¡Te juro que no me lo invento, Arys! —Te miré imaginando lo que pasaba por tu cabeza: «Ahí está mi tía otra vez con los mitos griegos»—. En su libro XVI, Homero cuenta que una de esas lluvias descargó después de que apareciera una señal en los cielos, como un meteorito. Y no es un caso único. También en el Apocalipsis de San Juan, en la parte que has leído ahí dentro, se habla claramente de una «estrella caída del cielo». Y, ¿sabes?, esa clase de cosas se tenían antes por avisos de la llegada de las plagas del fin del mundo.

—¿Avisos de plagas? ¿Y eso se lo creyó un matemático de la Universidad de Buckingham? —Te encogiste de hombros.

—No se lo creyó, querida. El doctor Wickramasinghe, y antes que él su maestro Fred Hoyle, llevaban años construyendo una teoría que encajaba con esas antiguas descripciones. Escribieron libros y artículos teorizando sobre que los meteoritos de origen cometario son portadores de material biológico. Y en el caso de Kerala, aquella explosión en los cielos que anticipó la lluvia *tenía que ser* la consecuencia de la desintegración de uno de ellos.

—Pero «tenía que ser» no significa que fuera… —objetaste.

—Su hipótesis se confirmó en laboratorio.

Tus ojos se abrieron de par en par.

—Por el análisis de las aguas recogidas, supongo.

—Exacto. Wickramasinghe descubrió que en las muestras de «sangre» de Kerala nadaba un tipo muy extraño de material biológico[22]. Recordaba a ciertas algas terrestres, pero, a diferencia de estas, resistía altas concentraciones de ácido sulfúrico, presiones bajísimas de hasta 0,01 milibares, y cuando se sometió a temperaturas de hasta 450 °C era capaz de replicarse. Eso no lo consigue ningún extremófilo en la Tierra. Ya sabes, como esas criaturas que viven en las chimeneas volcánicas que ves en los documentales de la tele. A esa temperatura todas las biomoléculas conocidas se rompen… Así de sencillo.

—Luego, no eran terrestres.

—Eso concluyó… ¡Pero nadie lo creyó! Wickramasinghe y su equipo presentaron sus evidencias, pero las conclusiones eran de tanto alcance que sus colegas se aferraron a sus apriorismos y prefirieron aguardar a ulteriores hallazgos. No es fácil abandonar convicciones muy asentadas, ¿sabes? Los científicos no admiten aún que esa clase de células, que podrían albergar en su interior virus de plagas como las descritas en el Apocalipsis, puedan vivir en el espacio. Y eso que en la Tierra se han recuperado bacterias conservadas en ámbar de hace veinticinco millones de años… ¡y se han reanimado![23]. Eso es casi como si hubieran estado atrapadas en un meteorito en el ambiente inerte del espacio profundo, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que todo esto resulta algo irónico, tía —sonreíste—. Si tienes razón, lo que ese científico propuso en 2001 ya lo había dibujado una pintora en España hace mil años…

Te di una palmadita en la espalda. Estabas llegando por tus medios justo a donde quería llevarte.

—Bueno… Esa tal señora En o Ende pudo hacerlo porque nadie acotó su imaginación. La ilustradora del beato no sabía nada de extremófilos, ni de biología celular, y por supuesto ignoraba por completo la teoría de la panspermia de Hoyle y Wickramasinghe. Ella se limitó a leer un texto revelado, místico, y puso todo su talento e instinto a su servicio. Un texto, por cierto, que para colmo *algo* o *alguien* había susurrado a un viejo profeta en la isla de Patmos, y que tampoco tenía la menor idea de lo que es el pensamiento racional. Pero, ya ves, ambos llegaron a una verdad.

—Bueno… A una posible verdad —me corregiste—. Supongo que todavía se discute si una célula puede sobrevivir sola, a la intemperie, en las

condiciones adversas del espacio exterior. ¿O me equivoco?

—No, no lo haces. Se discute… porque se prefiere ignorar las pruebas.

—Pero ¿hay pruebas, tía? ¿Pruebas incontestables?

—¡Muchas! —suspiré—. De hecho, mi favorita saltó al dominio público hace unos pocos años, en 2014. Aquel verano una misión rusa destinada a la Estación Espacial Internacional tuvo que hacer un experimento fuera de su módulo y su tripulación se vio obligada a recoger muestras de suciedad que se habían adherido al exterior de la estructura. Cuando las analizaron de vuelta a casa, además de restos de combustible, ¿qué crees que hallaron?

—Sorpréndeme…

—¡Plancton! Plancton vivo, en hibernación, adherido a la estación espacial. Y no era plancton de Baikonur, donde tienen los rusos sus plataformas de lanzamiento. Tampoco contaminación terrestre. ¿Cómo demonios podía haber llegado allí, a cuatrocientos kilómetros en la órbita terrestre? Una ola no lo llevó, de eso puedes estar segura. Tuvo que haber venido del espacio profundo…

—Debe haber una explicación lógica —suspiraste—. Algo que no requiera necesariamente de la hipótesis extraterrestre…

—El problema, Arys, es que cada vez hay más indicios que señalan esa hipótesis como la única probable. Unos meses antes de lo que ocurrió en la Estación Espacial Internacional, científicos de la Universidad de Sheffield creyeron haber encontrado formas de vida flotando a veintisiete kilómetros sobre nuestras cabezas, en la estratosfera[24]. Eran diatomeas, algas unicelulares muy simples que fueron recogidas por un globo justo después de la última lluvia cíclica de meteoritos, las perseidas. Eran tan pequeñas —proseguí— que a esos científicos les pareció imposible que fueran de origen terrestre o que hubieran sido lanzadas hasta esa altura por un volcán. En esa época, además, no se produjo ninguna erupción que justificara un hallazgo de ese tipo.

—¿Y entonces cómo llegaron hasta ahí arriba?

—¡Ya te lo he dicho! —sonreí—. La Tierra es bombardeada diariamente por polvo estelar procedente de meteoritos. Se calcula que cada día caen hasta cien mil kilos sobre nuestro planeta. La mayoría de sus granos no superan el gramo de peso y resultan indetectables. Si Hoyle y Wickramasinghe están en lo cierto…, ese polvo transporta formas infinitas de materia viva que nos impregnan e infectan continuamente. No somos,

pues, un lugar ajeno al universo. Formamos parte de él. El agua, el oxígeno, la vida, el ADN son parte indisociable de nuestro entorno cósmico y no una excepción de esta roca azul en la que vivimos. ¿Tan difícil es de aceptar?

Recuérdalo, por favor:

Formamos parte de un Todo
que es mayor que la Tierra.

Si en lugar de aceptar que ese Todo ejerce una influencia permanente sobre nosotros, nos concentramos en sus parcelas, nunca entenderemos nada. Y, sobre todo, nunca encontraremos soluciones definitivas para los problemas que esa singular polución cósmica nos trae.

12

RENACIMIENTO

Creo que ya comprendes, Arys, por qué he recurrido ahora al recuerdo de aquellos días que compartimos juntas. Después de sobrevivir a nuestra última pandemia, me resultaba imperioso transmitirte un punto de vista diferente, más amplio, que te hiciera comprender con qué clase de fuerzas nos medimos.

Hasta 1943, gracias al desarrollo de los primeros microscopios electrónicos, no logramos ver el primer virus de la gripe. No sabíamos qué aspecto tenía, ni tampoco albergábamos una idea muy clara de cómo combatirlo. A partir de aquel avance fuimos conscientes de que nuestros enemigos eran pequeñas proteínas casi esféricas que encapsulaban fragmentos de información genética aún más diminutos. Les pusimos nombres científicos en función de su estructura, recurriendo a componentes como la hemaglutinina (H) o la neuraminidasa (N), que son las «palancas» que les permiten invadir nuestras células y replicarse en su interior. Eso, y no otra cosa, es lo que provoca la reacción inmunológica de nuestro organismo que llamamos «enfermedad», pero también lo que nos permitió desarrollar las vacunas modernas contra el Mal.

Movidos por la necesidad de combatirlo, miles de grandes mentes en todo el planeta no han dejado de estudiar las mil y una mutaciones de estos agresores. Pero casi siempre lo han hecho con la mirada puesta en lo infinitamente pequeño, sin atrevernos a alzar los ojos para preguntarnos por su origen.

¿Y si en ese origen estuviera también la clave para derrotarlos?

Aquellos días entre el sur de Francia y el norte de España me dejaron muy tocada. De hecho, después de despedirte en Barcelona para que

tomaras tu vuelo de regreso a Heraclión, hice algo que nunca me atreví a contarte. Te parecerá extraño, lo sé, pero al salir del aeropuerto y montarme en el viejo Citroën DS, mi fiel diosa amarilla enfiló sola el camino de vuelta a Verges.

No. No es una metáfora. Fue real. Pero lo callé para que no me tomaras por una excéntrica… Aunque lo sea.

Ahora ya puedo contártelo: regresé al pueblo de los esqueletos guiada por otro pálpito. Fue como si necesitara consultar a uno de esos viejos oráculos del Egeo que visitaban nuestros antepasados antes de tomar una decisión importante. Quería charlar de nuevo con la sibila de Verges, con la señora Assumpta, y explicarle lo que habíamos visto en la catedral. Necesitaba preguntarle algunas cosas que se habían quedado martilleándome en la cabeza.



¿Te he contado alguna vez por qué nunca he querido deshacerme de mi fiel diosa amarilla? Ese Citroën se diseñó en los años cincuenta y

era tan avanzado para su época que la gente creía que no podía ser sino algo caído del cielo. Deducían que las siglas DS que lo acompañaban querían decir déesse, *«diosa» en francés. Y yo, claro, jamás lo desmentí. ¿Te imaginas otra carroza más adecuada para tu tía, Arys? Yo no.*

La encontré sentada a la puerta de la casa. En el mismo lugar en el que la dejamos tú y yo.

A la luz del día su gesto se me antojó más profundo y misterioso que cuando nos tropezamos con ella días antes. Su porte sereno, ligeramente encorvado sobre una de sus sillas de ratán, la hacía parecer una especie de guardiana del lugar. Una suerte de Caronte a la que, si se le pagaba con la moneda correcta, no sería difícil de convencer para que te condujera a la otra orilla.

—*Bon día!* Sabía que volvería a verte —me espetó nada más verme cruzar la plaza hacia ella—. ¿Has venido a ver a algún alumno de Griego del pueblo?

—No soy la profesora de Griego —gruñí.

—Ya, ya… Entonces, ¿en qué puedo ayudarte? Porque habrás vuelto por algo, ¿no?

Le conté todo lo que habíamos visto y también cómo lo habíamos conectado con la idea de las «siembras cósmicas». La abuela no pareció

sorprenderse con nada de lo que salió de mis labios, y las pocas veces que me interrumpió fue para hacerme ver que, en el fondo, gracias a la ininterrumpida sucesión de pandemias que han asediado a nuestra especie desde hace diez o doce mil años, hemos evolucionado hasta donde estamos.

—Las enfermedades producen muerte y dolor a los individuos, pero nos estimulan como colectivo —dijo muy segura de sí.

La sibila —permíteme, por favor, llamarla así— se olvidó de que yo era una profesora de vacaciones y, mirándome a los ojos, me habló de algunos conceptos que me dieron mucho que pensar.

—La enfermedad es algo vergonzante, que afecta a todas las capas de la sociedad y no deja héroes a su paso —me explicó—. Tú lo sabes. Por eso se la ha tenido tan poco en cuenta a la hora de interpretar la historia. Piensa, por ejemplo, en lo que sucedió aquí con la peste negra. Durante el siglo XIV la población se diezmó, pero de esa crisis salieron reforzados como nunca el comercio, el arte, invenciones como la imprenta o la óptica… En cuestión de unos pocos años surgió el Renacimiento. La población reaccionó a los años sombríos de la enfermedad con una extraordinaria pulsión por vivir. Aumentaron los nacimientos de niños y el deseo de llevarlos a un mundo mejor… *Post tenebras lux*.

—Creo que idealiza aquel tiempo —repliqué recordándole que ya nos había hablado de esa evolución cuando tú y yo nos la encontramos el Jueves Santo—. También fue la época de la Inquisición, las cruzadas, la persecución a Galileo…

—¿De verdad crees que lo idealizo? No, querida, no. Sé muy bien de lo que hablo —me interrumpió—. Además, aquella peste se pareció mucho a otra que vivieron mi madre y sus hermanas, y de la que puedo conversar con pleno conocimiento de causa. ¿Has oído hablar alguna vez de la gripe española?

—Sí, claro —asentí.

—Esa gripe arrasó el mundo en tres oleadas infecciosas, entre la primavera de 1918 y el invierno de 1919. En trece semanas contagió a uno de cada tres habitantes de la Tierra. Irrumpió al final de la Primera Guerra Mundial y seguramente influyó en la caída del Imperio austrohúngaro. Murieron entre cincuenta y cien millones de personas. Fue terrible. Inimaginable. Aún peor que la peste de Verges. Sencillamente, el mundo no estaba preparado para un mal así… Y, sin embargo, pese al tabú que arrastró consigo aquel número exorbitado de muertes, también trajo algo bueno.

—¿Algo bueno? ¿Con cien millones de víctimas?

—Sí, hija. La historia no se ha ocupado mucho de esa plaga. El arte y la literatura tampoco. No hay apenas películas ni series que la mencionen. Todos la miran con respeto, pero también con cierto temor supersticioso. Y, sin embargo, hizo que la mayoría de los países avanzados de la época se prepararan ante futuros zarpazos de ese mal creando sus sistemas de sanidad universal. Fue un cambio revolucionario. Imagínate. Hasta ese tiempo, los médicos eran privados. Cada paciente los pagaba. Y si no podías permitírtelo, los más afortunados contaban con alguna organización benéfica que los socorría *in extremis…* Fue la época en la que más hospitales se han construido. Las ciudades invirtieron en canalizaciones de agua para poder asearse. ¡Hasta Londres creó su moderno alcantarillado después de la plaga!

»Sé que suena raro insistir en esto, pero aquel mal trajo mucho bien. Como el desarrollo de la virología, por ejemplo. O los estudios de Fleming que terminaron en el descubrimiento de la penicilina. O la creación de los antibióticos… Nació también una conciencia inédita por la higiene o la dieta. La salud ya no era algo que concedía Dios. Se trataba de un objetivo por el que se podía trabajar. Y nació nuestro moderno gusto por practicar deporte. Piensa que hasta entonces el fútbol era algo minoritario, pero en 1920, por ejemplo, el rey Alfonso XIII concedió el título de real a uno de los clubs de Madrid… solo meses después de darse por controlada la enfermedad.

—No pensé que le gustara el fútbol, señora Assumpta —bromeé.

—Y no me gusta. Lo que quiero decirte es que aquella gripe cambió por completo el mundo. Incluso la difusión enorme del tabaco tuvo que ver con ella. En aquellos años se pensaba que el humo de los cigarrillos era un buen modo de mantener alejadas las miasmas de la enfermedad y que abría los bronquios. ¿Te das cuenta de a dónde quiero llegar?

—S… sí. Supongo —dudé.

—La especie humana se sobrepuso al Mal… y mutó. Y hablo también en términos literales. Al morir tantos, la población que resistió era la más fuerte. Y también la más fértil. Los supervivientes sintieron que se habían enfrentado a un enemigo feroz, implacable e invisible, y lo habían vencido. Eso les dio aliento. Ganas de vivir. De algún modo, desarrollamos una especie de resiliencia colectiva que nos salvó.

—¿Una qué…? —la detuve.

—Resiliencia colectiva, querida. Es un término sociológico. Define lo que ocurre siempre que nos batimos con una catástrofe de gran envergadura. Frente a una gran amenaza, y como si fuera un mecanismo oculto en lo más profundo de nuestra psique, los humanos dejamos de pensar como individuos y nos organizamos como colectivo. Sacamos lo mejor de nosotros: la solidaridad, la compasión, la entrega… Todo brota y se coordina de un modo fluido, como en la mente de una colmena, hasta que la amenaza desaparece. Quizá por eso… —doña Assumpta hizo una breve pausa, como si acabara de recordar algo—, quizá por eso cuando el Apocalipsis de San Juan anuncia el fin de los tiempos, habla también del surgimiento de un nuevo mundo, de un reino milenario que traerá la paz y la prosperidad a la Tierra.

—¿Y usted lo cree?

—¿Yo? —me miró—. ¡No soy tan ingenua, querida! ¡Lee historia! Cuando la amenaza pasa, cuando nos olvidamos de la tragedia y de nuestros muertos, vuelve el individuo. Y con él, lo peor que lleva consigo… Delincuencia, saqueos, estafas, ¡el egoísmo en estado puro! Es como si esa fiera que ha estado confinada u obligada a coordinarse con otras para sobrevivir necesitara desquitarse. Boccaccio lo contó muy bien en el *Decamerón*. Escribió que, al final de la peste negra, las gentes de Florencia se tornaron «lascivas y disolutas». Es un modo elegante de definirnos, ¿no te parece?

—Pero en esa ciudad terminarían naciendo las artes más bellas, y los intelectuales más influyentes de su tiempo. ¡El Renacimiento! Antes lo ha mencionado.

—Sí. Es verdad. Pero tú sabes que la luz y la oscuridad caminan siempre de la mano. ¿Me equivoco?

—No. No se equivoca —concedí evitando mirarla a los ojos.

—Y también sabes que tu obligación es transmitir este mensaje a los tuyos.

—Por eso he vuelto —le dije pensando en ti, Arys—. Para recoger su testimonio y compartirlo.

Pasé el resto de la tarde conversando con aquella mujer. A veces era como Calíope, la musa de la elocuencia. Otras como Clío, la contadora de historias. Aunque sus parlamentos solían transformarla al fin en Melpómene, la responsable de las tragedias. Al contarle nuestra conversación frente a la catedral de Gerona y cómo algunos científicos

modernos empiezan a ver la enfermedad como un mal cósmico —casi al estilo de los anatemas de los dioses del mundo antiguo—, ella me susurró: «Aún hay esperanza, hija». Aunque, acto seguido, lamentó que esos teóricos fueran aún minoría.

¡Qué extraña mujer, Arys! ¡Qué sencilla pero qué sabia!

—Lo malo es que todavía queda mucho geocentrismo en la ciencia, querida —deploró antes de despedirnos.

—¿Geocentrismo?

Yo la miré extrañada. Nadie que yo conociera defendía ya que el Sol y los planetas giraran alrededor de la Tierra. Aunque nuestro Aristarco de Samos ya dijo en el siglo III que esa idea era una estupidez, y Copérnico lo dejó claro en el XVI, Assumpta no se refería exactamente a eso.

—Lo que quiero decir —me aclaró— es que todavía son muchos los que estudian lo que sucede en nuestro planeta como si este fuera algo ajeno al resto del universo. ¿Sabes cómo llamaban en Italia a las pandemias en el tiempo que siguió a la peste negra?

Negué con la cabeza.

—*Influenze*. Creían que la influencia de las estrellas era la causante del Mal. ¿Y sabes? En el fondo, creo que no se equivocaban.

—¡Y yo tampoco!

Reímos.

Nunca más volvimos a vernos.

13

YO SOY PANDORA

He dejado para el final de mi carta un último detalle.

No he querido contártelo antes para no edulcorar mi mensaje con algo que, a la postre, no deja de ser secundario. Algo que, cuando lo conozcas, intuyo que me perdonarás.

He evitado tantas veces responder a tus preguntas sobre mi interés por la mitología griega y sus enseñanzas que ahora, al cierre de esta misiva, no quería seguir ocultándote el porqué.

No es fácil explicártelo. Puede que no me creas. Y harás bien. Ambas estamos de acuerdo en que es mucho mejor saber que creer. Pero aunque no tengo modo de acompañar mis palabras de pruebas tangibles, como exige este siglo de escépticos y sabelotodos, te pediré un esfuerzo de fe: yo soy Pandora.

Sí. La del mito.

La primera mujer que habitó la Tierra, según los griegos.

La madre de todos los humanos.

La que hizo que pariéramos con dolor.

Soy, en definitiva, la criatura que Hefesto modeló del barro por orden de Zeus y fue enviada a la Tierra para irrumpir en la Edad de Oro de los hombres.

No estoy loca, Arys. Sé que es verdad porque lo recuerdo.

Mi drama no es tan distinto al que tu generación está viviendo en este momento. En un pasado remoto, mucho antes de Göbekli Tepe y de la llegada de los primeros dioses instructores, nuestros primeros antepasados vivían sin tener conciencia de su identidad. Su existencia no era muy diferente de la de otros primates, salvo por el hecho de que se organizaban

mejor para procurarse alimento y habían aprendido a manejar algunas herramientas. Con todo, no eran criaturas conscientes del lugar que ocupaban en la naturaleza y su cerebro no había mutado hasta el punto de empezar a hacerse preguntas. De algún modo —salvando las distancias—, su manera de enfrentarse al mundo me recuerda a la actual. Ellos, como nosotros, trabajaban para sobrevivir en un mundo tan exigente que no les dejaba apenas tiempo para ver el lugar en el que vivían.

Solo la llegada de los dioses instructores cambió aquello. Fueran reales o solo una fabulosa «explosión creativa» en nuestros cerebros, lo cierto es que nos dieron claves para transformar el mundo…, ¡y lo hicimos! Fue el principio de la Edad de Oro.

Aquello, sin embargo, no gustó a todos en el Olimpo.

Cuando nació mi mito, los dioses primordiales, los más antiguos, seguían contemplando a la criatura humana con indiferencia. La veían esforzarse por avanzar, pero nunca, jamás, intercedían a su favor. Se limitaban a usarla solo para su satisfacción, sin ocuparse de instruirla o formarla. No la querían libre. Y para sembrarla de confusión y ocultar su actitud egoísta, alentaron varias versiones de la historia que ahora te referiré. Cuentos que se adaptaron a casi cada religión y pueblo de la Tierra. Y aunque todos fueron parciales, quiero proporcionarte la perspectiva exacta para que los entiendas.

En el fondo, todo tienes que interpretarlo en clave. Como el mito de Ío y Zeus que te conté.

Si sustituyes a esos primeros dioses por la «madre naturaleza» —siempre impasible, perfecta y sorda a nuestros ruegos—, y a los instructores por los «sembradores cósmicos» que imaginaron Crick y Hoyle, tal vez empieces a comprender…

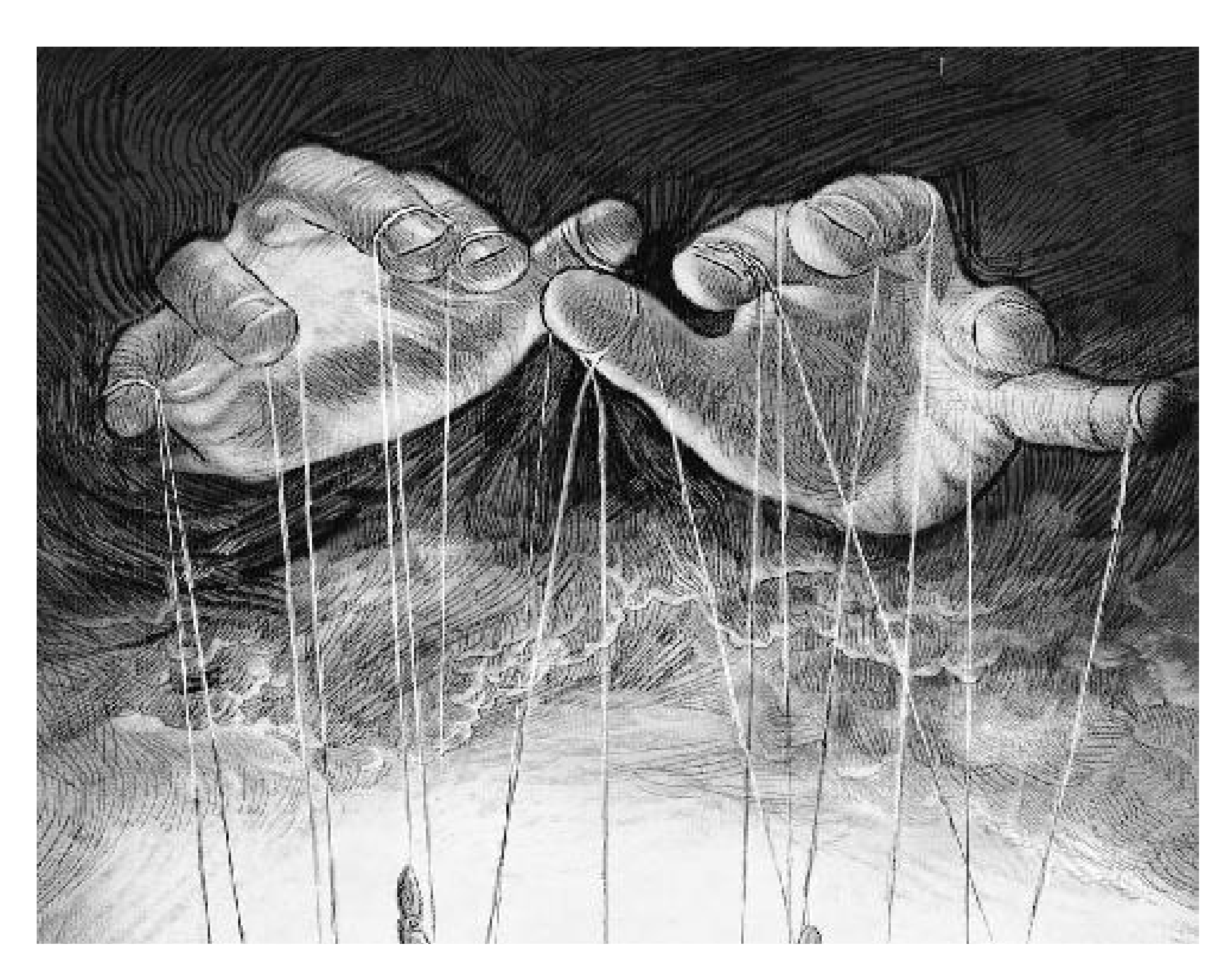
Dicen las versiones más antiguas de mi mito que los humanos más hermosos de aquel periodo terminaron cohabitando con esta segunda categoría de dioses, y que de ellos pronto nació una raza intermedia: los titanes. El orden que surgió de esos cruces se hizo inamovible. Los primeros dominarían el mundo, los titanes los ayudarían a controlarlo… y los humanos simplemente les servirían de diversión. Como muñecos en manos de unos niños caprichosos.

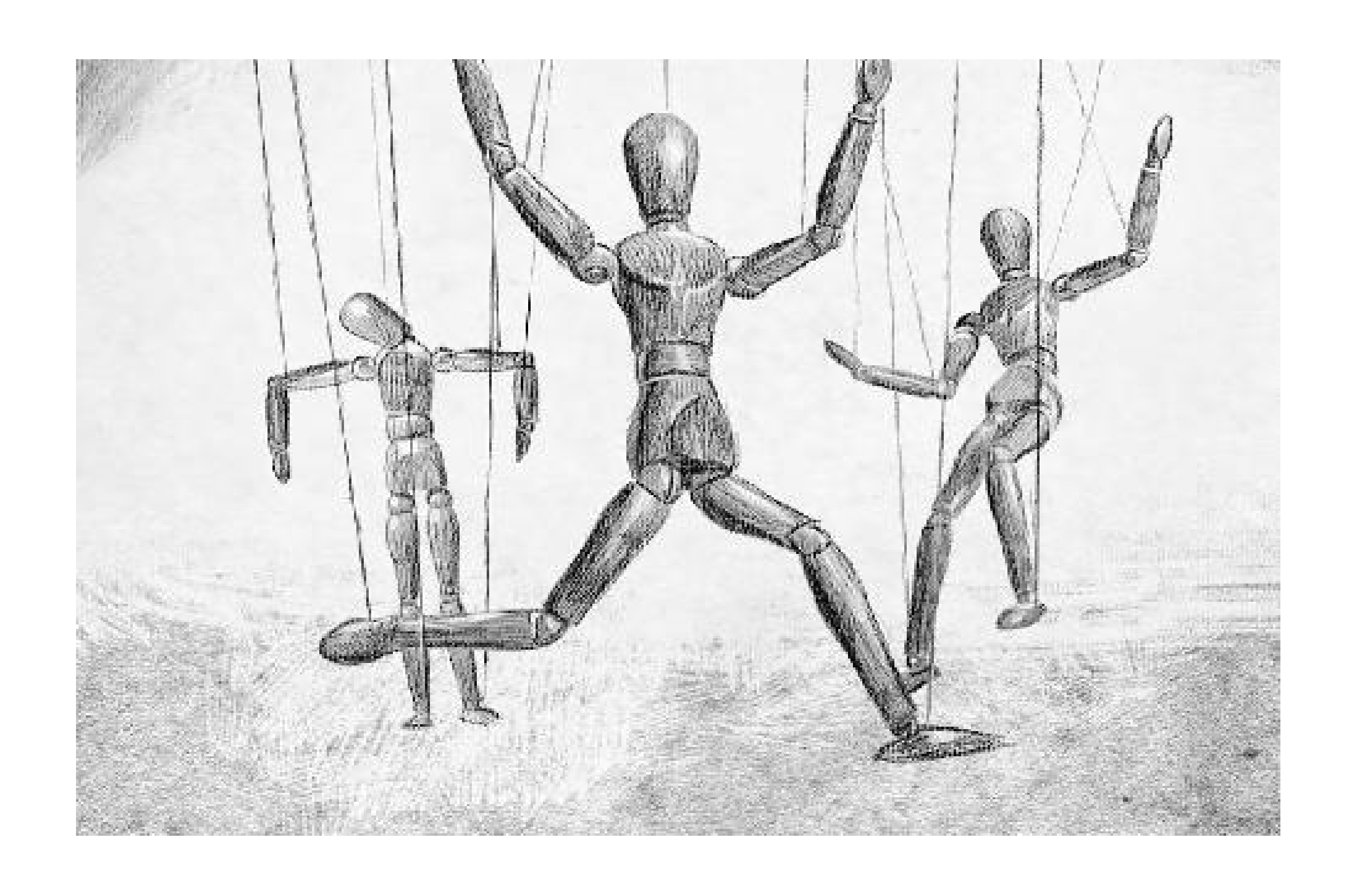
Fue el hijo de uno de aquellos titanes, Prometeo, el que un día decidió rebelarse contra aquel estado de las cosas. Su historia también se ha contado de muchas formas. El caso es que Prometeo, viendo que los dioses

abusaban de nosotros, decidió interceder a nuestro favor. Se enfrentó a Zeus forzándolo, por primera vez, a hacer un pacto con sus esclavos. Ellos lo adorarían sacrificándole sus mejores animales a cambio de la benevolencia divina.

Acababan de nacer las religiones. Y los ritos.

En aquella negociación, sin embargo, Prometeo se guardó un as en la manga. Confundió al padre de los dioses haciéndole creer que los huesos de aquellos holocaustos serían mejor para él que su carne o su piel. Zeus lo aceptó. Firmó el acuerdo. Y gracias a él, el muñeco humano avanzó, levantó Göbekli Tepe, empezó a controlar la naturaleza… Hasta que el gran dios se dio cuenta de lo que había permitido y quiso devolver el orden al planeta haciendo involucionar a aquel homínido presuntuoso que ya se creía una pequeña deidad. El mito dice que lo intentó condenando a aquellos osados a vivir sin uno de los elementos que impulsó su revolución: el fuego. Sin él no podrían iluminar casas ni refugios, no espantarían sus miedos ni cocinarían las reses que le habían hurtado.





Todos los mitos antiguos hablan de la indiferencia con la que los dioses trataron siempre a la criatura humana. La construyeron y destruyeron en varias ocasiones, sin medir las consecuencias de sus actos, tratándonos como marionetas sin

un valor especial. Quizá, Arys, esos relatos sean metáforas que enmascaran cómo funciona la naturaleza respecto a nuestra especie: implacable, despiadada y eficaz. Tendrás que averiguarlo y decidir en qué crees.

Pero Zeus fracasó. Lo que se dice en esos relatos es que, en ese momento, Prometeo volvió a interceder por nosotros. Se arriesgó. Le robó el fuego a Zeus y se lo devolvió a la primera humanidad. Lo que aseguran también las antiguas historias es que entonces el gran dios castigó severamente al rebelde, encadenándolo lejos de la Tierra. Y urdió un modo de infligir dolor a aquellos súbditos que, estudiando y creciendo en sabiduría, estaban cada día más cerca de transformarse en dioses y echarlo de su trono. En otras palabras: los hombres y su desarrollo ambicionaban subvertir el orden natural. El «equilibrio divino».

Tras pensárselo mucho, Zeus dio con un «hermoso mal» para detener a aquellos atrevidos. Uno perfecto y letal: yo.

Dicen que Hefesto me modeló a partir del barro, me vistió de plata, me adornó con flores y guirnaldas, y me hizo ir de dios en diosa para que cada uno me concediera sus mejores dones: la palabra, la música, la danza, la belleza, la habilidad de tejer, la sabiduría en sus más variadas formas… El resto de los dones del universo —algunos tan sutiles como la inteligencia cínica o la volubilidad— se incluyeron también. Por eso, entre todos, me llamaron Πανδώρα (Pandora), que en griego significa «todos los dones». Y para consumar su venganza, me enviaron a la Tierra con una caja entre las

manos que Zeus me prohibió abrir y en la que estaban encerrados todos los males imaginables.

Supongo que fue una cuestión de justo equilibrio. La naturaleza siempre actúa así, balanceando los opuestos. Si yo encarnaba lo bueno, debía ser portadora de lo malo.

Su plan, en cualquier caso, fue casarme con el hermano de Prometeo e introducir en su casa, en la Tierra, aquel objeto maldito para, llegado el momento, poder abrirlo y esparcir su carga entre los humanos.

Uno de los dones que recibí —el de la curiosidad— se volvió en mi contra justo entonces. Dudo que Zeus no lo previera. Y es que, momentos antes de desposarme con el incauto de Epimeteo, mi necesidad de saber qué contenía aquel cofre me llevó a manipularlo.

Lo que pasó después ya lo conoces: la caja dejó escapar las enfermedades, el envejecimiento y la muerte que, en adelante, harían de aquel esclavo del que descendemos una criatura desgraciada y sin horizonte. Un ser con fuego (léelo como «inteligencia»), pero condenado a reinventarse en cada generación por culpa de ese veneno.

Su contenido era vírico, no lo dudes. Quizá no sepas que *virus* es, por cierto, una palabra latina. Significa «veneno, ponzoña». Y, exactamente como sucede con los dones que traje a la Tierra junto a aquella maldita caja, no todos resultaron nocivos para el ser humano. Los científicos de tu tiempo, Arys, calculan que existen más de cien millones de familias víricas campando a sus anchas entre las aproximadamente 1.750.000 especies vivas que existen. Piénsalo. Hay más virus entre nosotros que estrellas en nuestra galaxia, y de ellos poco más de doscientas especies son agresivas para el *sapiens.*

Zeus, por supuesto, hizo bien sus cálculos. Nos envió un enemigo invisible, temible, aparentemente minoritario, camuflado entre la vastedad enorme de su creación.

Te preguntarás, con razón, que cómo sé todo esto. Es fácil. Llevo siglos encarnándome en mujeres de todas las épocas y escuchando una y otra vez este mito, tratando de comprenderlo. He sido la visionaria En, del *Beato de Gerona,* Hipatia de Alejandría, Teresa de Ávila, Marie Curie, Ada Lovelace o Rosalind Franklin. Pero también he sido cada una de las mujeres anónimas que han mirado al mundo con curiosidad. Ese don —cuestionado solo por los ignorantes y los dogmáticos— abrió una caja que, antes o después, se hubiera abierto igual, pero que ahora puede ayudarnos a

sellarla. ¿Por qué crees que el señor Auguste, en la cueva de Trois-Frères, o la sibila de Verges creyeron reconocerme? ¿No te pareció curioso que la doctora que nos dejó ver el *Beato de Gerona* me mirase como si nos hubiéramos cruzado antes? Ninguno se equivocó. ¡Claro que nos hemos cruzado! Y no una, sino mil veces.

Soy lo que algunos llaman hoy un «arquetipo».

«¿Arquetipo?» Casi puedo verte arrugar la nariz mosqueada.

Sí, Arys. Un arquetipo es una idea primitiva que duerme dentro de nosotros, que no es nuestra, sino heredada de un pasado remoto, y que con frecuencia emerge en sueños o en imágenes que creemos recordar. Sigmund Freud se obsesionó con ellos y los llamó «remanentes arcaicos». Ideas fósiles que traemos instaladas en nuestro subconsciente y que solo afloran de tarde en tarde. Jung, el discípulo díscolo del padre del psicoanálisis, las llamó «imágenes primordiales». Creó el término «arquetipo» a partir de nuestro idioma —de ἀρχή, «fuente, principio u origen», y τύπος, «modelo»— y lo vinculó a los relatos mitológicos[25].

Por eso yo sé que soy Pandora. Porque he recuperado esta historia a partir de mis recuerdos. Y la he interpretado.

Pero también sé —y esto es muy importante— que tú lo eres. Y contigo, los millones de personas que accederán a esta carta y que recordarán —gracias a la anamnesis de la que habló Parménides— el relato de cómo las enfermedades nos llegaron en una caja desde los cielos.

¿Sabes?

He dado tumbos sin fin a través de la historia lamentando que mi condición fuera la que trajera la desgracia al mundo. Por suerte, el estigma del mito de Pandora no está ya tan presente en el mundo moderno, tan alejado de las historias de nuestra tierra. Pero, aun así, los cristianos se ocuparon de adaptar mi relato convirtiéndome en la Eva que no supo resistirse al fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, y que arrastró a los hombres fuera del paraíso.

Las mentes más simples todavía interpretan estas historias en clave misógina. Pobres desgraciados. Mi error les ha servido para tachar a las mujeres de criaturas pecaminosas. Y acusarlas de servirse de su inteligencia para la astucia y la maledicencia, como si así cumplieran la venganza que Zeus quiso sembrar entre los hombres.

Qué error.

El mito, querida Arys, siempre es una metáfora. Ignoran que fueron los dioses los que enviaron a una mujer para traernos todos los dones, porque nuestra es la capacidad generatriz. Sin nosotras, sencillamente no hay mundo. El mito es, en definitiva, un mensaje codificado pensado para atravesar los siglos y advertirnos de algo esencial. Y el mío, el de Pandora, fue concebido como una gran señal de alerta.

Examina todo lo que te he contado a la luz de lo revelado en esta carta. De esa verdad *anamnética* que ya se ha instalado en ti.

Yo, Pandora, soy la portadora de un mal que desciende desde el cielo a los hombres. Un enemigo encapsulado cuyo destino es escapar de su pequeña prisión y esparcirse por el mundo. ¿No se parece mucho a lo que durante años han intentado enseñarnos Francis Crick, Fred Hoyle o Chandra Wickramasinghe?

¿Y de qué puede servirte decodificar mi viejo mito?, te preguntarás.

La respuesta es fácil, pero te compromete: sirve para que comprendas que salud y enfermedad están profundamente interconectadas, que la Tierra y el cosmos no son dos compartimentos separados, que allí donde hay mal existe también el bien… Sirve para que imagines que, tal vez, para evitar enfermedades como la última pandemia, necesitamos desarrollar una vacuna para el planeta y no solo para sus habitantes. Algunos científicos llaman ya a eso «protección planetaria». Tú podrías llevarlos mucho más lejos. Pero, en definitiva, sirve para recordarte que en mi caja se quedó olvidada la esperanza, y que ahora tú puedes recuperarla. Apelo a tu generación, querida Arys, para que rasgue el velo que cubrió los ojos de los viejos esclavos de los dioses y nos haga ver que formamos parte de una infección que no es solo de este mundo.

Esa infección se llama «vida».
Y está condenada a seguir multiplicándose de planeta en planeta.

14

UN AVISO AL FUTURO

Posdata.

Tengo una última preocupación que quizá tú, Arys, puedas ayudarme a resolver: ¿cómo haré llegar este mensaje al futuro? ¿Cómo conseguiré que tus remotos descendientes accedan también a él?

La duda me quita el sueño desde hace una eternidad. Es una angustia para alguien que, como yo, sabe de los caprichos del tiempo y de cómo este afecta a nuestra memoria.

Los humanos llevamos eones intentando vencer a nuestra desmemoria. Levantamos pirámides, monolitos en piedra o metal, y hasta enviamos naves al espacio profundo con mensajes pensados para perdurar. Pero ¿lo conseguirán? ¿Durarán lo suficiente como para cumplir su misión?

Una pequeña historia surgida en abril de 1984 me dio una idea. La leí en una vieja revista de divulgación científica y se me quedó grabada a fuego en el alma.

Ese año un cierto doctor Sebeok —Thomas A. Sebeok, del Centro de Investigación del Lenguaje y Estudios Semióticos de la Universidad de Indiana— andaba ya preocupado por un problema parecido al mío. La Oficina para el Tratamiento de Residuos Nucleares de Ohio le había solicitado ayuda para un asunto que nadie sabía cómo resolver: desde la irrupción del Proyecto Manhattan en la Segunda Guerra Mundial, miles de barriles sellados con residuos nucleares se habían ido acumulando en almacenes del Gobierno de los Estados Unidos. Se trataba de un material muy peligroso. Había que mantenerlo a toda costa fuera del alcance de la población. Lo peor era que sus responsables eran conscientes de que una

parte de esa basura seguiría siendo mortal dentro de diez mil años, cuando ni ellos ni ninguno de sus descendientes pudieran protegerlo.

Era un problema aterrador. ¿Cómo deberían señalizar un depósito así para que dentro de quizá siete u ocho milenios otra civilización comprendiera que debían mantenerse alejados?

Sebeok, como buen semiólogo, sabía que no existe idioma, sistema de signos ni convención comunicativa que resista tanto tiempo sin alterarse. Textos sumerios escritos hace cincuenta siglos sobre tablillas de barro resultaron indescifrables hasta bien entrada la Edad Moderna. Las inscripciones mayas descubiertas por Hernán Cortés en el siglo XVI todavía ocultan algunos secretos, y hasta los jeroglíficos egipcios descifrados por Champollion, de *solo* tres o cuatro mil años, deben ser repasados de tarde en tarde porque aún contienen elementos que se nos escapan. Y se trata de casos que suponen la mitad del tiempo medio de vida de esa basura nuclear.

Escribir o dibujar un mensaje para advertir de la radiactividad no parecía, pues, la solución. Pero entonces, ¿dónde buscarla? ¿Cómo mantener lejos de un cementerio así a un hombre del, pongamos, año 9920?

El artículo que encontré proponía, al fin, algo inteligente.

El doctor Sebeok elaboró un documento[26] que fue remitido a más de quinientas autoridades competentes en seguridad nuclear de todo el mundo con la posible solución. En él, de un modo intrépido, proponía una respuesta al dilema que yo misma hubiera suscrito: ¿Y si se recurría al mito?

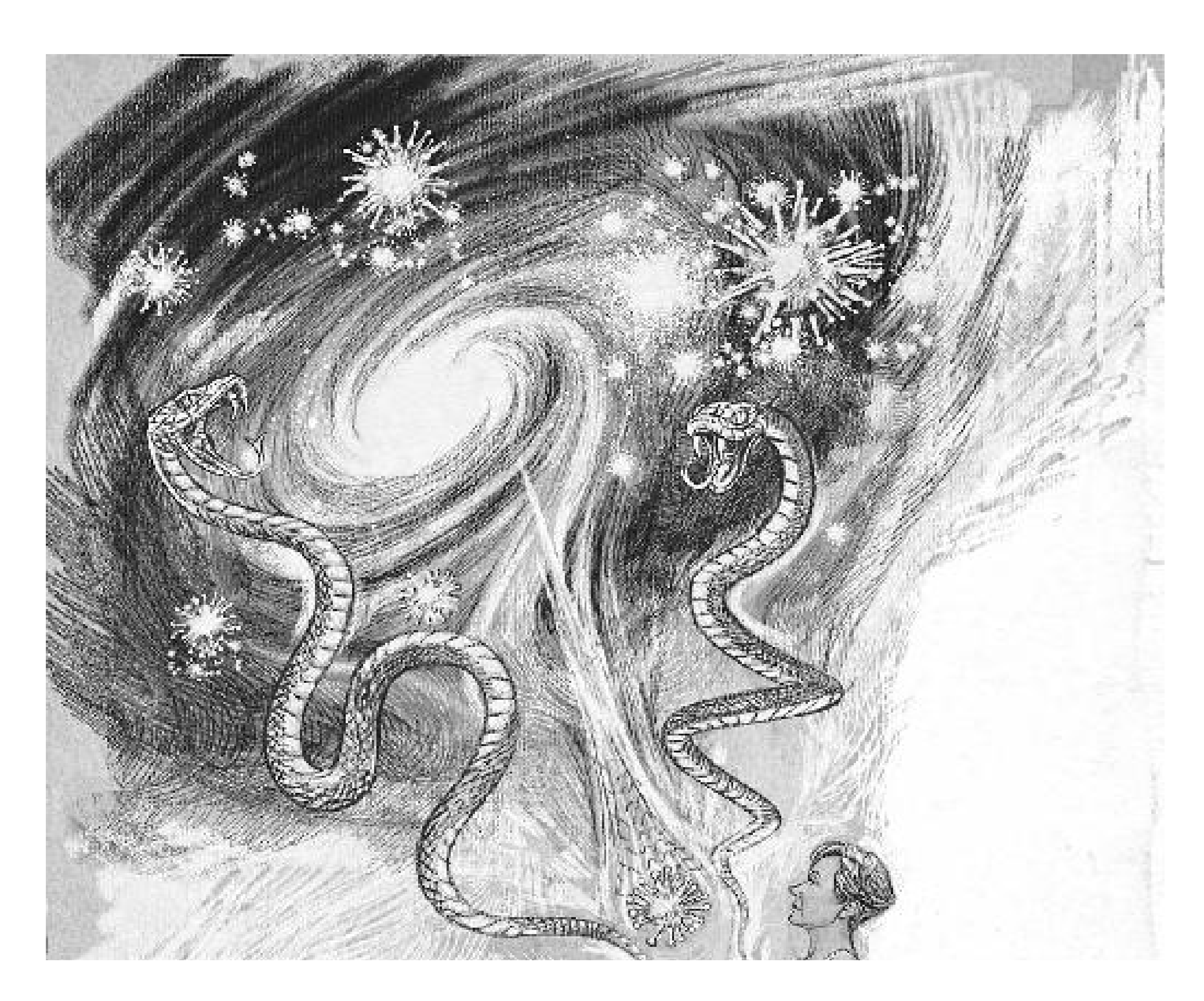
El grupo que estudió su propuesta se llamó Human Interference Task Force (HITF) y la examinó con cuidado. El informe de Sebeok concluía que cualquier texto o logotipo sería inútil como advertencia. Tampoco se podía confiar en una tecnología que generara sonidos o imágenes disuasivas y que terminaría quedándose obsoleta. Había que impulsar algo resistente al paso del tiempo y comprensible para cualquier mentalidad o cultura. Sugirió algo simple. De una sencillez asombrosa. Bastaría con crear un «relato de miedo» que se asociara al cementerio nuclear. Uno tan potente y magnético que nadie pudiera resistirse a compartirlo y que mantuviera alejados a los curiosos. Inspirado en las maldiciones asociadas a las tumbas egipcias, Sebeok propuso imitar esa estrategia…

Pero añadió algo más a su informe: junto al mito habría que crear una suerte de «sacerdocio atómico» que se encargase de fomentar las ideas supersticiosas y terroríficas que «maldijesen» permanentemente el

cementerio radiactivo. Una especie de congregación de sabios, tan alejados como fuera posible de los vaivenes políticos y que renovase cada año su discurso, actualizándolo de generación en generación.

Su preocupación —claro— era que ningún «sacerdocio» humano ha durado tanto en la historia. ¿Sería el HITF capaz de crear uno lo suficientemente sólido para mantenerlo y adaptarlo —por razones de seguridad— a lo largo del tiempo? ¿Y cómo sobreviviría esa congregación al previsible futuro colapso de la cultura que lo generó?

«Estas persistentes y ampliamente difundidas resonancias mitológicas e iconográficas —escribió el doctor Sebeok en sus páginas— están buscando una resolución que conduzca a la primera recomendación, a saber: que la información se lance y se transmita artificialmente al futuro a corto y largo plazo con la ayuda complementaria de los dispositivos folklóricos, en particular la combinación de un ritual y una leyenda creados artificialmente.»





¿Sabes por qué he ilustrado esta carta con tantos dibujos? Porque sé que la pintura, como la música, son lenguajes universales. Quizá los únicos capaces de atravesar los siglos razonablemente intactos. Así que, al final de estas líneas, he decidido lanzar al

futuro mi propia advertencia. Es algo parecido a la placa que atornillamos a la nave Pioneer 10 y que enviamos al límite de las constelaciones de Tauro y Orión. Cualquiera que tenga ojos podrá interpretar en mis trazos que aquí se esconde un mensaje. Búscalo. Y no temas equivocar tu interpretación. En el fondo, el acceso al conocimiento es un camino lleno de errores y aciertos. Lo importante es esforzarse por llegar a él y no renunciar nunca a asomarse al interior de las cajas de Pandora que te saldrán al paso.

Ni que decir tiene, querida Arys, que la propuesta del doctor Sebeok cayó en saco roto y que el problema sigue sin resolverse. Es una lástima. Si los responsables del HITF hubieran conocido algo de los clásicos, sabrían que esa fórmula ya se probó con éxito en el pasado. De hecho —ahora ya lo sabes—, se utilizó para señalar dónde está la verdadera caja de Pandora de la que salen todos los males.

Otra cosa es que nuestros sabios hagan caso de esas señales. Nadie mira atrás para decidir qué camino tomar. Y es un error.

No lo cometas tú.

Te quiere,

PANDORA

NOTA FINAL DEL AUTOR

Las cartas han estado siempre muy presentes en mi vida. Mi padre fue cartero. Repartía correspondencia y giros postales en el centro de Teruel, asomándose a casas habitadas por ancianos que a menudo solo lo veían a él. Enfermos o discapacitados, todo su mundo se limitaba a una ventana por la que mirar y a un buzón que casi nunca abrían. A veces, al llegar a una de esas viviendas, papá tenía que dejar su cartera de cuero a un lado, sentarse en la mesa de camilla con el destinatario y leerle en voz alta la carta que acababa de entregarle. Muchos de ellos no habían tenido la oportunidad de ir al colegio y no sabían cómo descifrar aquel galimatías de tinta que le enviaba una hija o un hijo que se había visto obligado a dejar atrás a sus padres para ganarse la vida.

Papá nos contaba sus historias al llegar a casa. Lo hacía sin darle importancia, como si fuera una parte natural de su trabajo. Yo, claro, lo escuchaba embelesado. Y cuando llegaba la Navidad y nos daban vacaciones en el colegio, me apresuraba a acompañarlo a hacer su ruta por aquellas mismas casas. Entonces se obraba otro pequeño milagro: la señora Emerenciana, el señor Matías o el matrimonio Pérez me invitaban a sentarme a sus mesas con brasero y, durante algunos minutos, se entregaban al noble arte de contarme cómo eran los belenes o los villancicos de sus infancias. Me hablaban también de historias de aparecidos y de brujas —tan arraigadas en Aragón— y hasta del día en el que san Jorge atravesó con su lanza a una bestia que vomitaba fuego no muy lejos de allí.

De aquellos recuerdos lejanos ha brotado ahora esta historia. Sé lo que siente al recibir una carta con un buen relato dentro y, sobre todo, sé lo que es sentarse a escuchar a una señora mayor como la Assumpta Rocamora de mi narración. La mezcla de ambas sensaciones —y mi veneración casi

obsesiva por el estilo epistolar— ha ido sedimentándose durante décadas en mi interior hasta hacerse visible en este trabajo.

Quizá por eso *El mensaje de Pandora* se escribió de manera tan febril durante el confinamiento al que el SARS-CoV-2, el causante de la COVID-19, sometió a buena parte de la población mundial. La pandemia me sorprendió en mitad de mil y un proyectos que requerían viajes e investigación, pero me obligó a detenerme y a contemplar desde mi balcón el horror que se desencadenaba a mi alrededor. De pronto, eché de menos recibir uno de aquellos largos envíos que repartía mi padre. Imaginé que un día podría retirar del buzón uno que me explicara lo que estaba pasando. Que me hiciera entender por qué, casi sin avisar, millones de personas fueron diagnosticadas de ese mal en todo el mundo; por qué más de ochenta y cinco países cerraron sus fronteras; qué llevó a la actividad industrial y comercial a ralentizarse como nunca antes en la historia conocida, y a que naciones enteras obligaran a sus ciudadanos a quedarse encerrados en sus casas durante semanas mientras las noticias de las víctimas mortales y los efectos económicos del «parón planetario» nos ahogaban de malos augurios.

Esa clase de carta nunca llegó, claro. Por eso decidí escribirla. Busqué refugio en mi infancia —ese paraíso que te acoge siempre en los peores momentos— y de ella surgió lo que acabas de leer.

Al principio pensé en guardármela. Lo que salió de mí a borbotones era un texto «fuera de colección». En algunos extremos, casi íntimo. Pero fue Raquel Gisbert, mi editora española en Planeta, quien la leyó en mitad de la crisis y el desánimo colectivo y me animó a mandársela al futuro. «¿Por qué no?», me dijo. Mi mujer, Eva Pastor, se convirtió entonces en su primera lectora y también ella lo vio claro. «Es un texto necesario.» Después llegaron los comentarios, apreciaciones y sugerencias de Jesús Martínez Frías —jefe del Grupo de Investigación del CSIC de Meteoritos y Geociencias Planetarias—, que me había hablado por primera vez del concepto «protección planetaria» tiempo atrás, y también los de escritores como Juan Eslava Galán y David Zurdo. De no ser por su entusiasmo inicial y el de mi agente, Antonia Kerrigan, quizá este texto hubiera quedado sepultado como un borrador más en mi carpeta de proyectos pendientes. Entre todos, sin embargo, me animaron a concluirlo. Publicarlo ha sido como acudir al buzón que tengo cerca de casa y depositar en él un sobre franqueado con un mensaje lleno de anhelos.

A todos, mi más profunda gratitud por animarme a hacerlo.

Se trata, por cierto, de un sentimiento que hago extensivo a Belén López y Carlos Revés, de Editorial Planeta, por acoger cada palabra mía y movilizar al maravilloso equipo de editores, comerciales, comunicación, diseño, *marketing* y libreros que son necesarios para que el mensaje de esta nueva Pandora haya llegado hasta ti en el momento justo.

O así lo espero.

En los próximos años necesitaremos procesar con cuidado todo lo que hemos vivido. Requeriremos de obras que nos lleven a un pensamiento cósmico, abierto y explorador. A una forma de entendernos que nos integre con la naturaleza y nos haga comprender que, en realidad, no hay división entre lo terrestre y lo extraterrestre. Poner fronteras y marcar divisiones es un hábito demasiado humano, un paradigma desfasado que quizá ha llegado el momento de superar. La luz, el viento, los virus, el amor, la música, el arte, la muerte o la literatura no respetan barreras imaginarias. Ojalá este libro sirva de algún modo para allanar el camino que nos lleve de nuestro antropocentrismo actual a un cosmocentrismo sin límites. Nos iría mejor, abandonaríamos el exceso de provincianismo terráqueo que cargamos a nuestras espaldas y no dejaríamos de asombrarnos cada día.

No quiero terminar sin evocar al doctor Chandra Wickramasinghe, al que conocí en junio del año 2000 en Güímar (Tenerife) en el transcurso de unas jornadas sobre arqueoastronomía y civilizaciones antiguas. Allí le oí disertar con pasión de sus teorías. Y sobre conceptos como los que Pandora te ha presentado en su carta. Sin ese fugaz encuentro, tal vez esta historia no habría llegado nunca a escribirse.

Beatus ille.

Dichoso aquel tiempo.

¡Y los que vengan!



Desde tiempos inmemoriales se cree que los cometas anuncian grandes cambios. La primera edición de este libro terminó de imprimirse en junio de 2020, justo cuando uno de ellos —el C/2019 Y4, o cometa ATLAS— se dejó ver junto a nuestro Sol.

OTRAS OBRAS DE JAVIER SIERRA PUBLICADAS POR EDITORIAL PLANETA

Roswell, secreto de Estado
La España extraña
La dama azul
Las puertas templarias
En busca de la Edad de Oro
La pirámide inmortal
La cena secreta
La ruta prohibida
El ángel perdido
El maestro del Prado
El fuego invisible

NOTAS

---

1. Epicuro, *Obras completas*, Madrid, Cátedra, 1995, pág. 101 (fragmentos, Sentencias Vaticanas).

NOTAS

---

2. FRANCIS Crick, *La vida misma. Su origen y naturaleza*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

NOTAS

---

3. FRED Hoyle y Chandra Wickramasinghe, *La nube de la vida. Los orígenes de la vida en el universo*, Barcelona, Crítica, 1982.

NOTAS

---

4. HOYLE y Wickramasinghe, *op. cit.*, pág. 29.

NOTAS

---

5. EGIPTÓLOGOS tan ilustres como Jean Philippe Lauer y E. Wallis Budge han defendido el origen meteórico de la mítica piedra Benben. Y más recientemente lo ha hecho Robert Bauval. Véase, de este autor, *La cámara secreta. En busca de los orígenes del Antiguo Egipto*, Madrid, Oberón, 2001, pp. 129 y ss.

NOTAS

---

6. GÉNESIS 28, 10-22.

NOTAS

---

7. YUVAL Noah Harari, *Sapiens. De animales a dioses*, Barcelona, Debate, 2014, pág. 110.

NOTAS

---

8. GRAHAM Hancock, *Los magos de los dioses*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.

NOTAS

---

9. JARED Diamond, *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, Barcelona, Debate, 2006, pág. 227.

NOTAS

---

10. En Europa ese modelo de vehículo, revolucionario en su época, recibió el apelativo admirativo de «diosa» [Nota del Editor].

NOTAS

---

11. Jean Delumeau, *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 1978.

NOTAS

---

12. SE refiere al episodio de las tentaciones de Jesús, en Mateo 4, 1-11.

NOTAS

13. ADRIENNE Mayor, *Fuego griego, flechas envenenadas y escorpiones. La guerra química y biológica en la Antigüedad*, Madrid, Desperta Ferro, 2018, pág. 93.

NOTAS

---

14. Sander Herfst *et al.*, «Airbone transmission of influenza A/H5N1virus between ferrets», *Science*, vol. 336, n.º 6088, 22 de junio de 2012, disponible en https://science.sciencemag.org/content/336/6088/1534.full.

NOTAS

---

15. HTTPS://WWW.SOTT.NET/ARTICLE/430687-SOLAR-MINIMUM-ATMOSPHERIC-RADIATION-UP-12-IN-3-YEARS.

NOTAS

---

16. ROBERT Edgar Hope-Simpson, *The transmission of epidemic influenza*, Nueva York, Plenum Press, 1992.

NOTAS

---

17. J. F. Ziegler, H. W. Curtis, H. P. Muhlfeld, *et al.*, «IBM experiments in soft fails in computer electronics (1978-1994)», *IBM Journal of Research and Development,* 1996, vol. 40, n.º 1, pág. 3.

NOTAS

---

18. AUGUSTO González, «Mutagenesis and background neutron radiation», arXiv:1406.6641v2 [q-bio.PE], 27 de junio de 2014.

NOTAS

---

19. CHANDRA Wickramasinghe y Jiangwen Qu, «Wakened magnetic field, cosmic rays and Zika virus outbreak», *Current Science*, 10 de agosto de 2018, vol. 115, n.º 3.

NOTAS

---

20. PARA saber más sobre los enigmas de la exploración del Atlántico, véase mi libro *La ruta prohibida,* Barcelona, Planeta, 2007.

NOTAS

---

21. APOCALIPSIS 9, 1-5.

NOTAS

---

22. VÉASE Chandra Wickramasinghe y Robert Bauval, *Cosmic womb. The seeding of planet Earth*, Vermont, Bear & Co., 2017, cap. 2. Y también Louis Godfrey y A. Santhosh Kumar, «The red rain phenomenon of Kerala and its possible extraterrestrial origin», *Astrophysics and Space Science*, n.º 302 (1-4), enero de 2006.

NOTAS

---

23. ROBERT Lee Hotz, «Ancient bacteria held in amber are revived», *Los Angeles Times*, 19 de mayo de 1995.

NOTAS

---

24. MILTON Wainwright, *et al.*, «Isolation of a diatom frustule fragment from the lower stratosphere (22-27 Km). Evidence for a cosmic origin», *Journal of Cosmology*, vol. 22, 31 de julio de 2013.

NOTAS

---

25. CARL G. Jung, *El hombre y sus símbolos,* Madrid, Aguilar, 1966, pág. 67.

NOTAS

---

26. EL informe del doctor Sebeok puede descargarse íntegro de Internet en https://www.osti.gov/biblio/6705990-communication-measures-bridge-ten-millennia.

El mensaje de Pandora
Javier Sierra

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2020

ISBN: 978-84-08-23226-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.